

MORRIS VENDEN – CÓMO CONOCER A DIOS (UN PLAN DE 5 DÍAS)

To Know God, Review and Herald, Publishing Association, 1983.

Primera edición 1987, editorial ACES.

PRIMER DÍA

Dios es amor. Pero, ¿cómo puedo estar seguro? ¿Cómo puedo saber cómo es él en realidad?

Y, después de todo, ¿por qué necesito a Dios? Yo no soy tan malo...

SEGUNDO DÍA

¿Cuáles son los pasos para ir a Cristo? ¿Cómo puedo saber si estoy salvo?

¿Cómo puedo relacionarme personalmente con un Dios a quien no puedo ver ni oír?

TERCER DÍA

¿Se enfriará mi relación con Dios si dejo de comunicarme con él durante uno o dos días?

¿Cómo puedo seguir teniendo fe en Dios cuando todo me sale mal al mismo tiempo?

CUARTO DÍA

La obediencia. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Y qué sucede cuando fracaso?

¿Qué viene primero: La victoria o la paz? ¿Cómo puedo vivir sin pecar?

QUINTO DÍA

El crecimiento cristiano. Desde recién nacido hasta cristiano maduro. ¿Cómo puede suceder?

La gran división: Los que conocen a Dios y los que no lo conocen.

¿Es posible llegar a conocer a Dios en cinco días, ni uno más ni uno menos? El autor de esta obra, Morris Venden, no enfatiza tanto el elemento tiempo, como la posibilidad, no sólo de obtener conocimiento *acerca* de Dios, sino de llegar a conocerle *a él*, es decir, de establecer una relación personal y positiva con él. Para bosquejar esa posibilidad propone cinco etapas, o pasos. Si usted, estimado lector, comprende este método, también *usted* puede llegar a conocer a Dios, mejor que nunca antes.

El pastor Venden, que durante muchos años ha estado al frente de diversas iglesias de nuestras instituciones educativas superiores, posee la experiencia necesaria para tratar con mentes inquisitivas. En su calidad de autor de varios libros y orador siempre en demanda, ha aguzado su capacidad de articular e ilustrar. El beneficio que el lector obtenga de la presentación que aquí se hace de Dios, puede muy bien extenderse a la eternidad.

Dios es amor. Pero, ¿cómo puedo estar seguro? ¿Cómo puedo saber cómo es él en realidad?

Y, después de todo, ¿por qué necesito a Dios? Yo no soy tan malo...

PRIMER DÍA

Nadie estaba demasiado sorprendido porque la boda no había empezado a tiempo. Algo hay en cuanto a las bodas que hace que sea fácil que empiecen tarde. Quizás sea porque son muchas las personas que tienen que estar listas. Pero las damas de honor se habían reunido en el lugar señalado. Era evidente la agitación natural de los preparativos de último minuto, entremezclados con rápidos vistazos al reloj.

—¿No ha llegado el novio?

—Todavía no. Pero no tardará.

—¿Por qué se estará demorando?

—No sé. Pero sin duda, llegará pronto.

Pero el novio no llegaba. Y no llegaba. Y seguía sin llegar.

Los trajes de las damas de honor estaban immaculados. Todas estaban bien peinadas. Todas tenían sus lámparas encendidas, y estaban listas a unirse al desfile nupcial. Todas estaban ansiosas de que llegara el novio para que empezara la ceremonia. Pero el novio no llegaba.

A medida que pasaban los minutos, y luego las horas, las muchachas empezaban a inquietarse. Luego empezaron a cansarse. Una tras otra colocaron sus lámparas cuidadosamente a un lado y buscaron un lugar cómodo para sentarse mientras esperaban. La noche estaba tranquila. Todo el día habían estado ocupadas. Por fin todas las diez se quedaron dormidas. No es de extrañar; era cerca de la medianoche y todavía el novio no había llegado.

A la media noche se escuchó la exclamación: “¡Ahí viene el novio!”.

Las muchachas se levantaron enseguida. Empezó de nuevo la agitación de último minuto. Para su consternación, descubrieron que las llamas de las lámparas se habían achicado. Casi se les había acabado el aceite y las llamas estaban listas a extinguirse. Cinco de ellas se apuraron a llenar de aceite las lámparas, pero las otras cinco no habían llevado aceite. No se habían preparado para la larga espera. Y con sus propios ojos vieron las llamas vacilar y apagarse.

“¿Alguien tiene aceite que nos pueda dar?” repetían una y otra vez, pero nadie tenía aceite extra. Llegó el novio. Era el momento de empezar el desfile. Las cinco jóvenes que tenían aceite en las lámparas apagadas habían salido apuradas a buscar un lugar donde comprar o tomar prestado más aceite.

ESCASEZ DE ACEITE

Ya había pasado la media noche, y aunque las cinco muchachas recorrieron el pueblo, no encontraron aceite. Finalmente regresaron a la fiesta de bodas. “Hemos perdido el desfile y la ceremonia”, se dijeron, “pero quizás al menos podamos entrar a la recepción”.

Pero cuando llegaron al salón de recepción, la puerta estaba cerrada. Se escuchaba músicas y risas. Tocaron y tocaron a la puerta. Por fin ésta se abrió y allí estaba el mismísimo novio. “Déjanos entrar”, dijeron. “Se supone que participemos en la boda”.

El novio miró a las muchachas. Parecían más unas pilluelas que damas de honor. Los trajes estaban arrugados y sucios. Él no las reconoció. Moviéndose despaciosamente la cabeza y les dijo: “Ni siquiera las conozco”. Y cerró la puerta. Las jóvenes se perdieron la boda.

“NI SIQUIERA LAS CONOZCO”

Fue el mismo Jesús quien contó esta parábola acerca de las bodas. La pueden leer en sus Biblias, en el capítulo 25 de Mateo. El estaba tratando de impresionar a sus oyentes con la importancia de conocer personalmente a Dios. Debido a que el novio no reconoció a las cinco muchachas, no las admitió a la fiesta de bodas.

La misma verdad se enseña en Mateo 7:21-23. Allí contó Jesús de algunos que reclamarían ser sus seguidores en el día final. Pero serán rechazados. El motivo es “nunca os conocí”.

La religión y la vida eterna consisten en conocer a Dios. La Biblia dice: “Esta es la vida eterna, que te conozcan al solo Dios verdadero, y a Jesucristo, al cual has enviado” (Juan 17:3).

Pero hay ideas conflictivas en cuanto a cómo es Dios. Algunos dicen que Dios es vengativo, lleno de ira y arbitrario. Otros opinan que es una especie de Santa Claus, cuyo propósito principal es cumplir los anhelos de su pueblo. También hay quienes dicen que es como una gelatina gigante que no le hace daño a nadie y es fácilmente moldeable y permisivo.

Se nos dice que Dios es amor. Pero también se nos cuenta de su ira, su cólera y su castigo. Las compañías de seguro clasifican los desastres naturales como “actos de Dios”. Las personas que sufren se preguntan a menudo: “¿Por qué Dios me hace esto a mí?” Los predicadores hablan del amor, la misericordia, y la paciencia de Dios por un lado, y por otro de sus juicios severos. Y los que escuchan, dudan.

El fin que persigue este libro es ayudar al lector a descubrir por sí mismo cómo es realmente Dios. Está escrito para mostrarle a usted cómo puede aprender a conocerlo, ya que conocerlo es vida eterna. El blanco de Dios para cada uno de nosotros es que tengamos un compañerismo personal con él. Él anhela ser nuestro amigo. Él nos dice hoy: “Con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia” (Jeremías 31:3). Él está esperando que respondamos a su amor y entremos en un compañerismo con él. Pero para lograrlo, debemos conocer por nosotros mismos cómo es él de veras.

CÓMO SE REVELA DIOS

Una manera de relacionarse con Dios es contemplar su revelación en la naturaleza. David habla de esto en Salmos 19:1: “Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos”. En Salmos 77:19, dice: “En el mar fue tu camino y tus sendas en las muchas aguas”. En Salmos 104:24, leemos: “¡Cuan innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios”.

Podemos ver a Dios en la naturaleza. Él está representado en la resplandeciente puesta de sol, en el cielo azul, en el vuelo sin esfuerzo de la golondrina. Vemos su obra cuando admiramos las montañas coronadas de nieve, las verdes colinas cubiertas de flores, o los inesperados brotes en el desierto. Podemos aprender algo del amor de Dios contemplando la naturaleza.

Es importante la revelación de Dios en la naturaleza. Dios ha llegado hasta apartar un día de los siete para que recordemos su poder creador. Podemos leerlo en Éxodo 20. El mandamiento dice que debemos recordar el séptimo día, y el motivo del mandamiento se presenta en el versículo 11: “Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el día séptimo; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó”.

Las cosas de la naturaleza nos recuerdan, no sólo que Dios es amor y cuida de todas sus criaturas, sino también que él es el Creador. Nosotros somos sólo sus criaturas. Este

memorial no fue iniciado después de la caída del hombre. Fue necesario para f recordamos la naturaleza del hombre, no sólo su naturaleza pecadora, sino su naturaleza dependiente de Dios, como ser creado. Por eso el día especial de adoración no se limita a una época o una nación en particular.

La relación de Dios con sus criaturas, y su constante cuidado por ellas enseñan de su amor.

PERO LAS FLORES SE MARCHITAN...

A pesar de todo, la naturaleza tiene su lado malo. Las flores se marchitan. Los ciervos moteados son atacados y muertos por los lobos. Las nieves invernales matan de hambre lentamente a muchas de las criaturas salvajes. ¿Dónde entonces está el Dios de amor? Si miramos bien, hasta en las más hermosas y apacibles escenas, vemos señales de muerte y decadencia. A pesar de que todavía existen evidencias que nos recuerdan al Dios Creador, también hay evidencias de los efectos del pecado por doquiera. La naturaleza puede representar a Dios, y lo hace, pero sólo imperfectamente.

EL AMOR HUMANO REVELA EL AMOR DE DIOS

Dios se ha revelado por intermedio de lazos de amor humano. Podemos verlo representado en la madre que acuna a su bebé dormido en sus brazos. Podemos verlo en el maestro y el pastor que dedican tiempo extra a escuchar. El anhelo inagotable de Dios por nosotros se manifiesta en las lágrimas de la madre ante la ejecución del criminal endurecido, que sigue siendo su hijo. El amor de Dios se ve en la confraternidad y el interés entre amigos y amados.

La Biblia nos presenta esta revelación del amor de Dios. “Como el padre se compadece de los hijos, se compadece Jehová de los que le temen” (Sal. 103:13). “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz, para dejar de compadecerse del hijo de su vientre? Aunque olvide ella, yo nunca me olvidaré de ti” (Isa. 49:15). “Nadie tiene mayor amor que este, que uno ponga su vida por sus amigos” (Juan 15:13).

Pero, ¿qué en cuanto al hombre en Madera, California, que golpeó a su niña de 6 años para que no llorara? La golpeó durante una hora. Y luego ella dijo: “Papá, ¿puedo tomar agua?” Y murió. ¿Dónde estaba en ese momento el amor de Dios? ¿Qué podemos decir de los bebidos golpeados, los lujos abandonados, los hogares rotos, las amistades rotas, los corazones rotos? ¿Cómo puede revelarse el amor de Dios en estas cosas? Hasta las Escrituras nos recuerdan las limitaciones del amor humano, en comparación con el amor divino. En Isaías 49:15 se responde la pregunta: “¿Se olvidará la mujer de lo que dio a luz?”, diciendo: Sí, ella se podrá olvidar. El amor humano puede representar el amor de Dios, pero sólo de modo imperfecto.

LA BIBLIA REVELA A DIOS

Dios se revela en su Palabra, la Biblia. Allí se nos dice que Dios es lento para la ira, y grande en misericordia (Jonás 4:2). Se nos dice que se deleita en misericordia (Miqueas 7:18). Se nos dice que Dios es amor (1 Juan 4:8). Pero, ¿ha leído usted alguna vez la Biblia y ha encontrado pasajes difíciles? ¿Se ha hecho preguntas en cuanto al Dios del Antiguo Testamento? ¿Ha considerado alguna vez los juicios y los truenos y las amenazas del Dios de los israelitas? Hasta en la Biblia es posible que encontremos una incompleta representación de Dios de su carácter, y de cómo es realmente, con nuestra comprensión limitada. ¡Cuan fácil es tener una idea equivocada de Dios si miramos sólo en la superficie!

JESÚS REVELA CÓMO ES DIOS

Hasta los discípulos de Jesús tenían incomprendiones en cuanto a cómo es Dios. No obstante, querían conocerlo. Lo pueden leer en Juan 14. Felipe pidió: “Señor, muéstranos al Padre” ¡Queremos verlo!

Cierta vez un estudiante me dijo:

—Me gusta Jesús, pero no me gusta Dios.

—¿Por qué no?

—Porque Jesús es bondadoso, pero Dios es severo y lleno de ira.

¿Es cierto eso? ¿Es Jesús el que es amante y Dios el que es severo, duro y rencoroso?

¿Cómo respondió Jesús al pedido de Felipe de que quería conocer a Dios? Él dijo: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y no me has conocido, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo pues dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Creed me que yo soy en el Padre, y el Padre en mí. Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras”.

La misión de Jesús era venir al mundo que tenía una absoluta incompreensión de Dios, para demostrarle cómo es en realidad el Padre, cómo ha sido siempre y cómo será siempre. La mejor manera de conocer a Dios es aprender a conocer a Jesús. La vida y la muerte de Jesús representan el cuadro más claro que pueda darse de lo que es o cómo es Dios. Él dijo: “Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais” (Véase Juan 14:7).

“TENÍA UN HOMBRE UNA HIGUERA...”

En Lucas 13 Jesús contó una parábola para ilustrar el carácter y el amor de Dios. Empezando en el versículo 6: “Dijo también esta parábola: Tenía un hombre una higuera plantada en su viña, y vino a buscar fruto en ella, y no lo halló. Y dijo al viñador: He aquí, hace tres años que vengo a buscar fruto en ella y no lo hallo; córtala; ¿para qué inutiliza también la tierra? Él entonces, respondiendo, le dijo: Señor, déjala todavía este año, hasta que yo cave alrededor de ella, y la abone. Y si diere fruto, bien; y si no, la cortarás después”.

¿Quiénes participan en este diálogo? A primera vista podría concluirse fácilmente que Dios, como propietario de la viña, está hablando con Jesús, el viñador de la viña. Y que Dios dice: “Córtala”. Pero Jesús la defiende y procura calmar la ira de Dios y lograr que tenga un poco de misericordia.

Pero no es así. Lea de nuevo la parábola. Si “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo”(2 Cor. 5:19), entonces Dios está del mismo modo preocupado con nuestra salvación. De manera que lo que vemos en esta parábola son los dos lados, tanto del Padre como del Hijo, y probablemente también del Espíritu Santo. Vemos los dos lados del carácter de Dios, su justicia, y su misericordia. No se trate de Jesús rogando para que Dios se calme. Es Dios en las tres Personas de la familia celestial, participando con el equilibrio entre la justicia y la misericordia. La justicia es una parte inescapable del carácter de Dios, y debemos sentirnos agradecidos por ello. ¿No es así? Pero la misericordia es también una parte definida de su carácter. Y también podemos sentirnos agradecidos por esto.

Jesús expresó claramente cuando estuvo aquí que él había venido, no para destruir las vidas de los hombres, sino para salvarlas (Luc. 9:56) Y en Juan 3:16,17 leemos: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él”. De alguna manera, en el corazón de Dios, su misericordia es igual a su justicia, por eso vemos la cruz en una colina solitaria. Aunque de ninguna manera la misericordia de Dios se aparta de su justicia, porque gracias a la cruz vemos la fusión de ambas en el

hermoso plan de salvación. Y año tras año, siglo tras siglo, seguimos escuchando las palabras. “Dejen en paz a los pecadores no arrepentidos. Déjenlos tranquilos también este año. No los molesten hasta que trabaje algo más con ellos, hasta que haga de nuevo todo lo posible por ganarlos”. Y Dios trata una y otra y otra vez de alcanzarnos con su amor.

MIRAD EL AMOR DE DIOS

Juan, el discípulo amado, se quedó finalmente sin palabras tratando de describir el gran amor de Dios. Todo lo que pudo hacer fue invitarnos a contemplarlo por nosotros mismos: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre” (1 Juan 3:1).

¿Cómo contemplamos el amor de Dios? Mirando a Cristo. (Contemplamos el amor de Dios relacionándonos con Jesús, estudiando la vida de Jesús, meditando en sus enseñanzas. Porque Jesús es Dios. Juan 1:1, 2, dice: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios”.

Un día enseñando una clase, estábamos hablando del amor de Dios. Un estudiante levantó la mano y preguntó: “Si Dios amaba tanto al mundo, ¿por qué no vino él mismo a morir? ¿Por qué envió a su Hijo?”

Otro estudiante, (sin duda, un padre), replicó: “Si tú tienes un hijo a quien amas, es mucho más fácil sufrir tú mismo que contemplar sufrir a tu hijo”.

Estoy agradecido porque Dios nos amó tanto como para enviar el mayor don de sí mismo en su propio Hijo, para revelarnos su verdadero carácter. Estoy agradecido a Jesús que estuvo dispuesto a venir y entregar su vida como rescate por muchos. Es bueno saber que el corazón de Dios el Padre, late con el mismo amor por nosotros que su Hijo Jesús, revelado en su vida aquí en la tierra. Hoy podemos regocijarnos por la revelación del amor de Dios que se nos presenta en la naturaleza, en el amor humano y en la Palabra de Dios. También podemos hacer uso de la tremenda oportunidad de conocer a Dios que se encuentra en el estudio de la vida y enseñanzas de Jesús, donde el amor de Dios se comprende siempre más claramente.

PERO, DESPUÉS DE TODO, ¿POR QUÉ NECESITO CONOCER A DIOS?

Nadie dedicará tiempo ni esfuerzo de su parte para relacionarse con Dios y mantener un compañerismo con él, a menos que comprenda su necesidad. Jesús dijo de sí mismo en Mateo 9:12, 13: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos... No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”. En realidad, nadie va a agradecer a Jesús por llamar a la puerta de su corazón o va a abrirle la puerta para dejarle entrar a menos que comprenda primero su gran necesidad de tener compañerismo y comunión con él. Nadie se relacionará jamás con Dios a menos que entienda primero su necesidad de tener esa relación.

Y, después de todo, ¿por qué necesitamos a Dios? Esta es una pregunta importante. Podemos afrontar la respuesta desde un punto de vista secular» en base a la lógica y la razón, a medida que tratamos de encontrar la respuesta.

Hace algunos años estuve asistiendo durante un verano a una universidad de California. Noventa y cinco por ciento de los estudiantes con quienes me asociaba creían que la vida sólo consistía en vivir aquí y ahora, eso era todo. Parecía sofisticado creer que vivimos toda nuestra vida en este planeta» que alcanzamos la edad de unos setenta años y luego morimos y quedamos muertos por mucho tiempo, digamos, para siempre.

Francamente, ¡no me impresionaban mucho sus opciones. No se trataba de elegir entre la vida eterna en el cielo o la vida eterna en Las Vegas, por ejemplo: Era una

elección entre vivir para siempre en el cielo, o no vivir! Porque solo a base de la lógica y la razón, su así llamada creencia esclarecedora no tenía mucho que ofrecer. Veamos.

Supongamos que usted no es cristiano, y que yo, como cristiano, me acerco a usted y le concedo la ventaja de que usted tenga la razón en un cincuenta por ciento: no existe nada más que el presente y cuando usted muera, se acabó. Pero usted tendría que darme a mí también el cincuenta por ciento de razón, esto es: El cielo es un lugar real y Dios es una persona real. ¡Eso sería jugar limpio! ¿No es cierto? Después de todo, a I pesar de que yo no puedo probar en un tubo de ensayo que Dios o el cielo son reales, tampoco usted puede probar que Dios no existe usando el mismo método ¿no es así? Lleguemos al acuerdo de que ninguno de nosotros puede probar su posición,

Así que empezamos sobre la misma base, nos damos la mano en señal de acuerdo. Yo le doy a usted la oportunidad de tener un cincuenta por ciento de razón, si usted me concede a mí que tengo razón en la misma proporción.

Digamos que empezamos a vivir nuestros setenta años y cuando llegamos al final, descubrimos que usted tiene la razón: no hay más allá. Ambos morimos, ambos somos enterrados en el mismo cementerio. Y yo no he perdido nada.

Pero supongamos que al final de nuestras vidas, un día, mirando hacia arriba, vemos una nubecita en el este. La nubecita se va poniendo cada vez más grande, hasta que todo el cielo parece lleno de seres celestiales. ¡Resulta que hay otra vida después de ésta! Dios es real, los ángeles son reales, y el cielo es un lugar real. Jesús ha venido. ¿Y qué ahora si usted lo ha rechazado? Bueno, usted habrá perdido todo, porque, ¿qué es esta vida comparada con la eternidad?

LA ELECCIÓN DE LOS NIÑITOS

Una vez me invitaron a dar un discurso de graduación a un grupo de niñitos que se graduaban de primer grado. ¡Qué honor! Todos desfilaron marchando, vestidos con tus togas pequeñas y sus birretes de cartón, con las borlas colgando, y ¡se suponía que yo tendría que decir algo apropiado!

Yo había decidido que trataría de hacerlos participar a ellos en el discurso o nunca lograría captar su atención, así que les di un problema para resolver. El problema era este: “Imagínense que en mi mano izquierda tengo una nota del tesoro de un millón de dólares, pagadera cuando ustedes cumplan 21 años de edad. Y que en mi mano derecha tengo un billete de un dólar que pueden recibir ahora mismo. ¿Cuál escogerían?

¡Yo podía ver las paletas, las barritas de chocolate y las gomas de mascar que surgieron en sus mentes! Así que traté de apelar al hecho de su amplia educación y de que se estaban graduando, para que le dieran una cuidadosa consideración a este difícil problema. Yo temía lo que iban a decidir, así que los entretuve tanto tiempo como pude. Cuando finalmente pedí que me respondieran, todos escogieron lo mismo: ¡El dólar. Por la expresión placentera de sus rostros me di cuenta que ellos pensaron que yo estaba impresionado con su cuidadosa decisión.

¿Terminó el problema en esa escuela de párvulos? No, el mundo entero está entrampado en el mismo problema. Se nos conoce por “la generación de ahora”. Y hasta que comprendamos la necesidad de algo más allá que aquí y ahora, seguiremos haciendo la misma elección que hicieron esos niños en su graduación.

Un día mi papá me dijo: “Hijo, tengo una proposición que hacerte. Quiero darte un millón de dólares”.

¡Tuve que reírme! ¡Sabendo yo de sobra lo que mi papá tenía en el banco! Pero él siguió insistiendo: “Hazte la idea que soy multimillonario y que te voy a dar un millón de dólares. ¿Te interesaría?”

—¡Por supuesto!

Él siguió:

—Pero hay dos condiciones. Primero, tienes que prometer gastar todo el millón en un año.

Bueno, yo hubiera preferido distribuir esa satisfacción por so período mayor de tiempo, pero es mejor un millón en un año que ningún millón.

—La segunda condición es que al final del año, tendrás que morir en una cámara de gas.

Yo salté.

—¿Qué dices?

—Que al final del año morirás. No habrá escape. Podrás usar el dinero para esconderte en alguna lejana isla tropical. Pero aún allí morirás al final del año. ¿Te interesaría la propuesta?

—¡De ninguna manera!

—¿Por qué no?

—Porque me pasaría un año entero pensando en la cámara de gas y esto me quitaría hasta la alegría de ese solo año.

Desde entonces he probado esta alegoría con muchas personas y la respuesta es siempre la misma.

¡No es un buen trato cambiar un año, aunque fuera un año fantástico, por toda una vida!

LA MORALEJA DE LA HISTORIA

Entonces mi padre salió con el desafío ingenioso que cualquiera podría esperar que un predicador presentara a su hijo. “Imagínate que yo soy el demonio y que te hago una oferta similar. Yo digo: ‘Puedes vivir setenta años y hacer lo que quieras. Sin reglamentos ni regulaciones. Puedes hacer cualquier cosa como te parezca, ir a donde quieras. Sin inhibiciones, sin tener que mantener la moral, ni restricciones. Diviértete. Vive la vida. Pero al final de los setenta años, terminarás tu vida en el lago de fuego conmigo’”.

Y mi papá me preguntó de nuevo: “¿Te interesaría la propuesta?”

Millones de personas han aceptado esta oferta y han pensado que han hecho la decisión correcta.

La mayoría de nosotros estamos listos para aceptar la premisa de que seria tonto fijarnos un año cuando tenemos setenta a nuestra disposición. Pero, ¿qué en cuanto a decidimos por setenta años cuando podemos contar con la eternidad? Es una necesidad, aún a base de lógica y razón, no aceptar la oferta de Dios de la vida eterna. Pero miles la han rechazado y la seguirán rechazando. Miles se decidirán por los placeres temporales y perderán la eternidad.

EL ALACRÁN Y LA RANA

Un alacrán quería cruzar el río. Pero no sabía nadar. Así que le pidió a la rana que lo transportara.

La rana se negó. “Sé lo que vas a hacer”, le dijo. “Me vas a picar y yo me voy a hundir y me voy a ahogar”.

“No lo haré”, insistió el alacrán. “Si lo hiciera, me ahogaría junto contigo”.

De manera que la rana se convenció y empezaron el viaje. Y por supuesto, en medio del cruce del río, el alacrán picó a la rana.

Cuando se hundían, la rana dijo tristemente: “¿Por qué lo hiciste? ¡Ahora moriremos los dos!”

Y el alacrán respondió: “Lo siento, no pude evitarlo. Es mi naturaleza”.

NATURALEZA DEL HOMBRE

Debido a su naturaleza, la gente sigue haciendo la decisión tonta de rechazar la eternidad en favor del presente. Hasta personas sumamente inteligentes terminan rehusando la oferta de vida de Dios, conformándose con la vida actual. Somos esclavos de nuestra naturaleza, como el alacrán de la fábula. Habiendo nacido en este mundo de pecado, somos pecadores por naturaleza. Y a menos que intervenga el poder milagroso de Dios, no hay lógica ni razón que nos convenza de aceptar la vida eterna que Dios nos ofrece.

Sabemos que la muerte ha pasado a toda la humanidad desde Adán, “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Rom. 5:12). La muerte es el pago del pecado (Cap. 6:23). Pero los niños mueren a veces sin haber tenido la oportunidad de “pecar”. Por lo tanto, sabemos que todo el mundo es pecador desde Adán, haya pecado o no. Podríamos citar muchos textos de la Escritura que prueban esto, pero no es necesario. La muerte habla por sí misma.

Hasta hay muchas pruebas bíblicas destacadas de que nacimos en pecado. Es un hecho cierto que nadie puede ver el reino de Dios a menos que nazca de nuevo (Juan 3:3). Si esto es cierto, entonces debe haber algo malo en relación con nuestro primer nacimiento. ¿Qué es? Consideremos la enseñanza de San Agustín, el fundador de la clásica doctrina del pecado original. Mucho se ha discutido sobre esta doctrina. Básicamente él enseñó que nacemos pecadores y somos responsables del pecado desde nuestro nacimiento. Lo que significa que esta doctrina debiera llamarse “la doctrina de la culpa original”.

Puede ser que usted tenga problemas con la doctrina de la culpa original de San Agustín, pero hay una legítima doctrina bíblica del pecado original. Se encuentra en la histórica Confesión de Augsburgo, donde dice que nacemos separados de Dios. Esta es la realidad. Pero aunque nacemos separados de Dios, no somos» responsables del hecho. Por lo tanto, nadie tiene que celebrar ningún ritual a un recién nacido para que éste sea salvo, porque el recién nacido no es responsable de su nacimiento en este mundo de pecado. Nadie es responsable de haber nacido en este mundo hasta que tenga la oportunidad de entender el problema inteligentemente, ver tu condición y lo que puede hacer para remediarla. Es allí donde empieza tu responsabilidad.

Este es el concepto bíblico del pecado original, y estoy agradecido por este conocimiento. Esto te menciona en Juan 9, y Juan 15; también lo menciona el apóstol Santiago y lo encontramos en los primeros capítulos de Romanos. Dios nunca nos ha tenido por responsables de haber nacido en un mundo de pecado. ¡Esto de por sí son buenas nuevas!

PERO NUESTRO CORAZÓN ES PERVERSO Y NO PODEMOS CAMBIARLO

Cuando nos referimos al pecado original, no queremos decir que el pecado pasa de uno a otro por medio de los genes y los cromosomas. No hay evidencias para creer esto» No, el ser humano nace separado de Dios. El resultado en la práctica es que ti hombre nace egoísta, y este egoísmo es la raíz del pecado que sigue (Rom. 8:7). Nacemos desesperadamente egoístas. Y aunque a muchos les sea difícil creer que los recién nacidos son pecadores, muy pocos tendrán problemas en admitir que son egoístas.

Así que podemos dar la idea de una doble definición de *pecado*. Pecado en singular y pecados, en plural. Pecado en singular es el de toda persona que vive apartada de Dios;

y pecados, en plural, son las cosas malas que se hacen como resultado de vivir separados de Dios.

Pecado en singular, es vivir apartado de Dios, y esto no tiene nada que ver con vivir vidas aceptables. Hay muchos que viven vidas aceptables y morales separados de Dios. Pero están viviendo en pecado. Hagan lo malo o no, están viviendo en pecado. Esas buenas vidas son pecadoras. ¿Se dan cuenta? Romanos 14:23 dice que "... todo lo que no proviene de fe es pecado". Y todo lo que hagamos que no sea hecho mediante una relación de fe con Jesús, es pecado, hasta limpiarle el patio a una viuda. Porque si soy egoísta para vivir una vida apartada de Dios, puedo limpiarle el patio a la viuda solo por motivos egoístas. Es posible hacer lo correcto por motivos erróneos.

¿Cuáles serían los motivos egoístas que me inspirarían a limpiar el patio de la viuda? Bueno, quizás dentro de poco me iré de vacaciones y quizás ella pueda cuidar a mí perro mientras estoy fuera. Quizás espero que los vecinos me consideren como una persona buena que limpia el patio de la viuda, lo que me dará una buena reputación. O quizás he cometido un pecado grande y estoy tratando de expiarlo. O quizás he oído que ella está al borde de la muerte y espero que me recuerde en el testamento. Puede haber muchos motivos por los cuales decido limpiar ese patio; quizás no puedo identificarlos todos. Pero el asunto es que cualquiera que viva apartado de Jesús puede hacer muchísimas cosas buenas por motivos malos y egoístas.

Es la naturaleza *pecaminosa* del ser humano lo que resulta en obras pecaminosas, sean buenas o malas. El hombre peca porque es pecador. No es pecador porque peca. No olvide que el hecho principal en cuanto al pecado es la separación de Dios. Usted no tiene que pecar para ser pecador; todo lo que tiene que hacer es "haber nacido".

Si tratamos de ponerlo todo en una ecuación, diríamos que Humanidad = Pecado, y Justicia = Jesús. Jesús es el único nacido en este mundo sin ser pecador, sin estar separado de Dios. Jesús es el único que ha nacido justo. Se desprende claramente de esta analogía que la única posibilidad para ser justo, en lo que concierne al hombre, sería Humanidad + Jesús = Justicia. La humanidad sin Jesús, sigue siendo pecadora. La diferencia entre pecado y justicia la establece el hecho de si Jesús mora o no en la vida del hombre.

Un día estábamos hablando de esto en clase y un estudiante sentado al fondo del aula, sacó figuradamente una calculadora de su bolsillo y dijo: "¡Espere un momento! Usted dice que Jesús = Justicia por derecho propio. Entonces usted dice que la Humanidad + Jesús = Justicia. Si esto es así, entonces Humanidad = Cero". ¡Y la expresión de su rostro era como si yo hubiera hecho una injusticia a la raza humana! ¿Qué significado tiene el que digamos que Humanidad = Cero (nada)?

DESVALIDOS, PERO NO SIN VALOR

Los seres humanos son iguales que nada en lo que a *justicia* se refiere. ¿Qué dice la Biblia? "... todas nuestras justicias como trapo de inmundicia" (Isa. 64:6). Pero esto no quiere decir que la humanidad no valga nada en cuanto a *valer* se refiere. Hay una diferencia tremenda entre estar desvalido para producir justicia y no tener valor alguno. Nuestro valor quedó comprobado cuando Jesús vino a este pequeño mundo, apenas una manchita en el universo, a redimir a la raza humana del pecado. ¡Esto nos da una idea del alto valor que tiene el alma humana.

Una vez escuché decir que si se pudiera tener una balanza gigante para colocar en uno de sus platillos a la tierra que pesa 6 sextillones de toneladas (6 seguido de 21 ceros), y en el otro a un bebecito, la balanza se inclinaría a favor del niño. Tal es el valor del alma humana. De manera que no tenemos que ir por vida con la cabeza baja; podemos permanecer derechos y erguidos, por el valor adjudicado a nosotros por

Jesucristo. Pero seguimos siendo incapaces de producir justicia. ¿Notamos la diferencia entre ser desvalidos y no tener valor?

SIN INTERÉS EN LAS COSAS ESPIRITUALES

No solamente somos impotentes para producir justicia apartados de Cristo, sino que nuestro principal problema consiste en haber nacido separados de Dios. Esto es: no tenemos interés en las cosas espirituales. No sentimos gozo en la comunión con Dios. En realidad, eso no nos gusta por naturaleza. Una de las principales evidencias de que una persona no ha nacido de nuevo, de que todavía vive apartada de Dios, es su falta de interés en lo espiritual.

Un día, un amigo mío predicó un sermón en cuanto a un hombre que había llegado al cielo por equivocación. Alguien llegó un poco tarde y no escuchó el sermón desde el principio. Esa persona salió diciendo que el predicador había dicho que era posible llegar al cielo por equivocación. Pero este no es el punto. Mi amigo estaba tratando de describir lo que significaría para el pecador que no hubiera nacido de nuevo, que no disfrutara del gozo de la santidad, ni hubiera experimentado gozo en la comunión con Dios, ni alegría en servir a otros sin egoísmo, verse de pronto en el cielo. ¡Qué mal se sentiría esa persona! ¿Se le ha ocurrido pensar alguna vez que es evidencia del amor de Dios no permitir que lleguen al cielo los que rehúsan la salvación? ¡El cielo sería un lugar de tortura para ellos! Sólo cuando la persona ha nacido de nuevo podrá encontrar gozo en las cosas espirituales.

LA HUMANIDAD NECESITA UN SALVADOR

Si el problema principal del pecado es una vida apartada de Dios, ¿cuál debería ser aquí el punto focal? ¿Deberíamos dedicar esfuerzo y atención a las cosas buenas o malas que hacemos, o empeñarnos en tener una relación de comunión y compañerismo con nuestro Salvador, Cristo Jesús?

Si todos los habitantes del mundo (excepto Jesús) han nacido pecadores (Rom. 3:23), entonces todos los habitantes del mundo necesitan un Salvador para poder ser salvados (Hechos 4:12). El Evangelio es las buenas nuevas de Jesús (Rom. 1:16). Jesús, nuestro Salvador, ha hecho posible la salvación por medio de la cruz, gracias a la cual el poder del pecado ha quedado destruido. Cuando el pecador acepta esta gran salvación, nace de nuevo, y se efectúa el más importante intercambio del mundo.

Supongamos que yo estuviera listo a cambiar mi bolígrafo por un Cadillac. Si hubiera alguien que tuviera ese carro y quisiera hacer el intercambio, o bien sería un estúpido, o en realidad me querría demasiado, una de las dos. Sería un intercambio notable, ¿no les parece?

La Biblia los habla del intercambio más grande jamás realizado en 2 Corintios 5:21: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Podemos cambiar un poco las palabras: Dios hizo que Jesús, que no conocía el pecado, fuera hecho pecado por nosotros, para que nosotros, que no conocíamos la justicia, pudiésemos ser hechos justicia de Dios en él.

¿Le gustaría que Jesús se le acercara y le ofreciera con los brazos abiertos y su dulce mirada, intercambiar toda la justicia de él por todos los pecados suyos? ¿Le interesaría el intercambio? Lo cierto es que eso es exactamente lo que él nos ofrece. No obstante, aún tratándose del más importante intercambio jamás realizado, de momento parecería que a alguien le tocaría la parte pequeña del trato. Sería como cambiar un Cadillac por un bolígrafo, excepto que ¡ni siquiera existe el bolígrafo! Todo lo que tenemos que intercambiar por la justicia de Dios son trapos de inmundicia, como llama Jesús a

nuestra justicia (Isa. 64:6). Tenemos que llegar a la conclusión de que, o bien Aquel que ofrece hacer el intercambio es muy iluso, o en realidad, nos ama mucho.

NO ES LO QUE USTED HACE, SINO A QUIEN USTED CONOCE

En Efesios 2:8, 9 encontramos estas significativas palabras: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”.

Pablo lo expresa repetidamente en Romanos 3:20: “... por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él”. En otras palabras, la salvación no se basa en lo que uno hace, sino en Aquel a quien uno conoce. Y el ser humano no parece ver la necesidad de conocer a Dios (ni ve la necesidad de reservar cierta porción de tiempo para este propósito) hasta que comprende que la salvación se basa más en relación que en conducta.

Si usted está esperanzado en la salvación, pero no ve la necesidad de conocer a Dios y no considera importante el tiempo dedicado a conocer a Dios, entonces usted sigue creyendo que su salvación se basa en su propia conducta. Fuera de lo que la persona diga en cuanto a sus creencias, si está convencida de que la salvación y el cristianismo se basan en la relación con Cristo, entonces esa relación tiene que convertirse en su primera prioridad. Todo aquel que no busca la salvación por intermedio de una relación estrecha con Dios y una relación personal con él, es un legalista que está tratando de ganar el cielo por sus propias obras.

LA BASE DE TODO CONSISTE EN CONOCER A DIOS

Cuando lleguemos a comprender en primer lugar, que somos pecadores por naturaleza y qué es lo que ocasiona el pecado, entenderemos mejor la necesidad de conocer a Dios. La justicia no es una entidad en si misma. Es algo que viene solamente en Cristo. Cuando acepto a Jesús como mi Salvador, mi Señor y mi Amigo, tengo toda su justicia, porque la justicia viene con él.

Pero hay otro motivo por el cual es importante conocer a Dios. Es importante por *consideración a Dios*. Piense en toda la angustia y tristeza que su *divino corazón* ha experimentado por siglos, por la determinación del hombre pecador de seguir su propio camino.

Cuando usted ama realmente a alguien, lo que más anhela es que ese alguien lo ame a usted. Ciertamente, Dios es amor, y en verdad, nos ama mucho, como lo demuestra su oferta de intercambiar todos nuestros pecados por toda su justicia. Es una oferta fantástica para nosotros, pero ¿y para él? ¿Terminará Dios burlado en éste, el más importante de todos los intercambios? Para responder a esto, quisiera resucitar una antigua historia que viene al punto. Es la historia del viejo Juan.

El viejo Juan era un esclavo allá cerca de la boca del río Mississippi. Un día, estaba allí en un lote en el mercado de esclavos, en el mismo lugar donde más adelante estuvo Abraham Lincoln observando brotar las lágrimas y la angustia de tantos corazones rotos y dijo: “¡Si alguna vez tengo la oportunidad de acabar con esto, lo voy a hacer!”. Allí estaba Juan, enfermo, cansado de tantas separaciones y lágrimas y adioses. Había tomado la determinación de no trabajar jamás. Pero allí estaba, en el lote de subasta. Los licitadores empezaron a ofrecer y Juan empezó a refunfuñar cada vez más alto: “No voy a trabajar. No voy a trabajar”, repetía. La gente empezó a escuchar, y uno por uno de los licitadores dejaron de ofrecer, excepto un hombre que intercambió una buena suma de dinero por este esclavo que se había propuesto no trabajar.

El nuevo dueño llevó a Juan en su carruaje hacia su plantación en el campo. Finalmente fueron por un caminito que pasaba a la orilla de un lago. Al lado del lago

había una cabaña muy bonita, con cortinas y ventanas y flores en la escalera de piedra.
¡Juan nunca había visto nada tan bonito!

—¿Allí voy a vivir? —preguntó.

—Sí.

—Pero yo no voy a trabajar.

—Juan, tú no tienes que trabajar. Yo te compré para que fueras libre. (Todavía está pendiente lo mejor de la historia).

Juan cayó de rodillas a los pies de su benefactor y le dijo: “¡Maestro, trabajaré para ti por siempre!”

Imagínese un grupo de pecadores. Han sido esclavos del pecado del dolor y de la muerte. Dicen: “No vamos a luchar, ¡*no podemos!*” ¿Lo han intentado alguna vez? ¿Han tratado de producir obras de justicia alguna vez? Es imposible. No se puede.

Pero Jesús nos dice: “*Tú* no tienes que esforzarte. Yo te he comprado con mi propia sangre, para que seas libre, y quiero que vivas mi vida en ti”.

Según entiendo, él tiene algunas mansiones a la orilla de un lago que parece un mar de vidrio. Allí hay escaleras de piedras, y cortinas y flores que nunca se marchitan. El nos ofrece todo esto porque nos ama. Así es él. Y cuando entendemos este intercambio y esto nos conmueve de veras el corazón, ¡le serviremos para siempre con alegría!

¿Cuáles son los pasos para ir a Cristo? ¿Cómo puedo saber si estoy salvo?
¿Cómo puedo relacionarme personalmente con un Dios a quien no puedo ver ni oír?

SEGUNDO DÍA

Era un anciano que tenía el cabello gris, las profundas arrugas y las manos temblorosas del que ya había usado sus setenta años. Lo vi una vez y jamás lo olvidaré. Era en un campamento de los de antes, en la carpa principal, inmediatamente después de haber terminado el sermón devocional de la mañana. El encargado de la plataforma pidió a todos los pastores presentes que se encargaran de distintas secciones de la congregación y dirigieran una reunión corta para que todos los presentes tuvieran la oportunidad de hacer comentarios y preguntas. El anciano estaba sentado en mi sección. Se puso de pie y con lágrimas en los ojos, dijo: “¡Por mucho tiempo Dios ha estado tratando de alcanzarme, y por fin lo ha logrado!” Y se sentó.

No recuerdo lo que los demás dijeron en esa ocasión, pero lo que dijo este anciano jamás lo he olvidado. ¡Qué maravilloso y qué trágico! ¡Maravilloso porque Dios ganó al final la batalla por su vida, pero trágico porque tuvo que esperar tanto!

Hannah Whitall Smith cuenta la historia de un hombre que se acercó a Cristo y al contar su experiencia, ella dice que después de eso, finalmente llegó a entender cuál era su parte y cuál era la parte de Dios. Por supuesto, los cristianos muchas veces han discutido cuál es la parte del hombre y cuál es la parte de Dios en lo que respecta a entregarse a él y vivir la vida cristiana. Así que inmediatamente le preguntaron al hombre cuál fue exactamente su parte y cuál fue la de Dios. El hombre contestó: “Mi parte fue huir, y la parte de Dios fue alcanzarme”.

Jesús dijo en Juan 6:44, “Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere”. La salvación es iniciativa de Dios, no del hombre. Jeremías 31:3, dice, “... con amor eterno te he amado; por tanto, te prolongué mi misericordia”. Y la misericordia de Dios se extiende a cada persona. No hay unos destinados a ser salvos y otros a ser combustible en los fuegos del infierno. Todos son atraídos por Dios. Y sólo los que persistentemente resistan el poder de atracción de su amor, no acudirán a él para salvación.

Pero en el proceso de ser atraídos a Cristo debemos dar ciertos pasos. ¿Cuáles son esos pasos? Primero, tener deseo de algo mejor. Segundo, conocer lo que es mejor. Tercero, convencernos de que somos pecadores. Cuarto, comprender que somos impotentes de hacer algo en cuanto a nuestra condición. Y finalmente, darnos por vencidos, lo que en los círculos cristianos se llama “rendirse”. Nos damos por vencidos de ser capaces de ser salvos por nosotros mismos, y entonces podemos ir a Cristo tal como somos.

Vamos a estudiar estos cinco pasos en detalle, mientras tratamos de comprender el proceso por el que pasan las personas hasta llegar a Cristo.

EL DESEO DE ALGO MEJOR

En Juan 4 se cuenta la historia de una mujer que fue a Jesús. Notemos el primer paso que ella dio para ir a él.

Empezaremos con los versículos 5 y 6: “Vino pues a una ciudad de Samaria llamada Sicar, junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José. Y estaba allí el pozo de Jacob. Entonces Jesús, cansado del camino, se sentó así junto al pozo. Era como la hora sexta” (o doce del mediodía).

Aquí se nos presenta un extraño enigma. Jesús es el Creador. Nuestro Dios. Él es el que hizo los soles y las estrellas y los sistemas. Él creó todo lo que ha sido hecho (Juan

1:3), y aún así, había aceptado la carga de la humanidad y aparentemente estaba más cansado que sus discípulos, porque ellos fueron a Sicar a comprar alimentos. Estaba demasiado cansado para seguir caminando, por lo tanto se sentó a la orilla del pozo a esperar que ellos regresaran. ¿Podemos imaginarlo en ese lugar?

El relato sigue en el versículo 7 de Juan 4: “Vino una mujer de Samaria a sacar agua; y Jesús le dijo: Dame de beber”.

Aquí vemos al Maestro haciendo su obra, atrayendo a un alma a él. No procuró imponerle sus propios conceptos religiosos a la mujer, sino que le pidió un favor. La confianza engendra confianza.

“La mujer le dijo: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides a mí de beber, que soy mujer samaritana? Porque judíos y samaritanos no se tratan entre sí.

“Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva.

“La mujer le dijo: Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tienes el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo, del cual bebieron él, sus hijos y sus ganados?

“Respondió Jesús y le dijo: Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna.

“La mujer le dijo: Señor, dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a buscarla.

“Jesús le dijo: Ve, llama a tu marido, y ven acá.

“Respondió la mujer y dijo: No tengo marido. Jesús le dijo: Bien has dicho: No tengo marido; porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no es tu marido; esto has dicho con verdad” (Versículos 9-18).

Evidentemente, esta mujer tenía el deseo de algo mejor. Ella había ido a buscar agua. Aparentemente era una ramera del pueblo vecino, porque ella había ido a buscar agua a una hora en que no iban las otras mujeres del pueblo. También había ido a un pozo fuera del pueblo. Ella estaba cansada de las miradas de desprecio, y de las lenguas maliciosas. Había ido sola al pozo para escapar de su condenación.

Sabemos que ella estaba buscando algo mejor que todavía no había encontrado. Ella había estado casada, pero su primer marido no era lo que ella había esperado, así que buscó algo mejor en el segundo marido. Y éste tampoco era suficientemente bueno, así que buscó algo mejor en un tercer marido, y en un cuarto y en un quinto. Y finalmente renunció al matrimonio y decidió seguir un sendero que muchos siguen hoy día: seguir adelante y vivir con alguien y no hacer ningún compromiso que no pueda mantener. Y la vemos acercándose al pozo y buscando todavía algo mejor.

NUNCA SATISFECHO

Un amigo me contó de un conocido suyo que empezó a fumar. Fumaba cigarrillos Chesterfield, porque lo anunciaban como el cigarrillo que satisface. Pero no se sintió satisfecho. Empezó con una cajetilla diaria, pero no era suficiente, así que subió a tres. Nunca se sentía satisfecho.

Todos los habitantes del mundo buscan algo mejor. Los niños y las niñas buscan mejores bicicletas o pelotas. Los jóvenes, más aceptación, mejores amigos, más diversión. Los mayores buscan más éxito, más placeres o más posesiones materiales. Pero hasta deseos que parecen legítimos pueden representar un clamor del corazón de una persona que tiene en su vida un vacío contorneado por Dios, que sólo puede llenarse mediante Dios mismo.

Hay escaladores de montañas que escalan montañas porque están ahí. Los que escalan rocas, siguen buscando rocas más altas, con más riesgos. Las ambiciones en los deportes, los negocios y hasta los placeres legítimos pueden ser el clamor del corazón por algo mejor, un deseo irreconocible de Dios.

Pero el deseo de algo mejor nunca quedará satisfecho separados de Dios. La persona que busca la felicidad en el mundo encuentra que la diversión que el mundo nene que ofrecer no dura. Y siempre tiene que estar buscando algo nuevo que lo ayude a olvidar que lo último que pensó que le satisfacerla, no le duró.

Como dijo Jesús en el versículo 13 de este capítulo sobre la samaritana. “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed”. Y todos nuestros esfuerzos por encontrar algo mejor separados de Dios, terminarán en la nada, porque nuestro deseo es por él, aunque no lo reconozcamos.

Hay desvíos en cada paso del camino a Cristo, para impedir que lleguemos a él. Tratamos de satisfacer nuestro deseo por algo mejor intentando o probando algo diferente. Lo vemos en la historia de la samaritana. Ella había intentado satisfacer su deseo de algo mejor buscando satisfacción en múltiples relaciones humanas. Pero a pesar de las muchas diferentes cosas que había intentado, su deseo permanecía insatisfecho.

Jesús le dijo: “Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed, pero el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás”. La mayoría de nosotros acudimos a Dios por el camino largo, el camino de las dificultades, los sufrimientos y los corazones heridos. Y cuando todo lo que pensamos que queremos se daña, finalmente llegamos al fin de nuestros propios recursos y entonces miramos y decimos: “Está bien, Señor. Después de todo, creo que te necesito”.

Pero hay una ruta corta. Jesús se la brindó a la samaritana junto al pozo. Se encuentra en Juan 12:32: “Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”. Cuando Jesús es levantado, somos atraídos a él. La samaritana estaba en la presencia de Aquel que podía satisfacer todos sus anhelos, pero ella no se daba cuenta. Por eso Jesús dio el segundo paso, un conocimiento del cual resulta en lo mejor.

EL CONOCIMIENTO DEL PLAN DE SALVACIÓN

Notemos lo que dice Juan 4:10: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”.

La salvación es un don de Dios. Esta es probablemente una de las verdades más grandes que podamos conocer en relación con el plan de salvación. “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito” (Juan 3:16). “La paga del pecado es muerte; mas la dádiva de Dios es vida eterna” (Rom. 6:23). No la podemos ganar, no la podemos comprar, nunca la mereceremos. La salvación es un don. No tiene nada que ver con lo que merecemos nosotros.

Pensemos por unos instantes en los medios que usamos para obtener lo que queremos. Esta mujer samaritana pudo haber sido una mujer de la calle, acostumbrada a venderse a sí misma para ganarse la vida, para tratar de obtener algo mejor. Los que eran sus clientes también querían algo mejor y estaban listos a pagar por un amor sintético, para tratar de satisfacer sus deseos. Muchas personas actualmente tratan de comprar amor y aceptación usando métodos similares, También hay muchos hoy que tratan de comprar el amor y la aceptación de Dios, y se convierten nada menos que en fornicarios espirituales. Peto Jesús nos dice que el mayor placer y la felicidad duradera, son gratis. Hoy nos dice lo que le dijo a la mujer junto al pozo; “si conocieras el don de Dios”. ¡Si tan sólo lo supieras!

El desvío de este paso consiste en sustituir el conocimiento personal de las cosas espirituales y el plan de salvación por el conocimiento de las cosas religiosas. Cuando Jesús llevó a la samaritana el conocimiento del don gratuito de la salvación, cuando le hizo conocer que él conocía su corazón, ella trató de cambiar el tema. Ella empezó a discutir en cuanto al mejor lugar para adorar a Dios. ¿Sería Jerusalén o Samaria? Ella trató de esquivar el impulso de las preguntas de Jesús. Pero él tuvo paciencia con ella y es paciente con nosotros. ¡Piense todas las veces que hemos cambiado el curso de una conversación cuando la presión ha subido muy alto! Pero el Espíritu Santo no nos abandona, y Jesús sigue allí, en las sombras, esperando que dejemos de huir. Hoy todavía se nos sigue ofreciendo gratis el agua de la vida.

A veces nuestro conocimiento de Dios es limitado. A la samaritana le pasaba lo mismo. En el versículo 25 de Juan 4, ella dijo que sabía que el Mesías había de venir. Actualmente hay personas que han crecido con ese conocimiento. Casi no se puede estar en ninguna parte en nuestro mundo actual sin oír algo en cuanto a la segunda venida de Cristo. Pero es posible escuchar sobre la segunda venida y ver las señales de su proximidad y hasta creer que sucederá algún día y seguir sin beber del pozo del agua de la vida que Cristo nos ofrece.

Pero podemos sentirnos agradecidos por cualquier cantidad de conocimiento que tengamos de Dios. Conocer algo de él es mejor que nada. Gracias a Dios por lo que hayamos podido retener de nuestra niñez acerca del amor divino. El Espíritu Santo puede usar cualquier conocimiento que tengamos de Dios para guiarnos a una relación más profunda con Jesús.

LA CONVICCIÓN

El tercer paso para acudir a Dios es admitir que somos pecadores. Llegamos a comprender que somos pecadores, sea que hayamos hecho algo malo o no. ¿Habrá alguien que nunca haya hecho nada malo? Si existiera una persona tal, de todos modos es pecadora porque uno no tiene que pecar para ser pecador. Todo lo que se necesita hacer para ser pecador es haber nacido. Como notamos en el Primer Día, hemos nacido pecadores y Jesús dijo que para poder ver el reino de Dios, tenemos que nacer de nuevo. Por lo tanto, tiene que haber algo malo en nuestro primer nacimiento.

Hay personas que dudan en dar este tercer paso. Son los que dicen soy tan bueno como el mejor. Soy tan bueno como algunos que conozco que dicen que son cristianos”. Ellos caen en la trampa de compararse entre sí. Este paso tiene muchos desvíos. Uno es pensar que no somos realmente pecadores, que básicamente somos buenas personas. Hay denominaciones religiosas enteras basadas en la premisa de que la gente es básicamente buena y que todo lo que necesita hacer es desarrollar lo bueno que hay en ella.

Pero la Biblia dice en Romanos 3:10-12 que “no hay justo ni aun uno”. Uno de los pasos para acudir a Cristo es llegar al punto donde uno esté listo a admitir que es pecador porque sólo los pecadores necesitan un Salvador.

No hay nada que convenza tan efectivamente a una persona que es pecadora que mirar a Jesús en la cruz. Cierta vez vi a un hombre de ocho pies de estatura. Tenía la configuración de un jugador de fútbol y usaba una camiseta típica. Iba caminando por los terrenos de la feria del distrito. Cuando lo vi a la distancia, no parecía tan alto, quizás de mi tamaño. Pero cuando llegué cerca de él, me sentí como un enano.

Cuando uno mira a Jesús a la distancia y (espiritualmente) no está muy cerca de él, puede ser que no parezca tan alto, quizás a la altura de uno. Pero cuando nos acercamos a Jesús, vemos que reluce como el pico de una montaña coronada de nieve penetrando el azul del cielo, y nos sentimos como enanos en la base. Esto fue lo que le sucedió al

apóstol Pablo. Él creía que en bastante bueno hasta que tuvo una vislumbre de Jesús. Lo pueden leer en Filipenses 3. Una vez que vio a Jesús, y fue atraído a él, entonces todo lo que había considerado de valor, le parecía que era basura. De manera que es mirando a Jesús que llegamos a comprender nuestra condición como pecadores.

SENTIRSE DESVALIDOS

El cuarto paso es el más difícil, porque hay algo en el corazón humano que resiste el pensamiento de que somos desvalidos. De vez en cuando he pedido a mis alumnos, que llenen un cuestionario sin poner sus firmas, cuando estamos estudiando estos pasos a Cristo, indicando dónde creen que se encuentran en ese momento. La mayoría se coloca en esta categoría. Comprenden que son pecadores, pero todavía no admiten sentirse desvalidos o impotentes para hacer algo a favor de ellos mismos.

El desvío que muchos toman en este punto es pensar que mientras más esfuerzos hagan durante más tiempo, llegarán a ser mejores. Pero Jesús dijo en Juan 15:5: “Sin mí, nada podéis hacer”. Jeremías hace la pregunta: “¿Mudará el etíope su piel, y el leopardo sus manchas? Así también podréis vosotros hacer bien, estando habituados a hacer mal” (Jeremías 13:23).

Después de una reunión en cierta ciudad sobre el tema de nuestra invalidez, se me acercó un médico que me dijo: “¡Nadie va a aceptar su mensaje! Yo estuve en el cuadro de honor durante mis estudios superiores. Ocupé el tercer lugar en mi clase de graduandos de medicina. Tengo una linda familia. Tengo una casa en la ciudad y otra en el campo. Tengo un yate en la bahía y dos Cadillacs en el garaje. ¡No me diga que soy un desvalido!”

Él había olvidado quién es el que mantiene su corazón latiendo ¿no es cierto? Pero este no es el punto. Hay muchos, que, como este médico, pueden experimentar éxito en el mundo apartados de Dios, mientras Dios mantenga su corazón latiendo. Pero el punto es que somos impotentes para producir verdadera virtud o justicia apartados de Dios. Hasta que la persona llegue a comprender que no puede hacer nada que lo libre de sus pecados, errores y fracasos, no estará listo a dar el siguiente paso en su camino a Cristo. Nadie ha podido jamás acudir a Cristo hasta que ha admitido su fracaso y aceptado su incapacidad para salvarse a sí mismo.

LA ENTREGA

Entregarse o rendirse quiere decir “darse por vencido”. ¿Qué es lo que entregamos? Nos entregamos a nosotros mismos. Abandonamos la idea de que en nuestra condición, podemos hacer algo de alguna manera, excepto una cosa: ir a Cristo tal como somos. Cristo quiere que vayamos a él tal como somos. De hecho, es la única forma de hacerlo. Jamás podremos llegar a ser mejores por nuestros propios esfuerzos. Debemos acudir a él tal como somos.

La desviación de este punto consiste en tratar de entregar cosas, en lugar de darnos a nosotros mismos. Tratamos de dejar de fumar y de tomar bebidas alcohólicas y de participar en juegos de azar. Nos hacemos la idea de que la vida cristiana se basa en la cantidad de cosas que podemos dejar de hacer. Si rendirse significa renunciar a la idea de que podemos hacer algo apartados de Cristo, entonces esto se puede convertir en un desvío para la persona de voluntad más fuerte.

Cierta vez a un hombre se le rompió la bocina de su automóvil. Así que llevó el carro al taller para que lo repararan. Estaba lloviendo y cuando llegó a la puerta del taller, la encontró cerrada. En la puerta había un aviso que decía “toque la bocina si necesita nuestros servicios”. Muchas veces al tratar de rendirnos a Dios, nos encontramos ante el mismo dilema. Una verdad importante en cuanto a la entrega a Dios es que es algo que no

podemos hacer por nosotros mismos. Esto puede representar una brecha importante para la persona que ha estado tratado de rendirse en vano. El verbo rendirse significa darse por vencido. Y para poder allegarnos a Cristo, tenemos que llegar al fin de nuestros propios recursos, y esa impotencia tendrá que incluir también la imposibilidad de rendirse. Si yo tuviera la fortaleza o habilidad dentro de mi mismo para rendirme, no tendría que darme por vencido, habría algo que yo podría hacer.

Pero rendirnos no es algo que hacemos, ¡aunque lo hacemos! ¿En qué consiste el asunto? En que solamente Dios puede conducirnos a la entrega. No podremos llegar allí por nosotros mismos. Pero nadie puede vaciarse de sí mismo. Sólo Cristo puede realizar esta obra. Nuestra parte es consentir, y más adelante estudiaremos más acerca de ese consentimiento.

Si alguien se quiere suicidar, puede hacerlo de varias maneras. Puede tomar un arma y volarse los sesos. Puede saltar de algún edificio o puente alto. Puede tomar un veneno o droga mortal. Pero hay un método que nadie puede usar para suicidarse y es crucificarse. No hay forma que una persona pueda crucificarse a sí misma. Si alguien ha de ser crucificado, otra persona tiene que hacer el trabajo en su lugar.

La cruz se usa en las Escrituras como símbolo de rendición, muerte, entrega de sí mismo. Jesús habló de nuestra cruz. El nos invita a tomar nuestra cruz y seguirlo (Mat. 16:24). Él usa la cruz, la crucifixión, como símbolo para enseñarnos que no podemos rendirnos por nosotros mismos. Debemos permitir que Dios haga esta obra por nosotros. Y él está listo y es capaz de llevarnos al punto de rendición si se lo permitimos.

DIOS TOMA LA INICIATIVA

El deseo de algo mejor proviene de Dios. Es su poder de atracción lo que despierta nuestro deseo de algo que poseemos. La convicción de que somos pecadores es la obra del Espíritu Santo. El “convencerá al mundo de pecado” (Juan 16:8). La comprensión de nuestra impotencia es su obra, porque Jesús dijo “separados de mí nada podéis hacer” (Juan 13:5). Conducirnos al punto de rendición es su obra, aunque nosotros seamos los que nos rendimos. Hay sólo uno de estos cinco pasos en el cual podemos participar deliberadamente y es en lo que respecta a obtener conocimiento del plan de salvación. Aunque Jesús toma la iniciativa también en esto, nosotros podemos responder a su iniciativa eligiendo acudir a él, buscar el conocimiento de él. Es así como consentimos, colocándonos en la atmósfera donde Jesús obra. Ya sea en la iglesia, en reuniones para el público, o en privado ante la Palabra abierta de Dios, o quizás leyendo este libro, si usted hace un único intento de responder a la atracción de Jesús y su Espíritu para obtener un mejor conocimiento del plan de salvación, él hará el resto.

Jesús todavía hace el ofrecimiento de aceptar a todo aquel que acuda a él. La invitación sigue siendo “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mat. 11:28).

No importa dónde usted esté, o quién sea usted, o cuál haya sido su pasado, Jesús le ofrece paz. Si usted nunca ha acudido a Jesús, puede hacerlo en este momento.

EL CAMINO A CRISTO

En la página siguiente, aparece un sencillo diagrama que revela cinco pasos o peldaños progresivos que nos permiten llegar a los pies de Jesús. Estúdielos con detenimiento, y medite en ellos con sinceridad y oración. Son los siguientes:

LA ESCALERA DE SALVACIÓN

ENTREGA

SENTIRSE DESVALIDOS
CONVICCIÓN
CONOCIMIENTO
DESEO

Quizás usted se da cuenta en cuál de estos pasos se encuentra. ¿Siente el anhelo de algo mejor? ¿Comprende que Dios es amor y que Jesús murió por usted? ¿Se da cuenta que usted es pecador? ¿Entiende que es impotente para hacer algo al respecto? y, ¿ha llegado usted al punto de darse por vencido de poder hacer algo al respecto? Entonces puede ir a Jesús tal como está, porque esos son los pasos que conducen a él. Dios está atrayéndolo a él y usted puede responder y seguir acudiendo a él mañana y pasado mañana, hasta que Jesús mismo regrese.

LA CONVERSIÓN: EL NUEVO NACIMIENTO

Una vez que la persona ha dado estos pasos a Cristo, incluyendo la entrega a él, ha nacido de nuevo o está convertida. ¿Qué la conversión? Debe ser un paso importante porque Jesús dijo que ni siquiera podremos ver el reino de Dios a menos que nazcamos de nuevo (Juan 3.5). Otra manera de decirlo sería que, a menos que usted nazca de nuevo, ni siquiera podría entender la gracia de Dios en toda su plenitud, o comprender realmente lo que significan la cruz y la salvación. El nuevo nacimiento es esencial antes de que la persona pueda encontrar significado en esa relación de conocer a Dios. Porque conocer a Dios es absolutamente básico para vivir la vida cristiana, y si la persona no ha nacido de nuevo, ¡le va a ser muy difícil vivirla!

La conversión es la obra supernatural del Espíritu Santo en el corazón humano. Puede leerlo en Juan 3. Esta experiencia produce un cambio de actitud hacia Dios. En lugar de huir de Dios, ahora me acerco a él. Eso crea una nueva capacidad de conocer a Dios que antes ni siquiera existía. Esto es lo que le da sentido por primera vez al estudio de la Biblia y la oración. Creo que nadie empieza a tener una relación significativa con Dios hasta que llega al punto de la conversión; el que trate de tener una relación significativa con él antes de ese punto, encontrará dos alternativas: O bien será conducido a la conversión, o te sentirá frustrado y se olvidará de todo. Una de las dos. Y lo que hace la diferencia es el sentido de necesidad. Solamente el que comprende su profunda necesidad estará listo a ir a Cristo y entregarse a sí mismo y a sus propios esfuerzos para obtenerla salvación.

La conversión es el comienzo de una nueva vida. Es un cambio de dirección. No es un completo e inmediato cambio de conducta. El nuevo nacimiento conduce a un cambio en el estilo de vida. Pero se parece al nacimiento físico en que ambos constituyen el principio del crecimiento. No nacemos cristianos maduros espiritualmente más de lo que nacemos maduros físicamente. Hay un proceso. Lleva tiempo desarrollar los frutos del Espíritu en la vida –amor, gozo, paz, paciencia, etc., como aparecen en Gálatas 5. Pero es el comienzo. Y mientras sigamos buscando la relación con Dios, nuestra confianza en él crecerá, y seremos transformados a su imagen por contemplación.

“¿CÓMO PUEDO SABER SI HE NACIDO DE NUEVO?”

Muchos se hacen la pregunta: “¿Cómo puedo saber si he nacido de nuevo?” Veamos a continuación siete puntos que nos ayudarán a encontrar la respuesta.

1. Para la persona que ha nacido de nuevo, Jesús es el centro y el foco de su vida. “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” (Juan 5:12). ¿Qué significa tener al Hijo? Bueno, ¿qué significa tener un amigo, o tener un

esposo o tener una esposa? Significa simplemente tener una relación con esa persona. Los miembros de la iglesia cristiana primitiva que hablan tenido una relación personal con el HIJO de Dios, no podían permanecer estáticos. A ellos les gustaba pensar acerca de Jesús y hablar de él. Y finalmente la gente dijo: “Vamos a llamarlos cristianos, porque todo lo que hacen es hablar de Cristo”.

2. La persona que ha nacido de nuevo tiene un profundo interés en el estudio de la Biblia. En I Pedro 2:2 el apóstol Pedro describe esto como desear “la leche espiritual no adulterada”. Estudiar la Biblia es característica del cristiano convertido. 3. El que ha nacido de nuevo encuentra significado en toda su vida de oración. Puede ser que crea que no ora adecuadamente o en forma efectiva, pero seguirá buscando significado en hablar con Dios como parte vital de la relación de conocerlo. (Véase Juan 17:3).

4. La persona que ha nacido de nuevo procura tener diariamente una experiencia con Cristo. Lucas 9:23: “Si alguno quiere venir en pos de mi, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame”.

5. La persona que ha nacido de nuevo admitirá que es pecadora. No andará por allí haciendo alarde de que ya no es pecadora. Pablo, uno de los cristianos de más relevancia que haya vivido jamás, dijo “de los cuales (de los pecadores) yo soy el primero” (1 Timoteo 1:15). ¿Quiere esto decir que Pablo estaba pecando todo el tiempo? No, porque él habló varias veces de ser más que vencedor mediante Cristo (Rom. 8:37). El se refería al hecho de que apartados de Dios, tomos pecadores por naturaleza y que solamente por la gracia de Dios podemos experimentar otra cosa. Estoy muy agradecido de que es posible ser un pecador salvado. Pero es importante que entendamos que seguiremos siendo pecadores por naturaleza hasta que Jesús venga otra vez (véase I Juan 1:8).

6. Uno de los primeros síntomas del nuevo nacimiento es la paz interior. Romanos 5:1: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”. Es posible experimentar toda clase de dificultades y hienas externas y sentirnos en paz en nuestro interior. ¿No lo ha descubierto usted todavía? Esta paz interior es uno de los primeros frutos del Espíritu —amor, gozo, paz.

7. Y finalmente, una persona que ha nacido de nuevo tendrá el deseo de contar a otros qué Amigo tan maravilloso ha encontrado en Jesús. Jesús dijo al endemoniado que había sanado que fuera a su casa y contara a sus amigos las grandes cosas que el Señor había hecho con él (Marcos 5:19). El deseo de contara otros las buenas nuevas está allí, aunque es posible que un cristiano convertido rehúse compartir el amor de Cristo con otros (lo que daría como resultado la pérdida del deseo de compartir). Hablaremos más de esto en el Tercer Día.

LA SEGURIDAD DE LA SALVACIÓN

¿Cuál es la base de la salvación? Veamos de nuevo Efesios 2:8, 9: “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe: y esto no de vosotros, pues es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”. Quisiera recordarles que en ninguna parte de las Escrituras dice que la salvación se obtiene sólo por gracia. Siempre dice *por gracia mediante la fe*. Si eso no fuera verdad, entonces todos los habitantes del mundo serian salvados y sabemos que esto no ocurrirá. Jesús dijo: “Entrad por la puerta estrecha; porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida y pocos son los que la hallan” (Mat. 7:13, 14). Por eso, aunque la gracia de Dios es suficiente para todos, no tiene valor hasta que la persona la acepta. Y la acepta por fe.

Cuando usamos la palabra fe, estamos introduciendo un elemento que implica relación. Aunque la gracia es un don de Dios, debe ser recibida por nosotros, y nadie

podrá ser salvo hasta que acepte el don que Dios le ha provisto. La fe demanda relación: una parte confiando en la otra. Es posible estar casado hoy y no estarlo dentro de diez años. De la misma manera es posible aceptar la gracia de Dios en un punto y rechazarla en otro. Con el fin de tener la seguridad continua de la salvación, debemos aceptar la gracia de Dios sobre una base continua (Mat. 23:13).

Esto nos lleva a uno de los principales textos que nos dice cómo podemos estar seguros de la vida eterna. Juan 17:3: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. Hay algo más en la salvación que aceptar una vez a Dios. Y es aceptarlo continuamente, hoy, mañana, y cada día hasta que él regrese de nuevo. De manera que la vida eterna, incluyendo nuestra esperanza de vida eterna, se basa completamente en la gracia de Dios, pero su gracia debe ser aceptada sobre una base de continuidad. Y en esto consiste conocer a Dios.

Así que cuando hemos dado los pasos necesarios para acudir a Cristo, hemos llegado al final de nuestros propios recursos y hemos aceptado a Cristo como nuestro Salvador personal, hemos nacido de nuevo. Si sigo manteniendo la misma relación que empezó cuando acudí a Cristo, mi destino eterno está asegurado. Pero si no conozco a Dios como mi Salvador personal cada día, y no acepto su gracia diariamente, entonces mi relación con él peligra, de la misma forma en que se rómpela relación con un amigo o cónyuge si no hay comunicación.

¿Desea tener la seguridad de tu salvación hoy? Se ofrece a todo el que acude a Cristo. La única pregunta que necesita hacerse es ésta: ¿Conozco a Dios? ¿Paso tiempo en comunión con él día tras día por medio de su Palabra y de la oración? ¿Me mantengo en términos de comunicación con Dios? La vida eterna se asegura a todos los que sigan buscando esa relación de fe con él.

UNA RECETA ESPIRITUAL

¡Yo creía que para ser cristiano, debía tratar por todos los medios de vivir una vida buena, y que si me quedaba algún tiempcito para leer la Biblia y orar un poquito, haría sentir bien a Dios! No fue hasta mucho después que descubrí que la comunión con Dios es la base de la vida cristiana. En eso consiste todo. No es asunto de opción. No es algo que podemos elegir tomar o dejar. Es la base completa de la vida cristiana. Y hasta que no comprenda y acepte esa premisa, no haré todo lo que esté en mi poder, por la gracia divina, para encontrar una comunicación significativa con Dios.

Hasta que no se pasa un tiempo con Dios, no existe eso de tener una relación con él o de conocerlo. Así es de sencillo. Mi padre contaba la historia del hombre que adiestró a su caballo a no comer. Eso resultaba económico. Pero tan pronto como el caballo se acostumbró a no comer, se murió. Por supuesto, este fue un resultado lógico. Puede ser que me acostumbre a vivir como el camello de su joroba, y lo logre por cierto tiempo, pero si no como físicamente, tarde o temprano terminaré convertido en un montoncito junto a la vereda, y ahí se acabaría todo. Y la persona que ha experimentado el gozo de ir a Cristo y ha llegado a ser cristiano, puede ser capaz de seguir viviendo por un poquito de tiempo sin alimentar su alma, pero tarde o temprano su vida espiritual terminará en un montoncito digno de lástima junto a la vereda.

Cuando usted estudia la vida de Jesús, verá que muchas veces él estaba en comunión con su Padre. Él dedicaba las horas tempranas de la mañana o de la noche en oración para tener poder para realizar su obra. Y si Cristo lo necesitaba, ¡cuánto más necesitaremos nosotros pasar un tiempo cada día con Dios!

Cuando Dios creó este mundo, aun antes de la entrada del pecado, estableció un día de los siete como tiempo especial de comunicación con su pueblo. Hay una rica

bendición espiritual para los que ponen a un lado todas sus actividades y dedican tiempo a relacionarse con su Amigo y Creador. Pero en Juan 6 Jesús hace la analogía entre la vida física y la espiritual.

Así como no es suficiente comer una sola vez a la semana, no importa lo alimenticia que sea esa única comida, tampoco podemos esperar ser espiritualmente saludables ingiriendo alimento espiritual sólo una vez a la semana.

Quisiera darles una receta espiritual, una receta para disfrutar una vida espiritual llena de vitalidad: Es esta: “Dedique tiempo usted solo, al principio de cada día, para buscar a Jesús mediante el estudio de la Biblia y la oración”. Consideremos cada uno de estos puntos separadamente.

DEDIQUE TIEMPO

Hemos aprendido que la salvación viene por gracia mediante la fe. ¿Qué es fe? Fe es confiar en Dios. Fe es confiar en alguien. Piense por un momento cómo se aprende a confiar en alguien en este mundo. Para confiar en alguien, tiene que haber dos cosas: Primero, debe ser alguien digno de su confianza. Y segundo, usted tiene que relacionarse con esa persona. Y entonces usted confiará espontáneamente en esa persona. Por otra parte, si hay alguien que no es digno de confianza y usted lo llega a saber, inmediatamente desconfiará de esa persona.

Pero la premisa del Evangelio cristiano es que Dios es absolutamente confiable. Por lo tanto todo lo que usted tiene que hacer para aprender a confiar en él es relacionarse con él. ¿Cómo puede llegar a conocerlo?

Bueno, ¿qué hace usted para conocer a alguien? Lo primero es comunicarse con esa persona. Y para comunicarse con esa persona, tiene que dedicarle tiempo. Es dedicando tiempo a comunicarse con esa persona lo que le produce confianza. De manera que si hemos de pelear “la buena batalla de la fe” (1 Tim. 6:12), debemos hacer un esfuerzo para relacionarnos personalmente con Aquel que es digno de toda nuestra confianza. Es imposible ampliar la relación con otra persona a menos que dediquemos tiempo a comunicarnos con ella.

El tiempo. Quisiera someter a su consideración que el tiempo es el factor donde debiera concentrarse deliberadamente todo esfuerzo en la vida cristiana. Todo esfuerzo. Yo no empleo parte de mi tiempo y esfuerzo en tratar de ser bueno y parte en relacionarme con Dios. Yo pongo todo mi esfuerzo deliberadamente en dedicar tiempo a estar con Dios, y mediante la experiencia de la fe y la dependencia en él, él hace en mí lo que resta de la obra de la salvación.

¿Cuánto tiempo? Bueno, leer un texto de la Biblia al día con las manos en el llavín de la puerta no es suficiente. De la analogía de Jesús entre nuestra alimentación física y espiritual, aprendemos que debemos dedicar tanto tiempo a alimentar nuestras vidas espirituales como dedicamos a alimentar nuestra vida física. Y esa cuidadosa hora o media hora dedicada a Dios es el momento más importante del día.

Quizás usted diga: “No tengo tiempo”. Pero si no tenemos tiempo para dedicarlo a Dios, entonces tampoco tendremos tiempo para vivir. ¿No le parece? Usted sabe que la televisión ha demostrado al público que mi tiempo no es problema. En nuestra vida moderna se ha comprobado una vez más el antiguo adagio de que se tiene tiempo para lo que en realidad consideramos importante. Así es que dedique tiempo a conocer a Dios.

USTED SOLO

Quizás haya escuchado la historia del hombre que estaba constantemente preocupado. Sus amigos empezaron a temer que pronto iría a la tumba debido a esta actitud. ¡Empezaron a preocuparse por su preocupación!

Pero un día, uno de esos amigos solo encontró en la calle y notó que tenía una expresión completamente distinta en el rostro. Su expresión era calmada y apacible. Y su amigo le preguntó:

—¿Qué te pasa? Te noto diferente.

—Finalmente he encontrado una solución a mis preocupaciones.

—¡Qué bueno! ¿Cuál es?

—He empleado a alguien para que se preocupe en mi lugar.

—¡Nunca había escuchado nada semejante! ¿Cuánto le pagas?

—Cuatrocientos dólares mensuales.

—¿Cuatrocientos dólares mensuales? —exclamó el amigo—. ¿Cómo te las arreglas para pagarle?

—No tengo con qué pagarle. Eso es lo primero por lo que tiene que preocuparse.

Sería ridículo suponer que uno pueda emplear a alguien que se preocupe por uno. También sería ridículo suponer que uno puede emplear a alguien que coma en nuestro lugar. Pero en el reino espiritual, muchas veces es práctica aceptada que las personas dependan de otros para su estudio, sus oraciones y su búsqueda de Dios.

La Biblia nos enseña que cada persona debe buscar a Dios por sí misma. Veamos primero lo que dice en Juan 1:43-45: “El siguiente día quiso Jesús ir a Galilea, y halló a Felipe, y le dijo: Sígueme. Y Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y Pedro. Felipe halló a Natanael, y le dijo. Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley, así como los profetas: a Jesús, el hijo de José de Nazaret”. Pero allí mismo Felipe estaba mostrando un poquito de inmadurez o falta de percepción, ¿no es cierto? El debía haber dicho: “Jesús del cielo, el Hijo de Dios”. Pero “Natanael le dijo: ¿De Nazaret puede salir algo de bueno? Le dijo Felipe: Ven y ve” (Ver. 46), de allí la frase “Ven y ve”. Cualquier error que Felipe hubiera hecho anteriormente, lo compensó con esto. El que va y mira por sí mismo, nunca fracasará.

Natanael fue y vio por sí mismo, y llegó a ser un leal seguidor del Señor Jesús.

Al principio de este capítulo estudiamos la historia de la samaritana que se encontró con Jesús en el pozo. Juan 4:38-30: “Entonces la mujer dejó su cántaro, y rué a la ciudad, y dijo a los hombres: Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será éste el Cristo? Entonces salieron de la ciudad, y vinieron a él”. Sigamos hasta el versículo 39: “Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en él por la palabra de la mujer, que daba testimonio diciendo: Me dijo todo lo que he hecho”. Muchas veces las personas se impresionan por lo sensacional y espectacular. Así, muchos de ellos creyeron por lo que ella decía. Y por lo que sabemos de esta mujer, probablemente no era la persona más digna de confianza del pueblo. Pero algunas personas creyeron por un motivo superior. Notemos el resto de la historia: “Entonces vinieron los samaritanos a él y le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó allí dos días. Y creyeron muchos más por la palabra de él, y decían a la mujer: Ya no creemos solamente por tu dicho, porque nosotros mismos hemos oído y sabemos que verdaderamente éste es el Salvador del mundo, el Cristo” (Vers. 40-42).

En Hechos 17:11 se registra que los habitantes de Berea eran más nobles que los de Tesalónica porque habían estudiado la Palabra para conocer por sí mismos “sí estas cosas eran así”. Y Pablo la dijo a Timoteo en 2 Timoteo 2:15: “Procura con toda urgencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad”.

Un tiempo a solas. Debemos estudiar la Palabra de Dios y orar nosotros solos. Sólo así se convertirá el culto familiar y público en algo de valor. Fuera de la vida devocional privada de cada individuo, el culto público es sencillamente una forma de rutina. Es cuando nos relacionamos con Dios personalmente que llegamos a conocerle por nosotros mismos.

AL PRINCIPIO...

En Salmos 5:1-3, leemos, “Escucha, oh Jehová, mis palabras; considera mi gemir. Está a tentó a la voz de mi clamor, Rey mío y Dios mío porque a ti osaré. Oh, Jehová, de mañana oírás mi voz, de mañana me presentaré delante de ti, y esperaré”.

Otro texto clásico se encuentra en Isaías 50:4: “Jehová el Señor me dio lengua de sabios para saber hablar palabras al cansado; despenará mañana tras mañana, despertará mi oído para que oiga como los sabios”. Varios pasajes del libro de Isaías, incluyendo este versículo, tienen que ver con Jesús. Y el ejemplo de cuando Jesús oraba se registra vez tras vez, como en Marcos 1:35: “Levantándose de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba”. Daniel oraba tres veces al día, por la mañana, por el mediodía y por la noche (Dan. 6:10). Se nos invita a seguir los ejemplos registrados para nuestro beneficio (véase 2 Tim. 3:16).

Si hemos de ponernos en contacto con Jesús y ser sensibles a su dirección y dependientes de su poder en lugar del nuestro, y si este es un asunto diario, entonces, ¿no sería tarde buscar su dirección para el día precisamente antes de acostarnos por la noche? Si la religión es un asunto diario, es bien claro cuándo necesito poder. Sería ridículo escribir un cheque cuando no se tiene dinero en el banco. En Hebreos 4 se dice que Jesús es un fiel Sumo Sacerdote, que “fue tentado en todo según nuestra semejanza” (Ver. 13). Luego sigue diciendo, “Acerquémonos, pues, confiadamente al trono da la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Ver. 16). Notemos la secuencia. Durante el tiempo que pasamos con Dios cada mañana recibimos poder procedente de él, para que durante el día tengamos una provisión suficiente para suplir nuestras necesidades.

Los que hayan tenido dificultades con su vida devocional y hayan estado apoyándose en los últimos momentos antes de acostarse, descubrirán que una de las ayudas más grandes que puedan recibir la obtendrán cambiando esos momentos para las primeras horas de la mañana. Si hemos de tomar diariamente nuestra cruz, tiene más sentido hacerlo cuando empieza el día.

... DE CADA DÍA

Una de las principales razones para empezar con Dios el día es el asunto de la consistencia. El testimonio general que he recibido vez tras vez es que cuando el tiempo a solas con Dios se deja para lo último antes de acostarse a dormir, se convierte en algo espasmódico —unas veces sí y otras no.

El propósito de la relación diaria con Cristo es la comunicación. No es necesario preguntar “¿Qué pasa si pierdo un día?” Ese no es el asunto. Lo importante es el patrón que se establece. Si usted mantiene una comunicación regular, mantendrá esas relaciones. Lo que sucede en nuestra relación con las personas sucede en nuestra relación con Dios. Si la comunicación es esporádica, la relación sufre. Hasta es posible que un día nos encontremos distantes de Jesús, y puede que nos lleve tiempo recuperar la paz perdida. ¿Se deberá esto a que a Dios le gusta jugar al escondido o quizás castigarnos por un día de descuido? No. Pero cuando descuidamos la comunicación personal con Dios, allí a la mano está el enemigo que sabe aprovechar muy bien las circunstancias ¿no es cierto?

El enemigo usará cualquier maniobra que pueda para separarnos de Jesús y mantenernos distantes de él. Estudiaremos algunos de sus métodos en el Tercer Día. Pero cuando descuidamos la comunión personal con Oíos, Satanás hará lo posible por mantener a toda costa esa separación. Nuestra única seguridad descansa en nuestra determinación de dedicar a Dios la primera parte de cada día, no importa lo que suceda. Y si lo buscamos día tras día, nuestra amistad y compañerismo con él se profundizarán.

No somos salvados por nuestra vida devocional. Somos salvados por nuestra aceptación del sacrificio de Cristo por nosotros en la cruz y por la constante aceptación de él diariamente. Pero debido a que tantos cristianos permiten que desaparezca su relación con Cristo, también desaparece su seguridad. Muchas veces Jesús es poco conocido aún entre los que profesan seguirse. No es de extrañar, por lo tanto, que ellos encuentren difícil confiar en él para su salvación. Pero cuando dedicamos un tiempo cada día a considerar y meditar en su amor, será mucho más fácil mantener ese amor fresco en nuestras mentes y creer en su amorosa aceptación.

BUSCAR A JESÚS

Juan el amado, anduvo con Jesús durante tres años. El sabía cómo era comer con él, viajar con él, entrar en contacto con la multitud junto a él, ayudarlo en sus necesidades diarias. Y por tres años Juan altercó y discutió con los demás discípulos en cuanto a cuál sería el mayor en el reino de los cielos. Por tres años, siguió siendo el “hijo del trueno”. Los que suponen que la conversión y el andar con Jesús lo cambian a uno completamente de la noche a la mañana (y si no sucede, entonces no tenemos una experiencia verdadera), mejor estudien de nuevo las vidas de Juan y Pedro y de los otros discípulos. Hasta en el aposento alto la noche de la crucifixión estaban todavía discutiendo en cuanto a quién sería el mayor. Ellos sabían que no era correcto, pero seguían haciéndolo, aunque se sintieran avergonzados. Pero Jesús los siguió tratando con bondad y paciencia y hasta después de haber ascendido al cielo, Juan y los demás siguieron andando con él.

Años más tarde Juan escribió en su primera epístola general: “Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocando al verbo de vida... lo que hemos oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (Cap. 1: 1-3). Juan dijo, años después que Jesús había regresado al cielo, “tenemos comunión con Jesucristo”. Usted también puede tener comunión con Jesús. El propósito de la vida devocional es entrar en compañerismo con Jesucristo. El propósito de andar, hablar y comunicarnos con él es con fines de compañerismo.

En toda nuestra experiencia devocional, la invitación, y el desafío, es leer con fines de comunicación, y de compañerismo con Jesús. “Quisiéramos ver a Jesús” (Juan 12:21). Ahora bien, si aceptamos esto como verdad, entonces tendrá alguna influencia en lo que leemos.

Hace poco estaba leyendo el libro de Jueces. Me gusta leer un poco del Antiguo Testamento, junto con el Nuevo. En la primera parte de Jueces leemos en cuanto a muchas batallas y victorias y la conquista de los pueblos de Canaán. En la última parte de Jueces 1 leemos en cuanto a fronteras meticulosas. Allí se describen los territorios de cada tribu, cómo las fronteras de la tribu de Benjamín iban de aquí allá, alrededor de esto hasta allá, e incluían esto y aquello. Después de haber leído un par de capítulos, encontré que era bastante difícil ver a Jesús allí.

Hay un tiempo y propósito para estudiar cada libro de la Biblia, pero si el propósito principal de la vida devocional es buscar a Jesús, ¿qué es lo que más deberíamos leer?

¿La última parte del capítulo 1 de Jueces, o el Sermón del Monte? Es posible que los Diez Mandamientos no lleguen a ser más que armas letales en las manos de los que no saben cómo sentarse a los pies de Jesús y con María, aprender de su amor y bondad. La Ley y el Evangelio deben ir juntos. Mientras más busquemos a Jesús donde él esté más claramente revelado, más compañerismo encontraremos con él y más creceremos a su semejanza. El propósito de la vida devocional es aprender a conocer a Jesús y a confiar más completamente en él.

MEDIANTE EL ESTUDIO DE LA BIBLIA...

¿Cómo estudia usted la Biblia para gozar de una vida devocional significativa? Insistamos de nuevo en que usted está buscando principalmente a Jesús. La vida eterna no es algo que se obtiene con sólo estudiar las Escrituras. Leámoslo en Juan 5:39, 40. Los líderes religiosos del tiempo de Cristo estudiaban bastante las Escrituras. Pero seguían rechazando a Jesús y rehusaban acudir a él. Es acudiendo a Jesús como obtenemos vida; las Escrituras son principalmente un medio que nos permite acudir a él.

Entre los fariseos, había uno que se llamaba Nicodemo. Nicodemo acudió una noche a Jesús. Cuando se encontró con él, le dijo esencialmente: “Tú eres un gran maestro y yo no soy tan malo. Yo pertenezco al Sanedrín ¿te das cuenta? Vamos a conversar un poco”.

Jesús le dijo, “lo que tú necesitas es nacer de nuevo”. Lo podemos leer en el tercer capítulo de Juan. Nicodemo no podía entender cosas del reino de Dios, porque todavía no estaba convertido. En 1 Corintios 2:14, dice: “... el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura, y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente”.

La comprensión de las Escrituras no depende tanto de la fuerza intelectual que se invierte en la investigación, como del ferviente anhelo de justicia. El hombre carnal está en enemistad con Dios. Cuando todavía no hemos nacido de nuevo, invariablemente usaremos la Palabra de Dios sólo como medio de información. Cuando nacemos de nuevo es cuando podemos experimentar por primera vez un compañerismo con Cristo a través de las Escrituras. Y el principal propósito del estudio de la Biblia no es para información, sino como medio de comunicación.

La Biblia no fue escrita principalmente para que fuera una lección de historia. Cuando la lea, colóquese usted mismo en el marco. Si está leyendo de la mujer junto al pozo, usted es la mujer junto al pozo. Usted es el que ha estado tratando de satisfacer los anhelos de su corazón con las cosas del mundo. Usted es el que está buscando algo mejor. Y usted es el que finalmente se enfrenta cara a cara con el mismo Cristo. Si está leyendo la parábola de la oveja perdida, usted es la oveja perdida. Usted es el que oye que el Pastor lo está buscando. Usted es el que es llevado en hombros con seguridad al rebaño. Cuando lea del ladrón en la cruz, usted es el ladrón en la cruz. Usted es el que dice, “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino” (Lucas 23:42). Y usted es el que recibe la respuesta “estarás conmigo en el paraíso” (Ver. 43).

A veces la gente pregunta: “¿Qué puedo hacer si mi mente divaga?” Bueno, permítame hacerle otra pregunta. Cuando usted estaba en la escuela y estudiaba para la clase más aburridora que tenía, ¿qué hacía cuando su mente divagaba? ¿Tomaba el libro y lo echaba en la basura y se iba de la escuela? ¿O seguía leyendo y volviendo a leer hasta que entendía todo lo que necesitaba entender?

Si las lecciones en la escuela sólo tienen que ver con nuestros 70 años de vida, y si las Escrituras tienen que ver con las cosas de la eternidad, ¿no deberíamos dar a la Biblia por lo menos el mismo tratamiento que a los textos escolares?

El propósito principal para estudiar la Biblia es entrar en comunión y compañerismo con Jesús. Cuando usted invite su presencia, cuando abra su Palabra y trate de colocarse usted mismo en el cuadro, y comprenda lo que él le dice día tras día, llegará a conocerlo mejor y a confiar más en él.

... Y LA ORACIÓN

La oración es lo que hace que la iglesia cristiana sea diferente al club o fraternidad de organizaciones seculares. La oración la diferencia entre «I cristianismo verdadero y las otras del mundo. Sin oración no tenemos más que un Libro de información, un credo para tratar de vivir. Pero el hecho de que podemos realmente hablar con Dios, comunicarnos con Jesús, hace de la oración lo principal de la vida cristiana.

Veamos lo que se nos dice en Lucas 18:10-14 para tener un cuadro sobre el tema de la oración y su importancia. “Dos hombres subieron al templo a orar; uno era fariseo y el otro publicano. El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros nombres, ladrones, injustos, adúlteros, ni aún como este publicano, ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano. Mas el publicano, estando lejos, no quería ni aún alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador. Os digo que éste descendió a su casa justificado antes que el otro; porque cualquiera que se enaltece, será humillado; y el que se humilla, será enaltecido”.

Uno de los requisitos previos para una vida de oración significativa es la humildad. Sólo la persona que ha dado los pasos necesarios hacia Cristo, que se ha convencido de su pecaminosidad e impotencia de salvarse por sí misma, es humilde y está entregada a Cristo. ¿Será posible que haya quien no comprenda nunca el significado de la oración, porque nunca haya acudido a Cristo? Es posible.

Pero una vez que entendamos que la base de la vida cristiana se encuentra en Cristo, y acudamos a él para nuestra salvación, estaremos preparados para orar acertadamente. Fue cuando el publicano admitió su condición pecaminosa y acudió a Dios pidiendo misericordia que fue justificado.

Una de las ideas más generalizadas sobre la oración es que su principal propósito es obtener respuesta. Siento decir que si creemos que el principal propósito de la oración es obtener respuestas, no la practicaremos por mucho tiempo. Tener vida eterna es participar en el conocimiento de Dios. Y el propósito principal de la oración es conocer a Dios. El fin que debe perseguir la oración es la relación, la comunicación, no la búsqueda de respuestas.

¿Cuánto durarían sus relaciones humanas si el único propósito que usted tuviera para comunicarse con los demás fuera obtener respuestas, lograr que hicieran cosas a su favor? Porque hablamos con nuestros amigos sólo con el fin de mantener su amistad. Lo mismo sucede con la oración. Jesús dijo en Mateo 6:33, “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. Y no se trata sólo de hablar en cuanto a las necesidades de la vida. Dios conoce nuestras necesidades. La oración no es esencialmente un medio de comunicar nuestras necesidades. Es un medio de desarrollar y mantener una amistad con él.

El tema de la oración es inagotable. Libros enteros se han escrito sobre este tema y lo único que han hecho es arañar la superficie. Pero hay otro punto que me gustaría mencionar brevemente y es el hecho de que debemos ir más despacio. Hay muchos que en sus momentos de devoción, no reciben las bendiciones de la verdadera comunión con Dios. Tienen mucha prisa. Con pasos rápidos penetran en el círculo de la amante presencia de Jesús, haciendo quizás una pausa dentro de esos recintos sagrados, pero sin esperar consejos. No tienen tiempo de permanecer con el Divino Maestro. Regresan a su

trabajo con sus cargas. Así nunca podrán lograr grandes éxitos, sino hasta que aprendan el secreto de la fortaleza. Ellos deben dedicar tiempo a pensar, a orar, a esperar, hasta que Dios les renueve las fuerzas físicas, mentales y espirituales. Nuestra necesidad no consiste en hacer una pausa por un instante en su presencia, sino entrar en contacto personal con él.

Tener calma en nuestra vida de oración es uno de los grandes secretos de encontrar la comunión personal con Cristo.

LA VIDA DEVOCIONAL

Quisiera terminar con un breve repaso de la vida devocional típica, como está delineada en esta receta de carácter espiritual.

Al principio del día, cualquiera que sea la hora de acuerdo con su ocupación, busque un lugar donde pueda estar solo. Primero que nada, haga una corta oración para que el Espíritu Santo lo dirija en su relación con Dios. Luego estudie algo en cuanto a la vida de Cristo, enfocándose en él, y trate de colocarse usted mismo en el cuadro. Se encontrará de nuevo ese día dando los pasos necesarios hacia él, convencido de que usted es pecador, y comprendiendo su incapacidad de salvarse por sí mismo y entregándose a su control.

Después que haya considerado el pasaje bíblico de ese día, tenga una oración un poco más larga, cuénteles a Dios acerca de lo que leyó. Esto dará frescura a su oración diaria y evitará la repetición de las mismas frases que a veces son rutinarias.

Después de hablar con Dios sobre lo que haya leído, añada las peticiones que se sienta inclinado a presentar, tanto a su favor, como a favor de otros. Cuando termine tu oración, manténgase en calma y espere. Siga en actitud de oración, esperando para ver si Dios desea comunicarle algo en ese momento.

Creo que Dios nos habla a través de la mente. A veces usted se dará cuenta, y otras no. Pero si permanece arrodillado y permite que Dios impresione su mente, descubrirá que a veces él tiene mensajes especiales para usted, percepciones de verdades espirituales, o convicciones de su plan para usted durante ese día.

¿Y SI NO DA RESULTADO?

A veces hay personas que dicen: “¡He probado con la vida devocional, pero no funciona!”

Yo he preguntado: ¿Cuánto tiempo la ha estado practicando? “Tres días”, ha sido la respuesta.

Pero no esperamos que nuestras relaciones o amistades humanas se profundicen tan rápido. ¿Cómo podemos esperar que nuestra amistad con Dios madure en tan corto tiempo? De manera que la única conclusión a la cual puede llegar es que si usted determina que de ahora en adelante dedicará un tiempo tranquilo a solas con Dios día tras día, y si lo sigue haciendo hasta que Jesús regrese, establecerá un compañerismo y una comunión con él, y usted llegará realmente a conocerlo y esto significa la vida eterna.

¿Desea conocer a Dios? Dedique tiempo usted solo, al comienzo de cada día, para buscar a Jesús mediante su Palabra y mediante la oración. Y así llegará a relacionarse estrechamente con el mejor Amigo de su vida.

¿Se enfriará mi relación con Dios si dejo de comunicarme con él durante uno o dos días?

¿Cómo puedo seguir teniendo fe en Dios cuando todo me sale mal al mismo tiempo?

TERCER DÍA

Había una vez (y este comienzo ya les indica qué clase de relato van a escuchar) dos personas que se querían y decidieron casarse. El joven pensaba que su novia era la persona más hermosa y amable que él había conocido en su vida, y la muchacha pensaba que su novio era el hombre más fascinante y buen mozo del mundo entero. El matrimonio empezó, como muchos otros, con grandes esperanzas y expectativas.

Todas las mañanas, cuando el esposo salía para el trabajo, dilataba la despedida, y la esposa se quedaba de pie en la puerta para decirle adiós y mirar hasta que el automóvil salía del garaje. Luego volvían a decirse adiós. Ella no entraba a la casa hasta que el automóvil doblaba la esquina y se perdía de vista. Por la tarde, se asomaba a la ventana cada minuto para estar en la puerta y darle la bienvenida al esposo cuando llegara.

Pasó el tiempo y llegó el momento en que el esposo tenía que salir apurado para el trabajo; se tomaba un vaso de leche y salía corriendo. Y a veces ella ni siquiera se había levantado. Cuando él llegaba a la casa después del trabajo, muchas veces la encontraba ocupada en las tareas del hogar. Entonces ella se sorprendía y le decía: “¿Ya llegaste? Enseguida voy a terminar y servirte la cena”. El matrimonio no se había deshecho, pero sí la luna de miel.

Pues bien, un día, no mucho después, esta novia, que ahora era nada más que una esposa, estaba ocupada cosiendo. Allá en su mente ella esperaba ser interrumpida en cualquier momento, porque era casi de noche. Pero nada la interrumpió. Finalmente terminó la costura y se puso a planchar la nueva blusa que había estado cosiendo. Luego preparó la cena. Pero el esposo no llegaba. Después de un rato, ella decidió cenar sola, pero ahora estaba preocupada y sólo probó algo de alimento. Mucho más tarde, se acostó llorando en el sofá de la sala, porque el esposo no llegó en toda la noche.

Él regresó la noche siguiente y cuando entró en la casa, ella le preguntó: “¿Dónde has estado?”

Él la miró asombrado, “¿Qué quieres decir?”

“¿Dónde estuviste anoche?”

Él la miró todavía más sorprendido. “¿Por qué quieres saber? Me imagino que no esperarás que venga a casa todas las noches. ¡Eso es lo más ridículo que he oído en mi vida! Hay miles de personas casadas que pasan la noche separados. ¿Qué importa que yo pase de vez en cuando una noche fuera de casa? No hay que ser tan rígidos con el matrimonio. Anoche no tuve deseos de venir. Tenía algunas cosas más importantes que hacer. Mi programa de trabajo está bien lleno, tú lo sabes. Y vengo a la casa casi todas las noches. ¿No es eso suficiente?”

“No, ¡no lo es!”, respondió la esposa, y empezó a llorar.

“Mira”, le dijo él más suavemente. Mi rumbo en el matrimonio es venir a casa. Pero no debes molestarte porque a veces decido pasar la noche con alguno de mis amigos. No necesito regresar a casa todas las noches para que sigamos casados. Me parece que es mucho más saludable para nuestro matrimonio no entrar en una de esas rutinas legalistas. ¿Te gustaría que yo viniera todas las noches a casa sólo por hábito? Si no entramos en esa rutina, nuestro matrimonio será más emocionante”.

¿LE CAUSÓ IMPRESIÓN?

Si tiene curiosidad por conocer el fin de esta pequeña parábola, permítame asegurarle que ellos no vivieron felices por el resto de sus vidas; ¿por qué? Porque el matrimonio implica dedicación. Y aunque haya momentos en que los sentimientos estén unas veces arriba y otras abajo, el buen matrimonio no se basa en sentimientos. Se basa en una dedicación de toda la vida a alguien a quien amamos y nos corresponde.

Hemos hablado de la receta para mantener una relación de compañerismo y éxito con Jesús. Hemos visto que la base para la vida devocional del cristiano es dedicar tiempo, a solas, al comienzo de cada día, para buscar a Jesús mediante su Palabra y la oración ferviente. Como sucede en el matrimonio, en la relación con Cristo hay dedicación implicada. Debido a esta dedicación, seguiremos buscando a Jesús día tras día, sin que nuestros sentimientos importen.

Supongamos que usted se ha entregado a esta relación con Cristo. Que ha decidido apartar tiempo para Dios al comienzo de cada día porque desea conocerle. ¿Cuál sería el resultado?

Si usted hace esta decisión antes de haber nacido de nuevo, cuando usted no está convertido, hay dos resultados posibles: En primer lugar, podría ser como un viaje largo y arduo subiendo una montaña, porque sólo mediante el nuevo nacimiento se puede experimentar el sabor de las cosas espirituales. Pero es posible empezar una relación con Cristo y descubrir que, por medio de la contemplación de Jesús y su amor, usted es atraído a la conversión.

Una segunda posibilidad para la persona no convertida que se dedica a la vida devocional, es sentirse sumamente frustrada. El factor que hace la diferencia entre ambos resultados es el sentido de necesidad. Jesús dijo: “Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos” (Mateo 9:12). Es la necesidad la que hace la diferencia.

DESPUÉS DEL NUEVO NACIMIENTO

Hay dos posibilidades para el que *ha nacido* de nuevo y decide mantener una relación con Cristo. La relación puede aumentar y convertirse en algo cada vez más significativo, o puede llegar a agriarse. Una vez más, lo que hace la diferencia es el sentido de necesidad. Antes de que uno se convierta, el sentido de necesidad es muchas veces creado por los golpes y magulladuras de la vida. Pero, ¿qué sucede después de la conversión? ¿Cómo adquirimos y mantenemos ese sentido de nuestra necesidad? En este momento quisiera añadir algo que no incluí en la receta básica para la vida devocional. Dejé de mencionar a propósito la testificación cristiana. Y tengo razones para ello. En primer lugar, para poder testificar, la persona tiene que tener algo para comunicar. Imagínese, si a usted lo llamaran a servir de testigo en un juicio, y después de haber jurado decir la verdad, el juez le pregunta: “¿Dónde estaba usted en el momento del delito?”

Y usted respondiera:

—En mi casa, durmiendo.

—¿Oyó o vio algo?

—No, su excelencia, me dormí de un tirón. Fue por la mañana cuando me enteré de lo que había pasado.

—¿Y usted viene aquí como *testigo*?

¡Lo echarían del juzgado!

Muchas veces las iglesias cristianas tienen la idea de que si ellos pudieran lograr que todo el mundo participara en la testificación y en las actividades de compartir la fe, se produciría un reavivamiento y una reforma en la vida espiritual de sus miembros. Pero el requisito previo para ser testigo es tener algo personal que comunicar. No podemos testificar acerca de cosas que se dicen o de rumores falsos. Testificar requiere

conocimiento y experiencia personal. Por lo tanto, el verdadero testimonio sólo puede comenzar después que la persona ha tenido una relación personal con Cristo.

TESTIFICAR: CAUSAS Y RESULTADOS

Sin embargo, testificar es tanto una causa como un resultado en la vida cristiana. O quizás sería más correcto decir que testificar es el resultado y la causa de la vida cristiana, porque no podemos testificar hasta tener algo que decir. Pero participar en la testificación y compartir con otros el Evangelio, aumenta nuestro sentido de necesidad, nos lleva a nuestras rodillas y así se convierte en un medio más efectivo de lograr que la relación devocional con Dios siga siendo fresca y llena de significado. Este fue el propósito de Dios al darnos una parte que desempeñar en el acto de compartir las buenas nuevas del Evangelio con otros.

En el proceso de relacionarnos con Dios es de vital importancia dedicar tiempo a la comunicación directa, a hablar con él y escuchar su voz a través de su Palabra. Pero testificar es la tercera manera por medio de la cual nos relacionamos con él —yendo a los lugares con él, haciendo cosas con él y trabajando por intermedio de él.

Este mismo principio se aplica a cualquier relación. Pocas son las amistades que se basan únicamente en la comunicación por medio de la conversación, pero pocas amistades sobreviven sin ella. Dedicamos tiempo a hablar y a escuchar a les que amamos. Pero nos relacionarnos mejor cuando trabajamos juntos, viajamos juntos, jugamos juntos. Se dice que hay dos cosas que prueban a un matrimonio: Primero, si empapan juntos el baño. Luego, si todavía están casados, tratar de limpiar juntos el garaje. Si alguna vez usted lo ha hecho, estará capacitado para dar testimonio personal del hecho de que es posible descubrir cosas nuevas acerca de su cónyuge cuando hacen trabajos juntos, que jamás se hubieran descubierto si solo se sentaran a conversar y a mirarse las caras.

TESTIFICAR ES...

Antes de seguir adelante en este punto, quizás sería importante aclarar brevemente lo que es testificar y lo que no lo es. ¿Ha pensado alguna vez que testificar es básicamente salir y tocar puertas de personas que jamás se han visto y tratar de hablarles de su experiencia religiosa? ¿Ha pensado que esperen de usted que deje caer “bombas evangélicas” en los buzones rurales, que distribuya tratados a la gente que cruza las garitas de peaje? ¿O quizás ha temido que le pidan que detenga a la gente por las calles o en los aeropuertos y trate de persuadirlos a aceptar el Evangelio?

Si alguna vez se ha sentido incómodo en relación con estas actividades y se ha convencido de que usted no es de esa clase de personas, ¡siéntase bienvenido al club! Tengo buenas noticias para usted. Jesús sugirió al hombre que sanó en la tierra de los gadarenos que fuera a su casa, y *a sus amigos* y *les contara* las grandes cosas que Dios había hecho con él. (Marcos 5:19). No se esperaba que él empezara por acercarse a extraños o viajara a algún país extranjero. En lugar de eso, Jesús le dijo: “Vete a tu casa, a los tuyos”. Y no le pidió que empezara en seguida a dar estudios bíblicos acerca de doctrina y profecía. El debía contar lo que Jesús había hecho personalmente a su favor. Por otra parte, la gente da a veces la impresión de que no es necesario ni una palabra, sino simplemente refugiarse en lo que se llama “testificación silenciosa”. Volvamos de nuevo por un momento a la sala del juzgado y veamos cómo se resuelve esto.

El juez dice: —¿Dónde estaba usted la noche de los hechos?

Silencio.

—Repito, ¿dónde estaba usted la noche de los hechos?

Más silencio.

Por último, precisamente antes de que el juez lo acuse de rebeldía, usted se las arregla para decir “Deseo ser simplemente un testigo silencioso. Pienso que sólo mi presencia en este juzgado debiera indicar dónde está mi lealtad. Yo no sé hablar, así que seré un testigo silencioso”.

No, un testigo, no sólo tiene algo que decir, sino que lo dice. Sin duda, es sumamente vital para nuestro testimonio cristiano que seamos amables y estemos interesados en ayudar a otros en sus necesidades. Pero hay ateos que hacen muchas cosas amables y bondadosas. Para poder ser testigos de nuestro Señor Jesucristo, debemos tener algo que decir en cuanto a él y su amor y lo que él significa para nosotros. Si al contar las grandes cosas que ha hecho por nosotros nos interesamos y preocupamos por el bienestar de otros, enaltecemos a Jesús.

TRES COSAS TANGIBLES

Pablo dice en Filipenses 2:12: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor”. ¿Cómo se ocupa usted de su salvación? ¿Cuál es su parte? ¿Qué puede hacer? Usted puede hacer tres cosas. Las primeras dos son estudiar la Biblia y dedicar tiempo a orar. La tercera es testificar. Pero en realidad, usted no puede contara otros acerca del Amigo maravilloso que ha encontrado en Jesús, a menos que su relación con él sea significativa. Por eso el estudio de la Biblia y la oración se convierten en una necesidad absoluta si se quiere llegar a ser un testigo verdadero de Cristo. Pero es inevitable que si no participamos en el testimonio cristiano y en actividades de avance y servicio, el estudio de la Biblia y la oración nos irritarán y terminaremos peor de lo que empezamos.

Jesús contó una parábola en Mateo 25 para ilustrar el hecho de que si no tomamos parte en trabajar y compartir con otros, perderemos la espiritualidad que ya tenemos. Se puede leer en los versículos 14-30. Al final del versículo 29, Jesús dijo lo siguiente: “Porque al que tiene, le será dado, y tendrá más; y al que no tiene, aún lo que tiene le será quitado”. La única manera que tenemos de mantener viva nuestra propia alma es compartiendo el amor de Dios con otros.

Si no crecemos, morimos. Esto es cierto, tamo en la naturaleza, como en la vida espiritual. Las plantas, o crecen, o mueren. Un día mi esposa compró dos rosales. Los plantamos en el mejor terreno. Los regamos, pero no crecían. Finalmente, cuando parecía que estaban muertos, trasplantamos uno a un lugar diferente y empezó a desarrollarse. Trasplantamos también el otro, pero esa planta estaba muerta. A pesar de que lucirnos todo esfuerzo por salvarla, nada la hizo revivir. La planta que no crece, muere.

Jesús habló de los principios del crecimiento en Marcos 8:35. “Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí y del Evangelio, la salvará”. Crecemos cuando nos entregamos al servicio a favor de otros, y mientras crecemos, la vida espiritual continúa.

RAZONES PARA NO TESTIFICAR

Hay varios temores comunes que sufren las personas, los cuales resultan en falta de deseos de participar en el servicio y en hacer avanzar la causa del Evangelio. La primera es nuestra propia incertidumbre espiritual. Resulta difícil convencer a otros de que Dios los aceptará tal como son, si nosotros mismos no estamos convencidos de que nos ha aceptado a nosotros. Es difícil presentar a Jesús a otros cuando nosotros mismos no lo conocemos.

El segundo temor es el temor al fracaso. Nos preocupa no tener éxito en testificar con eficacia. Preferimos dejar esa tarea a los “profesionales”, que piensan que saben cómo

hacer bien las cosas. Pero en la obra de Dios, el éxito o el fracaso nunca ha sido nuestra responsabilidad. No tenemos que preocuparnos del éxito. Sólo el poder del Espíritu Santo es el que puede ganar los corazones.

Un tercer temor que se expresa muchas veces es el de dar una información equivocada, de no tener el conocimiento necesario para responder las preguntas y argumentos que pudieran surgir. Repito, si estamos hablando de testificar en términos de lo que Jesús ha hecho por nosotros, debíamos saber la solución a este problema. No se trata de que los cristianos se conviertan en teólogos y estudien las profecías y aprendan griego y hebreo y todo lo demás, antes de que puedan contar otros acerca del amor y el poder de Cristo.

Otra objeción de importancia contra la testificación es que lleva tiempo. De nuevo, esta objeción se basa muchas veces en el concepto falso de que es una actividad adicional a nuestro programa diario, para salir y dedicar quizás horas hablando con extraños o distribuyendo literatura. Pero para aquel que mantiene una relación con Jesús y tiene algo que decir, la testificación se convierte en un estilo de vida. Hablar de Jesús a nuestra familia y a los amigos en nuestro contacto diario con ellos no implica necesariamente una cantidad extra de tiempo.

Pero Dios nos ha dado un don de tiempo específicamente con el fin de que participemos del gozo de trabajar con él. Se llama sábado. Dios nos da tiempo, un día cada siete, un tiempo para comunicarnos con él en el servicio a favor de los demás. ¿Tiene un amigo que está enfermo y agradecería su visita, pero no ha tenido tiempo de ir a verlo? Dios le ha dado el sábado. ¿Hay algún vecino que usted sabe que se siente solo y le gustaría invitarlo, pero usted ha estado muy ocupado? Dios le ha dado el sábado. ¿Ha querido poner en contacto a sus hijos con la naturaleza, o quizás llevarlos a comer a la orilla de un lago, pero no ha tenido tiempo? Dios le ha dado el sábado. Ya sea que comparta el amor de Dios con familiares y amigos o con el mundo de afuera, hay tiempo cada semana para ello; esta es la respuesta especial de Dios al problema de hallar tiempo en nuestro ocupado programa de trabajo para alcanzar a otros.

Además, el propósito de Dios es que el dar testimonio y prestar servicio a otros se convierta en nuestro estilo de vida. Sin duda habrá momentos más estructurados para alcanzar a otros y compartir nuestra fe. Pero nuestro testimonio nunca debiera limitarse a esos momentos. De hecho, aunque no nos demos cuenta, estamos dando testimonio todo el día en todo lo que hacemos. Nuestras vidas, nuestros actos, la atmósfera que nos rodea, todos dan testimonio a favor o en contra de Dios. Nuestra relación vital con Dios dará color a nuestro testimonio, ya sea silencioso o verbal, y Dios nos usará para compartir su amor con otros dentro de nuestra esfera de influencia.

OTROS PROBLEMAS DE LA VIDA DEVOCIONAL

Si hemos estado comunicándonos con Dios día tras día, pero esta comunicación se ha enfriado, en nueve de diez casos se debe a la falta de participación en alcanzar a otros, en servir y en compartir con otros. Pero también hay otros factores que pueden producir un corto circuito en nuestra relación con Dios. Veamos algunos de ellos.

Muchos descubren que el problema radica en la irregularidad del tiempo dedicado a la devoción. Dedicamos tiempo a Dios ocasionalmente y se conmueven con las percepciones de tu amor y aceptación. Luego tienen cosas que hacer y dejan por un lado la devoción personal durante uno o varios días, o quizás hasta por una o dos semanas. Entonces si se les presenta un problema o dificultad, empiezan a buscar de nuevo a Jesús. Pero una vez que pasa la crisis, empiezan de nuevo a encontrar que es fácil olvidarse y descuidarse. A veces el cristiano te pregunta si el Señor estará airado con él

por su descuido, y si será castigado por los resultados al ver la falta de desarrollo espiritual que sufre como consecuencia de una relación inestable.

Se nos olvida que cuando descuidamos la comunión personal con Dios y el compañerismo personal con Cristo, tenemos un enemigo que se aprovecha de las circunstancias. En la Biblia, que nos habla de Dios, también se nos habla de ese enemigo, el demonio. Se nos dice que nuestro “adversario el diablo, como león rugiente anda alrededor buscando a quien devorar” (1 Pedro 5:8). Cuando descuidamos el compañerismo con Dios, podemos estar seguros que el enemigo hará todo lo posible por evitar que encontremos de nuevo significado en esa relación con Jesús. Tratará de mantenernos muy ocupados para dedicar tiempo a Dios. Traerá problemas a nuestra vida. Nos humillará con tentaciones y pecados y luego nos dirá que no debemos atrevernos a volver a Jesús hasta que le hayamos dedicado un par de semanas de servicio fiel. Luego, el décimo día, provocará de nuevo nuestra caída y fracaso. Esto seguirá así hasta que la persona más fuerte se sienta desanimada.

Otro problema que en algunos ocasiona el abandono de su relación con Dios es la falta de comprensión de lo que realmente es la fe. La fe es una palabra muy mal interpretada. Hay quienes piensan que la fe es algo que uno tiene que luchar por obtener, algo que se genera en nosotros mismos. Pero quisiera decirles que la fe es algo que nadie puede luchar por obtener, la fe es un don de Dios. Pablo lo expresa claramente.

Hay iglesias enteras que funcionan bajo la falsa premisa de que la fe es algo que la persona puede lograr por sí misma. La gente se ha hecho la idea de que debe ejercer fe, y la manera de ejercerla es creer que algo va a suceder. Piensan que si puedes creer con fuerza, se les cumplirá lo que han pedido.

LA NIÑITA Y LA SOMBRILLA

Se cuenta la historia de una niña que llegó al culto de una iglesia donde la gente estaba reunida orando para que lloviera. Los sembrados se estaban secando y necesitaban urgentemente la lluvia. La niña llegó a la reunión llevando una sombrilla. La gente se burló de su fe.

Pero llovió. Así que dijeron que había llovido porque la niña había llevado la sombrilla. Y si usted tiene suficiente temple y valor, como para llevar su sombrilla, esto provocará la lluvia. Pero lo cierto es que no llovió porque la niña llevara la sombrilla, sino que ella llevó la sombrilla porque sabía que iba a llover. ¿Vemos la diferencia?

En Efesios 2:8, dice; “Porque por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios”. La fe es un don de Dios. Nadie puede experimentarla por sus propios esfuerzos». Fe es más que creer. Es más que confiar en la Palabra de Dios”, que muchos cristianos aceptan como una definición de fe. La fe es confianza, y la confianza viene de la comunicación y la relación con Aquel que es absolutamente de confianza.

La falta de comprensión de lo que es fe o confianza, puede provocar problemas en nuestra relación con Cristo. La falsa idea de fe nos puede conducir a esperar que él actúe, o reaccione de cierto modo ante nuestras peticiones. Y cuando oramos y no recibimos las respuestas que esperamos, o cuando de pronto nos llegan más pruebas, caemos en la tentación de terminar con el asunto de una vez.

En cierta ocasión fui a visitar a un hombre que era muy violento. Yo estaba celebrando unas conferencias públicas en el lugar donde él vivía y alguien me dijo: “¿Por qué no invita a ese señor a las conferencias?” Por eso fui a su casa, en las afueras de la ciudad y toqué su puerta. El hombre abrió y cuando supo quién era yo, me dijo: “¡Estos malditos predicadores!” (Aunque la palabra que usó no fue “malditos”).

Luego me invitó a entrar, lo que no tenía sentido. Pero entré y me senté y empezó a insultarme. Una de las cosas que dijo fue: “He hablado con mi maldita almohada tantas veces, como con mi maldito pastor y nunca he recibido ni una maldita respuesta de ninguno de los dos”.

El había abandonado su vida de oración porque oraba en base a obtener o no respuestas a sus oraciones. Si el único motivo por el cual se ora es para recitar respuestas, tarde o temprano también abandonaremos nuestra vida espiritual.

Hubo un tiempo en que yo pensaba que estudiar la Biblia y orar era un fin en sí mismo. Pero luego descubrí que estas son las grandes avenidas que Dios nos ha dado para que podamos comunicarnos con él. Si nos dedicamos a comunicarnos con él mediante estas avenidas, le conoceremos. Y cuando le conozcamos, descubriremos que la confianza surge espontáneamente.

LA FE ES ESPONTÁNEA

Uno de los síntomas principales y particulares de la fe o la confianza genuina es su espontaneidad. En este aspecto la fe está emparentada con el amor. ¿Ha intentado alguna vez amar a alguien? ¿Cómo le ha ido? El amor no es algo que se puede encender o apagar al toque de un botón, ¿verdad?

Una de las decepciones más engañosas del enemigo es lograr que la persona haga de todo, excepto buscar una relación con Jesús. La persona dice: “Me interesa la religión. Me interesa ser cristiano”. Y el enemigo dice: “¡Ah! ¿Sí?” Y enseguida reúne la comisión de medios y recursos. Esto no tiene nada que ver con dinero. Se trata de medios y recursos para impedir que la persona conozca a Dios. El enemigo dice: “Si la persona sigue insistiendo en tratar de ser cristiano, dejémoslo trabajar en su justicia”. De modo que empieza a susurrar en los oídos de la persona: “Tienes que ser bueno si quieres ser cristiano. Tienes que hacer lo correcto. Trata de hacerlo. Hoy te desviaste. Intenta de nuevo con más fuerza”.

¿Se ha esforzado alguna vez por dormirse y lo único que ha logrado es despertarse más? ¿Ha combatido con fuerza al enemigo de modo que ha llegado a parecerse a él? Si usted se mira al espejo constantemente, descubrirá que cada día se parece más a usted mismo. Somos transformados por contemplación.

Una vez más quisiera que recordáramos que no podemos luchar por obtener la justicia. Esta viene solo por intermedio de Jesús; la justicia no es algo que uno puede luchar por obtener Romanos 4:4, 5 dice: “Pero al que obra, no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia”.

Esto no quiere decir que la justicia no llega, sino que nos llega como don de Dios, no como fruto de nuestros esfuerzos. Cuando finalmente llegamos a comprender que la justicia es por la fe, entonces el enemigo dice: “Está bien, ¡ya la tienes! Ahora, esfuérzate en ella. Oblígate a creer. Si crees con todas tus fuerzas, obtendrás la victoria, o la respuesta a la oración que estás esperando”.

Pero el enemigo es un mentiroso. De hecho, la Biblia lo dice en Juan 8:44. La verdad es que tanto la justicia como la fe, vienen como resultado de nuestra relación con el Señor Jesucristo. La fe en sí misma no es un fin. Es un medio para llegar a un fin. Y siempre se produce y se desarrolla en su forma germina, como resultado de una relación sólida y viva con Jesús.

La justicia no se allega a los que la buscan, sino sólo a los que buscan a Jesús.

Por eso quiero invitarlos a aceptar lo que realmente produce una fe salvadora. Esta es la base de toda la vida cristiana. Es el medio de salvación. Es conocer a Jesús como

nuestro Amigo personal. Y la relación y compañerismo con Jesús nos conducirá a todo lo demás que Jesús tiene para nosotros, tanto en este mundo, como en el venidero.

¿POR QUÉ MIENTRAS MÁS BUSCAMOS A DIOS, LAS COSAS NOS RESULTAN PEOR?

Debemos tratar un problema muy común que nos hace muchas veces abandonar nuestra devoción personal, y es que cuando comenzamos a buscar una relación con Dios, nos empiezan a suceder muchas cosas malas a la vez. No siempre es así, pero la mayoría de las veces sucede.

Por supuesto, si usted fuera el demonio y supiera que ¡a relación con Jesús es la base de la vida y el crecimiento cristiano, usted haría todo lo que estuviera a su alcance para desanimara la persona que busca a Oíos. Pero lo que más me sorprendió cuando lo experimenté por primera vez fue este pensamiento: “¿Es Dios tan poderoso que pueda evitar que sucedan estas cosas?” La respuesta es fascinante y se encuentra en los dos primeros capítulos del libro de Job. Veamos lo que dice, empezando con el capítulo 1, versículos 6 al 8:

“Un día vinieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, entre los cuales vino también Satanás. Y dijo Jehová a Satanás: ¿De dónde vienes?

“Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: De rodear la tierra y de andar por ella.

“Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal?”

El argumento de Satanás era: “Vengo de la tierra. Soy el encargado de ella”. El argumento de Dios era: “Tú no eres el encargado de nada. ¿Has visto a mi siervo Job?”

“Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has cercado alrededor a él y a su casa y a todo lo que tiene? Al trabajo de sus manos has dado bendición; por tanto, sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que tiene, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia.

“Dijo Jehová a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él. Y salió Satanás de delante de Jehová” (Vers. 9-12).

¿De qué se trataba? La acusación de Satanás era que el único motivo por el cual Job servía a Dios era porque había recibido riquezas y bendiciones de Dios, ¿no es así? Esta era su acusación. Y por lo menos en el caso de Job, Dios vio bien en su sabiduría, deja que Satanás tratara de probar su punto. De modo que le dio permiso. Y Satanás se acercó a Job con todo su armamento, por así decirlo, y arrasó con todas sus posesiones materiales, y hasta con sus propios hijos.

Ahora bien, Job no lo comprendió. El pensaba que era Dios quien le habla quitado todo lo que tenía (Ver. 11). Siempre ha existido una enorme incomprensión de Dios, ¿no es cierto? Pero a pesar de que Job no comprendía el carácter de Dios, no se convirtió en un insensato más. Mantuvo su confianza en Dios. Job debe haber conocido a Dios lo suficiente como para demostrar una confianza capaz de persistir aun ante cualquier malentendido.

Vayamos al capítulo 2. “Aconteció que otro día vinieron los hijos de Dios para presentarse delante de Jehová, y Satanás vino también entre ellos presentándose delante de Jehová.

“Y dijo Jehová a Satanás: ¿De dónde vienes? Respondió Satanás a Jehová, y dijo: De rodear la tierra, y de andar por ella.

“Y Jehová dijo a Satanás: ¿No has considerado a mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal, y que todavía tiene su integridad, aun cuando tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa?

“Respondiendo Satanás, dijo a Jehová: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida.

“Pero extiende ahora tu mano, y toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia.

“Y Jehová dijo a Satanás: He aquí, él está en tu mano; mas guarda su vida.

“Entonces Satanás salió de la presencia de Jehová e hirió a Job con una sarna maligna desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza” (Vers. 1-7). Y Job siguió manteniendo su integridad.

La esposa de Job, sin embargo, no la siguió manteniendo. Job había perdido todo lo que tenía, excepto a su esposa. Pero el diablo sabía que ella sería un instrumento útil en sus manos. Tan pronto como se posesionó de la señora de Job, debe haberse sentado y sonreído y quizás hasta felicitó a sus secuaces recordándoles que si seguían insistiendo, también vencerían a Job.

JOB, SEGUNDA PARTE

No consideremos el libro de Job como una simple historia. Este relato nos puede enseñar verdades importantes en cuanto a por qué las cosas se empeoran mientras más buscamos a Dios. Debo decirles que la experiencia de Job se aplica a la vida de cada persona, tarde o temprano. Podemos experimentar la primera parte de la experiencia de Job, la segunda, o la décima. Podría ser algo como esto: Satanás sabe que todo lo que necesita hacer para mantenernos en sus filas es lograr que nos apartemos del compañerismo personal con Dios. A él no le interesa mucho lo que nos induce a hacer o no hacer. Muchas veces se goza tanto en lo que hacemos mal como en lo que hacemos bien si nos mantenemos alejados del mal mediante nuestro propio esfuerzo. Evidentemente, Satanás elige en forma arbitraria dejar a algunos en el trono, mientras empuja a otros al abismo. La persona puede perderse no sólo por gloriarse en sus éxitos si los ha logrado apartado de Jesús, sino también, y con mayor razón, por hundirse en sus fracasos.

De modo que a Satanás probablemente poco le importa lo que nos cause hacer o no hacer en lo que a malos actos se refiere. Lo que de veras le preocupa es cuando una persona empieza una relación más estrecha con Dios. Se desespera cuando ve que alguien se interesa por la salvación por la fe, porque sabe que al final será derrotado.

De modo que cuando empezamos a interesarnos en conocer a Dios, el enemigo reúne su comisión de medios y recursos para evitar que esto suceda en nuestra vida. Al mismo tiempo señala a Dios con el dedo y hace la misma acusación que hizo en el caso de Job. Satanás dice a Dios: “¿Ves esta persona? Te está buscando con fines egoístas. Quiere ir al cielo. Quiere sanarse de las úlceras. Busca la paz de la que hablan los cristianos. Quiere que se le resuelvan todos sus problemas y también quiere recibir respuesta a sus oraciones. No te está buscando porque te ama. Te busca por lo que puede recibir de ti”.

Luego llama a sus demonios para que nos rodeen con todos sus cañones listos para disparar. Lo digo por experiencia propia, porque como dice el refrán: “Para conocer a un ladrón, nadie como otro ladrón”. Cuando empecé por primera vez a buscar una experiencia verdadera con Dios, todo pareció derrumbarse en mi vida. Surgieron problemas familiares, físicos, financieros, etc. No sólo eso, sino que el enemigo se nos presenta personalmente con todas las tentaciones que pueda reunir para provocar nuestra caída y nuestro fracaso, y a veces llegamos a vivir una vida peor que antes. Y a pesar de que estamos buscando a Dios, dedicando tiempo a su Palabra y de rodillas, parece que todo se nos viene abajo. ¿Les gustaría saber lo que hice la primera vez que me sucedió? Al final de ese día, pensé: “Bueno, esto no funcionó”. Al día siguiente decidí dormir tarde.

¿Se imaginan lo que pasó? ¡Tuve un día magnífico! Todo anduvo de lo mejor. Ni siquiera “pequé”. Al final de ese día, me felicité por el buen día que había vivido. Y el demonio recurrió de nuevo a su comisión de medios y recursos y celebraron una divertida reunión. ¡Su estrategia había funcionado!

En cierta ocasión un estudiante me dijo: “¡Hace dos semanas que abandoné la idea de ser cristiano, y desde entonces no he pecado!” Muchas veces descubrimos que en el momento en que dejamos te relación con Cristo, aparentemente las cosas mejoran. Los problemas parecen desaparecer.

Pues bien, a estas alturas usted pensarla que el demonio sería lo suficientemente inteligente como para dejarlo tranquilo y contentarse con sus logros. Pero siendo el pecador número uno del universo, Satanás tiene una notable falta de dominio propio. De modo que continuó dejándome tranquilo durante un par de semanas más, y me tema bajo su poder, porque yo no estaba buscando a Dios, no estaba orando ni leyendo la Biblia. Pero después vino de nuevo a mí, esta vez por mera diversión. El no se contenta con sólo ver a una persona perdida; sino le gusta verlo en el fondo del abismo. Así que a la semana o dos que volvió con más problemas, eso me hizo caer de rodillas. ¿Lo ha experimentado alguna vez? Con frecuencia decimos: “creo que después de todo, necesito esta experiencia con Dios”. Y una vez más empezamos a buscarlo. Entonces el diablo empieza a ponerse realmente nervioso, se queja con sus ayudantes y les dice: “¿qué pasa con ustedes?” Y de nuevo nos atacan con todo lo que tienen.

Si el diablo fuera más inteligente, nos hubiera dejado tranquilos a algunos de nosotros, y nos tendría atrapados desde hace mucho tiempo. Pero nos sigue fastidiando hasta que nos empuja permanentemente hacia Dios. El puede usar algunas de las maniobras del enemigo para su propia gloria, ¿no es cierto?

EL SECRETO DE JOB

No me gusta admitir las veces que pasé por esta rutina morbosa, hasta un día que me di cuenta de lo que había estado sucediendo. Era la Segunda Parte de Job. ¿Cuál era el secreto de Job? Cuando Job probó ante el universo y ante las fuerzas opositoras de la gran controversia entre Cristo y Satanás que él amaba, fue entonces como Dios pudo llegar con sus bendiciones y hacer huir al diablo. Y al final, las bendiciones de Job se duplicaron.

¿Cómo funciona la Segunda Parte de Job? Cuando el enemigo nos acusa diciendo que nuestros motivos al buscar a Dios son egoístas, Dios permite que el diablo intente probar su punto hasta que nuestros verdaderos motivos se nos revelan a nosotros mismos, al enemigo y al universo entero. Dios siempre ha sido justo, hasta en sus tratos con el enemigo. Y, llegará el tiempo, por cierto no muy lejano, cuando toda rodilla se doblará y toda lengua confesará que Dios ha sido justo e imparcial (Filipenses 2:10,11). Y el mismo Satanás doblará sus rodillas y admitirá que Dios nunca ha sido injusto.

De modo que cuando empiezo a buscar a Dios Satanás dice: “Él te está buscando sólo por motivos egoístas. Y yo fui echado del cielo por motivos egoístas también. No puedes seguir ayudándolo”. Dios está contra la pared. Los únicos que podemos probar si Dios tiene razón o no, o si la razón la tiene el enemigo, somos nosotros.

¿Qué sucedió al final del día cuando todo anduvo mal y yo dije “esto no funcionó” y al día siguiente me quedé dormido? ¿A quién le di mi voto? Di pruebas de que el enemigo tenía la razón. Cuando las cosas no salieron como yo las había planeado, me olvidé de buscar a Dios, y Satanás estaba absolutamente en lo correcto en mi caso. Cuando finalmente empecé a entender lo que estaba pasando, comprendí por qué Dios había permitido que el enemigo me azotara. Entendí entonces que mis motivos al buscar a Dios estaban equivocados.

Pero yo solo no puedo cambiar mis motivos. El corazón egoísta no puede cambiarse a sí mismo. Existe un solo lugar donde pueden ser cambiados los motivos, y es a los pies de Jesucristo.

BUSQUEMOS A DIOS POR LOS MOTIVOS DEBIDOS

De modo que cuando lo vemos claro, nos arrodillamos y decimos: “Padre mío, reconozco mi problema. ¿Quieres darme de tu gracia para que cambie mis motivos y empiece a buscarte por amor a ti, en lugar de por mi propio beneficio?” ¿Le gustaría buscar a Dios por amor a él, en lugar de su propio bien? ¿Le gustaría poder buscar a Dios en respuesta a su amor, por lo que Jesús ha hecho por nosotros en la cruz? ¿Quisiera seguir buscando el compañerismo y la comunión con el cielo, no importa lo que suceda en su vida, bueno o malo? Cuando lo haga, empezará a experimentar el resto de la historia de Job cumpliéndose en su vida.

Un día verá que Dios se acerca al demonio y le pregunta: “¿Cómo van las cosas?” (Disculpe por poner estas palabras en la boca de Dios).

El enemigo dirá: “Lo estoy atacando con todo lo que puedo”.

Y Dios dirá: “Lo sé. Lo he estado observando. Pero él sigue buscando la comunión con el cielo, ¿no es así?”

El enemigo empieza a inquietarse.

Y Dios dirá, “¿Será posible que esta persona me está buscando por lo que mi Hijo ha hecho por él? ¿Será posible que me está buscando por amor, en lugar de motivos egoístas?”

Y cuando llegue este momento, el enemigo desaparecerá en la distancia. No tendrá nada que argumentar.

PRUEBA DE QUE DIOS TENÍA RAZÓN

El argumento de Dios fue que Job lo amaba y por eso le era fiel. Y Job probó que Dios tenía razón. También yo tengo hoy el privilegio de probar que Dios tiene razón. Dios nos ayuda a buscarlo porque nosotros lo amamos, y estamos listos a rendirle nuestros motivos egoístas. Sólo entonces Dios se nos acercará con todas las bendiciones y el poder del cielo que anhela concedernos.

La obediencia. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Y qué sucede cuando fracaso?
¿Qué viene primero: La victoria o la paz? ¿Cómo puedo vivir sin pecar?

CUARTO DÍA

“Cuando era chiquitito, a llorar me sentaba porque a mi hermanito el pastel más grande le daban”.

Muchas veces mi hermano y yo escuchamos este verso que nuestro padre nos repetía. Recuerdo una ocasión antes de Navidad, cuando unos buenos hermanos de la iglesia nos dieron a cada uno una bolsa de caramelos. Eran de los dulces duros que duran mucho en la boca.

Nuestros padres se preocuparon. Ellos no querían que se nos dañaran los dientes ni el estómago, de modo que nos pusieron condiciones: un solo caramelo a la hora de las comidas. Ninguno entre comidas. Yo tenía 6 años de edad y mi hermano 8. Pero estas condiciones eran demasiado estrictas para un niño de esa edad, así que empecé a comer caramelos entre las comidas. Cuando mi papá lo supo, tiró a la basura mi bolsa de caramelos.

Entonces empecé a preocuparme por la salud de mi hermano y decidí ayudarlo vaciando su bolsa de caramelos en el inodoro.

Como resultado de mi intervención a su favor, las relaciones diplomáticas en nuestra casa no fueron del todo buenas por un buen rato. ¿Todavía a mi hermano le gusta contar la historia siempre que puede! Pero, ¿por qué hacemos estas cosas? ¿Qué nos impulsa a la guerra, en su manifestación más extrema, o a ciertos juegos de salón aparentemente inocentes en el otro extremo del espectro —o al fútbol y al béisbol en algún punto intermedio? ¿Por qué manifestamos tanto entusiasmo por el ganador, por el que va a quedara la cabeza, por el que será el primero?

Todo empezó con el pecado, ¿no es así? Lucifer, el querubín cubridor, el “hijo de la mañana” dijo en su corazón: “Subiré al cielo, en lo alto, junto a las estrellas de Dios, levantaré mi trono, y en el monte del testimonio me sentaré, a los lados del norte; sobre las alturas de las nubes subiré, y seré semejante al Altísimo”. Podemos leerlo en Isaías 14:12-14. Y él presentó la misma tentación a nuestros primeros padres en el jardín del Edén. Génesis 3:5: “Seréis como Dios”. El pecado empezó con el hecho de querer recibir la gloria que sólo pertenecía a Dios el Creador, y buena parte de nuestras vidas las empleamos en discutir quién es el mayor. Hasta esto nos causa diversión. Lo vemos en el mundo de los negocios, en el vecindario, y a veces hasta en la iglesia. Y en su forcejeo fina i, produce la muerte.

Como hemos notado anteriormente, la base del pecado es la separación de Dios, que resulta y se manifiesta en este insaciable deseo de ser el primero, el más importante. Este egocentrismo es la base de todas las obras, los pensamientos y las acciones pecaminosas que vemos en nuestras vidas.

A veces muchos piensan que cuando experimenten el nuevo nacimiento, estarán total y completamente libres para siempre del egocentrismo y del pecado y tu resultante desobediencia. De modo que se quedan pasmados y consternados una semana después, cuando descubren algunos de los mismos pecados, problemas y fracasos en sus vidas que tenían antes de haber entrado en una relación con Cristo. Y muchas veces resulta que el cristiano recién convertido se desanima y abandona su relación con Cristo esperando un próximo reavivamiento o un llamado al altar, o quizás un despenar espiritual. Pero la conversión nunca ha sido garantía de perfección instantánea y absoluta, de modo que el asunto de cómo el cristiano en desarrollo se relaciona con las caídas, los fracasos y los pecados es un tema muy práctico, pero doloroso.

CÓMO JESÚS TRATO A LOS PECADORES CONOCIDOS

¿Es posible que los santos pequen? ¿Es posible pecar y saber que se está pecando, y continuar siendo cristiano sin dejar de hacer lo malo? ¿Cómo trata Jesús a los santos que pecan? Esta es una pregunta muy práctica y su respuesta es emocionante y animadora.

Permítaseme presentar la forma en que Jesús trató a los cristianos pecadores, tal como lo encontramos en las Escrituras. Veamos lo que dice Marcos 9:33: “Y llegó a Capernaum; y cuando estuvo en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí, quién había de ser el mayor”.

Imaginemos a Jesús y a sus discípulos yendo por el camino polvoriento hacia Capernaum. Jesús se dirigía a Jerusalén y los discípulos estaban seguros que iba a establecer su reino, el cual esperaban que sería un reino terrenal. Peco ellos tenían todavía que ponerse de acuerdo en algunas cosas. No habían decidido todavía quién sería el presidente de la clase, quién iba a ser el primer ministro, quién sería el ministro del tesoro, quién sería el mayor.

De modo que mientras iban hacia Capernaum, estaban tratando de resolver este asunto. Sabían que esa rivalidad no era correcta, así que se fueron quedando atrás. Cuando llegaron a Capernaum se habían alejado tanto de Jesús que él no podía escuchar su conversación, y cuando quedaron solos en la casa, les preguntó acerca de lo que habían estado tratando en el camino.

Esto nos enseña algo muy interesante en cuanto al pecado. Es difícil pecar en la presencia de Jesús. ¿Se han dado cuenta? De hecho, la mayoría de las personas, hasta las más débiles, admitirán que les resulta difícil pecar en la presencia de alguien a quien aman y respetan mucho. La mayoría de los pecados se cometen en ausencia de los que amamos y respetamos. De alguna manera sentimos que para seguir pecando deliberadamente debemos estar lejos de Dios, lejos de Jesucristo.

¿Nos damos cuenta? Los discípulos se quedaron atrás de Jesús, esperando que él no escuchara el tema de su discusión que encontraban absorbente. Pero cuando llegaron a Capernaum a la casa donde se iban a hospedar, Jesús mandó a Pedro a una misión muy extraña, a la orilla del mar, al banco. . . ¿al banco? A un banco muy interesante, como recordarán. La boca de un pez. Y mientras Pedro estaba ausente, Jesús les hizo la pregunta a los demás. Aparentemente él tenía más de una razón para enviar a Pedro a la orilla del mar. No quería que Pedro estuviera presente cuando hiciera la pregunta. Quería que los demás discípulos tuvieran también la oportunidad de pensar antes que Pedro saltara con su respuesta.

De modo que Jesús envió a Pedro afuera y luego dijo a los demás discípulos: “¿De qué hablaban cuando venían hacia Capernaum?”

Ellos comenzaron a inquietarse, quizás movían los pies en el polvo. Pero no respondieron. El versículo 34 dice: “Ellos callaron”. ¡El momento era bueno para callar! Cuando a mí me preguntaron por la bolsa de caramelos de mi hermano, también quedé callado. Pero Jesús siguió insistiendo en su pregunta, y por fin uno de los discípulos dijo: “Bueno, este... ejem... discutíamos en cuanto a quién sería el primero en el reino”.

“¿QUE ME DEN OTROS DOCE!”

La vida de Jesús había sido una vida de humildad. Jesús se había entregado a sí mismo, y según Filipenses 2:7, “se despojó a sí mismo”. Aquel que recibía homenaje y adoración de todos los seres celestiales, había venido a esta tierra a nacer en un humilde establo. Aquel que habla sido rico más de lo que podemos imaginar, se habla hecho pobre, para que nosotros por medio de su pobreza fuéramos enriquecidos (2 Cor. 8:9).

Veza tras veza trató de ayudar a los discípulos a comprender que la verdadera grandeza se basa en la humildad. Pero ellos no habían entendido su mensaje.

En este momento pienso que hubiera sido fácil para Jesús decir: “¡No quiero verlos más, miserables doce! ¡Que me den otros doce! ¡Empezaré de nuevo!” Por el contrario, los llamó y les dijo: “Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos. Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándole en sus brazos, les dijo: El que reciba en mi nombre a un niño como este, me recibe a mí; y el que a mí me recibe, no me recibe a mí sino al que me envió” (Marcos 9:35-37). El usó a un niño para ilustrar lo que es en realidad el cielo.

El era bondadoso y paciente con sus discípulos. No los condenaba. Les daba una lección y cuando no la aprendían continuaba enseñándoles. Por sobre todo, seguía andando con ellos. Seguía su compañerismo con ellos. Continuaba comiendo, viajando, trabajando y confiando su misión a ellos.

CULPABLE DEL PEOR DE LOS PECADOS

De esta lección de las Escrituras sacamos la evidencia de la forma en que Jesús trataba a sus discípulos cuando pecaban. ¿Cuál era este pecado? Era el pecado del orgullo. —Bueno—, decimos, —todos tenemos un poquito de orgullo. Precisamente en eso se basa nuestro mundo. Es el orgullo lo que hace ameno el juego del monopolio o del parchi. Y la santificación es la obra de toda la vida; tal vez poco antes de morir, podamos vencer el problemita del orgullo. Pero no, el orgullo es el peor de todos los pecados. En primer lugar, fue el orgullo el que empezó todos los problemas del mundo. Y si bien es cierto que ante los ojos de Dios, como de los nuestros hay diversos grados de pecado, él tiene una escala diferente. El orgullo es más ofensivo ante Dios porque es lo que más se opone a su naturaleza.

Este pecado, del cual los discípulos eran culpables, era uno de los peores, por no decir el peor de todos. Era un pecado grave. Y ellos lo sabían porque no quisieron cometerlo cerca de Jesús. Y a pesar de ello continuaron cometiéndolo. De hecho, acariciaron este pecado durante los tres años que anduvieron con Cristo. Todavía lo tenían cuando estaban en el aposento alto la noche antes de la crucifixión. De modo que esto lo califica como un pecado conocido, continuo, habitual, acariciado, persistente, premeditado, o como queramos llamarlo. Los discípulos eran culpables del peor de los pecados.

Recuerdo que cuando era adolescente escuché a alguien haciendo énfasis en que los únicos pecados que Dios perdona son los pecados de la ignorancia. Y esa persona citó uno o dos versículos del Antiguo Testamento, tratando de comprobar del sistema de sacrificios que solamente había provisión para los pecados de la ignorancia. Y esto casi termina conmigo, porque ninguno de mis pecados era de ignorancia. ¿Y qué de los de ustedes?

Algunos eruditos dicen que el “no peca” de Juan 3:6 significa que no cometeremos ningún pecado conocido. Podemos deslizarnos, podemos perder la marca, pero no pecaremos intencionalmente. Y nos da la impresión de que la clase de pecados que Dios puede perdonar es precisamente aquella en la cual usted ha caído. Pero hay demasiadas personas cuyos pecados son bastante más serios que esos y que no pueden encontrar consuelo en este enfoque.

Pero de la experiencia de los discípulos podemos aprender cómo trataba Jesús a los pecadores que sabían lo que estaban haciendo.

¿ESTABAN CONVERTIDOS LOS DISCÍPULOS?

Quizás en este punto alguien diga: problema es que los discípulos no estaban convertidos”. ¡No me digan eso! Necesito recordarles que estos discípulos eran los que echaban fuera demonios y curaban a los leprosos y sanaban a los enfermos y resucitaban a los muertos. Por lo regular, Dios no da poder a las personas no convertidas para realizar estas cosas. Cuando los setenta regresaron de su misión, regocijándose en el poder de echar fuera demonios, Jesús dijo:”... sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lucas 10:20). Y en Juan 3 se nos dice que nadie podrá ver el reino de los cielos a menos que haya nacido de nuevo. De modo que por inferencia debemos aceptar la premisa de que los doce discípulos estaban convertidos.

Es cierto que Jesús le dijo a Pedro la noche antes de la crucifixión: “... y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22:32). Pero olvidamos que la conversión es un asunto diario, y que aquí se está hablando de la reconversión de Pedro. Después que Pedro negó a Jesús, necesitaba volverse a convertir y a arrepentirse de su pecado. Pero en el aposento alto, antes de negarlo, cuando Pedro se rindió a Jesús Permitiéndole que éste lavara sus pies, él estaba limpio. Jesús lo dijo en Juan 13:10.

De modo que no podemos simplemente pasar por alto este problema de los pecados conocidos de los discípulos como falta de conversión. ¿Cómo trata entonces Jesús a sus seguidores cuando son culpables de pecar sabiendo que lo están haciendo? El ñuto una clásica declaración en Mateo 12:31: “Todo pecado... será perdonado a los hombres...”

EL PECADO IMPERDONABLE

¿Cómo es eso del pecado imperdonable? Este mismo pasaje de Mateo 12 nos lo informa. Pero, esperemos: Si todo pecado será perdonado, esto debiera incluir el pecado imperdonable, ¿no es cierto? Jesús dijo: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad “(1 Juan 1:9). De modo que Jesús está dispuesto a perdonar todos los pecados, ¿no es cierto? El dice que perdonará todos los pecados. ¿Cuál es entonces el pecado imperdonable? El único pecado que no tiene perdón es el pecado por el cual no pedimos perdón, del cual no nos arrepentimos. El pecado imperdonable es así de sencillo. Subrayemos con rojo, verde, anaranjado y morado el texto que dice: “Todo pecado... será perdonado a los hombres”, incluyendo el pecado persistente, incluyendo el peor de los pecados, como lo es el orgullo.

Y si Jesús dejó bien claro que todos los pecados pueden ser perdonados, y si él perdonó a sus discípulos y siguió andando con ellos después que persistieron en el peor de los pecados, entonces Jesús podrá y estará dispuesto a perdonar todos los pecados menores, como son el asesinato, el robo y el adulterio, ¿no les parece?

NO HAY CONDENACIÓN

El principio bíblico es que “...no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:17).

A la mujer adúltera, a quien los escribas y fariseos habían arrastrado a Jesús, él le dio las dos grandes agudas respuestas que son buenas para cualquiera que esté atrapado en el pecado. Él dijo: “Ni yo te condeno”, pero eso no fue todo lo que dijo. ¿Qué fue lo demás? “Vete y no peques más” (Juan 8:11). Aquí vemos un equilibrio perfecto.

Muchas veces cuando descubrimos que alguien a quien amamos está en dificultad o en pecado, decimos: “Está bien, no te condeno”. Y se nos olvida la última parte. Dios ama a los pecadores, pero odia el pecado. Dios a provisto perdón para el cristiano en desarrollo, débil e inmaduro, y también a provisto poder para vencer. Mientras aprendemos a adueñarnos de ese poder en nuestras vidas, él sigue andando con nosotros. Jesús ve al hombre al lado del estanque y le dice: “No peques más”. Hay

poder a nuestra disposición. Pero es la aceptación de Jesús y su amor, así como nuestra relación con él lo que da poder para no pecar más. Es la presencia de Jesús lo que hace difícil pecar. Por eso es absolutamente necesario que cada pecador cuente con la presencia continua de Jesús.

La mayor necesidad de cualquier joven que está tratando de luchar para vencer, pero fracasa continuamente y sigue pecando, es saber que alguien lo ama. La única persona que saca provecho de sus errores es la que sabe que es amada y aceptada cuando los está cometiendo. ¿Queremos decir con esto que hay permiso para pecar? No, es únicamente esta relación de amor, el continuo compañerismo con Jesús, lo que nos lleva a la victoria.

LA PAZ PRODUCE ALIVIO

Por mucho tiempo estuve pensando que si de alguna forma yo vencía mis faltas, pecados y fracasos, tendría paz. Fue para mí un tremendo descubrimiento darme cuenta que cuando tenía paz, entonces por primera vez empezaba a vencer mis faltas, pecados y fracasos. Sólo cuando sabemos por experiencia propia que Jesús no nos condena, sino nos acepta tal como somos, sentimos paz, y ese es el comienzo de la transformación en nuestra vida.

Hay cuatro textos que considerados juntos demuestran las verdades del perdón, el amor y la obediencia en forma muy hermosa. El primero se encuentra en Mateo 18:21, 22: “Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete”.

Era costumbre entre los judíos en los días de Cristo perdonar tres veces. En un intento por mostrarse generoso, Pedro sugirió perdonar dos veces esa cantidad y una más para una buena medida, llevando el total a siete, el número “perfecto”. Pero la respuesta de Jesús fue que siete veces no era suficiente. Hay que seguir perdonando hasta setenta veces siete. ¿Y cómo se comprende esto? ¿Debemos llevar una contabilidad y perdonar exactamente 490 veces? No, lo que él quiso decir con esto es que nuestro perdón debe concederse sin límite.

¿Nos pediría Dios que fuéramos más perdonadores que él? Evidentemente la respuesta es NO. De modo que esta respuesta de Jesús nos enseña que Dios no tiene límite para perdonar.

El siguiente pasaje se encuentra en Lucas 17:3-5: “Mirad por vosotros mismos. Si tu hermano pecare contra ti, repréndele; y si se arrepintiere, perdónale. Y si siete veces al día pecare contra ti, y siete veces al día volviere a ti, diciendo: Me arrepiento; perdónale. Dijeron los apóstoles al Señor: Auméntanos la fe”.

A veces se llama a los pastores para arreglar diferencias entre las personas. Una vez uno de mis feligreses me llamó por teléfono para decirme que estaba molesto porque el caballo de un vecino le había destrozado las petunias. Mi primera reacción fue tratar de aguantar la risa. Pero luego le dije: “Llame a la policía”.

Quizás esta fue una respuesta infortunada. Al pensar más tarde en el incidente me acordé de este pasaje de Lucas. Y pensé que debería haberle dicho: “Si el caballo pasa corriendo por encima de sus petunias seis veces más hoy, todavía debiera perdonar a su vecino”.

¿Cuál sería su reacción si el caballo de su vecino pasara sobre sus flores siete veces en un solo día y el vecino fuera por séptima vez a decirle “lo siento”? ¿Saben lo que yo le diría? “¡Demuéstrémelo! ¡Encierre a ese caballo incorregible!”

Pero la premisa principal es que si Jesús nos pidiera que perdonáramos a nuestro hermano siete veces el mismo día, Dios no lo haría menos. El no nos pide que hagamos

cosas que él no está dispuesto a hacer. Vemos de nuevo que el perdón de Dios no tiene límites.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que buscó a Dios al final del día después de haber fracasado siete veces en el día, y creyó que realmente fue perdonado? Es difícil, ¿no es cierto? Porque el ser humano no piensa de esa forma. Esto no es humano, sino divino.

Cuando uno habla de esta clase de perdón, siempre hay alguien que se pone nervioso y dice: “Usted va hacer a un lado la necesidad de obedecer. Va a dar licencia para pecar. Va a provocar que la gente juegue con la gracia de Dios”.

Pero aquí debemos añadir un tercer texto. En Lucas 7.40-43 el tema se desarrolla en la fiesta de la casa de Simón. María llega. La misma María a quien Simón habla conducido a pecar. Ella unge los pies de Jesús, y Simón está molesto. Tiene el descaro de condenar a María como pecadora. En su propia mente dice (versículo 39): “Este, si fuera profeta, conocerla quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora”.

Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, dijo: “Simón, una cosa tengo que decirte”. Y Jesús contó una sencilla historia que sólo Simón entendió.

“Un acreedor tenía dos deudores; el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con que pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más?

“Respondiendo Simón, dijo: Pienso que aquel a quien perdonó más. Y él le dijo: Rectamente has juzgado”.

De modo que se puede llegar a la conclusión que mientras más somos perdonados, más amamos. Este es un principio oportuno y universal.

Entonces tenemos que añadir otro texto más. En Juan 14:15 dice. “Si os amáis, guardad mis mandamientos”. Esto quiere decir que cuando entendemos el perdón de Dios, nos damos cuenta que esto no conduce a la licencia o a una gracia barata: esto conduce a la obediencia.

PERDÓN, RELACIÓN, OBEDIENCIA

Con nuestras limitaciones humanas, nos resulta realmente difícil aceptar semejante perdón sin límites. Sólo cuando seguimos buscando a Jesús, cuando aprendemos a confiar más que experimentamos eso que podemos reconocer en teoría: el amor y el perdón de Dios. Cuando le amamos, le obedeceremos, pero aunque estamos creciendo en amor y en confianza y en compañerismo con él, muchas veces nos separamos de él. Es entonces cuando caemos y fracasamos y pecamos, y necesitamos de nuevo acudir a él para arrepentimos, hasta siete veces en un solo día.

De modo que el cristiano en desarrollo puede descubrir que tiene pecados conocidos en su vida y al mismo tiempo sostiene una relación continua con Jesús. A esta conclusión llegamos después de lo que hemos considerado de las Escrituras en este capítulo. Los discípulos tenían relación con Dios y al mismo tiempo seguían cometiendo pecados conocidos en sus vidas. Pero al seguir estudiando, llegamos a una conclusión posterior. Aunque es posible tener una relación con Dios y pecar al mismo tiempo, tarde o temprano una de las dos desaparece.

Judas era el más inteligente de los discípulos. Era de los que pensaba rápido. Y recibió el mensaje. Comprendía el principio de que tarde o temprano, o se terminaba el pecado o se terminaba la relación con Jesús.

Sin embargo dijo: “No quiero que mi pecado se termine”. De modo que deliberadamente abandonó la relación con Jesús por seguir el pecado.

Ahora hemos llegado al punto culminante en lo que respecta a acariciar el pecado, el pecado de la presunción, de la altanería, la clase de pecado que da evidencia de estar en

terreno peligroso, excesivamente peligroso. Cuando decidimos abandonar la relación con Jesús, o rehusamos tener comunión con él, estamos en peligro.

Quizás habremos conocido personas que no quieren ser muy religiosas porque temen al cambio que se operaría en sus vidas. O personas religiosas que no quieren ir muy lejos en su relación con Cristo, porque no quieren más cambios en su estilo de vida. Este era el caso de Judas. Pero los otros discípulos siguieron con Jesús. Nada los podía apartar de su lado.

Un ejemplo clásico opuesto al de Judas es el de Juan, el discípulo amado. Juan tenía tan malos rasgos como Judas. Pero Juan era el hombre que siempre estaba allí. Juan fue uno de los primeros discípulos que siguieron a Jesús. Estaba allí para oírlo predicar. Estaba presente para ver los milagros. Se encontraba en el jardín, en la corte de Caifás, en la cruz, y en la tumba. Juan era el hombre que siempre estaba presente. Pero tenía problemas. Él se unió a su hermano para solicitar permiso para pedir que cayera fuego del cielo sobre los samaritanos. Él, su hermano y su madre habían ido a Jesús para solicitar un lugar especial en su reino: uno de ellos a la derecha de Jesús y el otro a la izquierda. Él era el “hijo del trueno”. Pero siguió eligiendo estar con Jesús, y al fin se comprobó que si uno sigue eligiendo estar con Jesús, tarde o temprano, el pecado desaparece. Es así como esto trabaja. Es la única forma como esto funciona.

Años más tarde vemos a Juan. Él es el único sobreviviente de los doce. Todos los demás han sufrido muerte de mártires. Juan está en la isla de Patmos, y escribe el propio mensaje de Jesús. Escribió cartas como esta: “Amados, amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios... El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:7, 8). Hubo un cambio en Juan, él había sido transformado por la gracia.

Quita en alguna ocasión anterior habla recibido la visita de algunos de sus amigos del pasado que le habían dicho: “¿Cómo has cambiado Juan!”

Y quizás Juan les haya contestado: “quién, ¿yo?” porque la persona que es transformada es la última en darse cuenta y la última que lo anuncia. Pero la gracia de Dios ha estado haciendo su obra.

UNA RELACIÓN CONSTANTE

Quisiera que recordemos que si seguimos reconociendo a Jesús como nuestro Amigo personal de cada día, si en nuestra vida privada seguimos en comunión con él, si nada nos puede apartar de su lado, entonces experimentaremos una transformación como la de Juan, que nos resultará discreta e imperceptible. Y no importa cuál sea el pecado por el que estamos luchando, sea conocido o desconocido, habitual o acariciado, por fin desaparecerá.

A veces nos impacientamos y tratamos de poner horario al desarrollo cristiano, a la victoria y al triunfo. Pero no debemos hacerlo. Es tarea de Dios; es la obra del Espíritu Santo. Los discípulos se fueron transformando gradualmente, primero hoja, luego espiga, después grano lleno en la espiga. Y mientras sigamos la relación con Cristo, esa relación de amor tiene su propia salvaguardia contra la corrupción. Mientras más profunda sea esa relación con Jesús, más nos apartaremos de la licencia, de jugar con la gracia de Dios al barato y perder.

Agradezco la forma en que Dios trató con los que cometieron pecados conocidos. Es algo que produce paz y consuelo al cristiano que lucha en su desarrollo.

Y si es cierto que somos transformados por medio de una relación continua con Cristo, esto nos revela el secreto de la obediencia. Somos transformados por gracia, por nuestra continua relación con él, no mediante nuestras propias luchas, resoluciones, y esfuerzos por combatir el pecado y al demonio.

Muchos han mantenido dos creencias incompatibles durante mucho tiempo en la fe cristiana: por un lado, el hecho de que podemos guardar los mandamientos de Dios, que podemos vencer, que podemos triunfar sobre el pecado; y por otro lado, que *necesitamos la ayuda de Dios*, pero que se supone que debemos luchar con nuestras propias fuerzas para obedecerlo.

Algunos han quedado tan frustrados con la mejor obediencia que han podido producir con sus propias fuerzas, que han decidido abandonar por completo su creencia en la victoria y en el triunfo. Pero esto no es lo que dice la Biblia. Los discípulos pecaban y caían vez tras vez. Es más, mediante su constante relación con Cristo, fueron transformados a su imagen y llegaron a ser más que vencedores por Aquel que los amaba.

Si bien es cierto que la aceptación de Dios no se basa en nuestra obediencia, y aunque su perdón no tiene límites, en ninguna forma esto desacredita la verdad que Dios tiene poder a su disposición para guardarnos de pecar.

Sin duda es buena noticia comprender que la justificación es sólo por medio de la fe y de nuestra completa confianza en que somos aceptados por Dios, basándonos totalmente en lo que Jesús ha hecho a nuestro favor. También es buena noticia saber que su perdón no tiene límites y que él tiene para con nosotros una paciencia infinita mientras crecemos en la gracia. Pero es posible ir un poco más allá y aceptar la verdad que la obediencia, la victoria y el triunfo están disponibles y pueden llegar a ser una realidad en nuestras vidas hoy mismo. Es buena noticia saber que la obediencia sólo es posible mediante la fe, lo mismo que el perdón. El apóstol Pablo lo dijo hace mucho tiempo en Colosenses 2:6: "... y de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él".

MOTIVOS POR LOS CUALES LA OBEDIENCIA SOLO ES POSIBLE POR LA FE

Quisiera enumerar ocho razones por las cuales la obediencia a Dios se obtiene por la fe y no por nuestros esfuerzos.

1. Porque la Biblia lo dice. ¿Es suficiente este argumento? En Romanos 1:17, Pablo dice: "El justo vivirá por la fe". ¿Quiénes son los justos? Son los que han aceptado la gracia justificadora de Dios, ¿no es cierto? Y aquí la Biblia nos dice que los justos los que han sido justificados, vivirán por la fe.

2. Debido a la naturaleza del hombre. Ya dedicamos algún tiempo a estudiar esto en el Primer Día. En Romanos 5:19 leemos que por el pecado de un hombre, muchos fueron hechos pecadores. Y Juan 3 dice que a menos que nazcamos de nuevo, no podremos ver el reino de Dios. Si es cierto que "todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia" según nos recuerda Isaías 64:6, entonces la obediencia tendrá que ser el resultado de una dependencia total de otro Poder. No podemos hacer nada por cuenta propia debido a nuestra naturaleza.

3. La obediencia sólo es posible por la fe debido a la naturaleza de nuestra entrega a Dios. Como estudiamos en el Segundo Día, entregarnos a Dios significa darnos por vencidos (Romanos 9 y 10). Si nos hemos dado por vencidos por nuestra propia cuenta, entonces tenemos que depender del poder de Alguien más. Es imposible estar esforzándose en obedecer y a la vez darse por vencido de poder hacerlo. El aceptar la derrota negaría la posibilidad de esforzarse por lograrlo. Cuando nos damos por vencidos o nos rendimos, nos colocamos en una posición de absoluta dependencia en las manos de Dios.

4. La obediencia sólo se produce mediante la fe, porque Dios desea que seamos controlados por él. Esto se menciona en Romanos 6. En este mundo tenemos dos

alternativas, dos posibilidades sobre quién controlará nuestras vidas. O bien estamos bajo el control de Dios o bien bajo el de Satanás. No hay término medio. Lo único que podemos controlar es elegir cuál de estos dos poderes ejercerá su control en nosotros. El control que ejerce Dios es el del amor y cuando nos colocamos bajo el mismo, llegamos a obedecer.

5. La obediencia sólo se produce como resultado de la fe debido a la naturaleza del arrepentimiento. Esto no es tarea nuestra, sino un don (Hechos 5:31). ¿Conocemos la definición clásica de arrepentimiento? ¿Qué es *arrepentimiento*? Es sentirse tristes por haber pecado y apartarse del mal. De modo que si el arrepentimiento es un don y una tristeza por haber pecado y alejarse del mal, entonces apartarse del pecado tendrá que ser también un don ¿no les parece? No es algo que nosotros logramos, sino algo que recibimos.

6. La obediencia es el *fruto* de la fe. En Juan 15 encontramos lo que Jesús enseñó acerca de esto. El expresa claramente que la obediencia es un fruto. Un fruto es el resultado de algo. Nadie produce fruto solo aunque se esfuerce por hacerlo. El fruto se obtiene de la Vid. Si estamos conectados con la Vid, *produciremos fruto* en forma natural y espontánea.

7. Sólo se puede obedecer por fe porque tenemos el poderoso ejemplo de Jesús. El realizaba sus obras y vivía su vida gracias al poder que recibía de lo alto (Juan 14:10), no de algún poder en su interior. Jesús vino a este mundo no solamente para morir por nosotros, para pagar la pena del pecado, sino también para mostrarnos cómo vivir dependiendo de un poder superior. Jesús vivió obedeciendo sólo por fe, y llegó a convertirse en el argumento más potente para demostrar que estamos invitados a vivir como él vivió, obedeciendo por fe.

8. La obediencia sólo es posible por la fe porque se nos ofrece *descanso* al vivir una vida cristiana, así como *descanso* de la culpa del pecado. Veamos este punto un poco más detallado. En Hebreos 4:9 se nos dice: “Por tanto, queda un reposo para el pueblo de Dios”. (Nótese que es para el pueblo de Dios, para los que ya lo han aceptado y han llegado a ser sus hijos).

La mayoría de nosotros sabemos lo que es sentirse cansados físicamente y también sabemos lo que significa estar cansados espiritualmente. Seamos sinceros, todos en general hemos luchado con la carga de la falta de santidad. Y a veces no hay mucha diferencia entre esa carga y la del pecado. Muchas veces encontramos que la vida cristiana es como subir una cuesta elevada con un gran peso en la espalda. Pero en Hebreos 4 se ofrece descanso al pueblo de Dios.

Notemos otros pasajes que nos hablan de descanso. De todos los lugares, veamos lo que se nos dice en el último mensaje de los tres ángeles poderosos según Apocalipsis 14:11: “Y no tienen reposo de día ni de noche los que adoran a la bestia y a su imagen, ni nadie que reciba la marca de su nombre”. Quizás pensemos que esto se refiere a la destrucción final de los malvados en el lago de fuego. Pero no es así, hay algo más que la sencilla interpretación de la profecía y la historia.

Jesús dijo en Mateo 11:28: “Venid a mí... y yo os haré descansar”. Entonces, si los que adoran a la bestia y a su imagen no tienen descanso, ni de día ni de noche, la razón es que no han ido a Jesús, ¿no les parece?

Hay otro versículo en este pasaje de Apocalipsis 14 que tiene un significado espiritual muy interesante. “Y oí una voz que desde el cielo me decía: Escribe: Bienaventurados de aquí en adelante los muertos que mueren en el Señor. Sí, dice el Espíritu, descansarán de sus trabajos, porque sus obras con ellos siguen (Ver. 13). Ahora, comprendo que esto tiene que ver con cementerios y tumbas y con los que mueren fieles, esperando la segunda venida de Jesús. Pero leámoslo de nuevo. Encierra

también un significado espiritual. “Bienaventurados... los muertos que mueren en el Señor”. ¿Hemos oído hablar alguna vez de la muerte misma mediante Cristo? ¿De que esas personas “descansarán de sus trabajos?” —“Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados y yo os haré descansar”. Y “sus obras con ellos siguen”.

En Hebreos 4 también se nos habla de descanso. “Porque el que ha entrado en su reposo, también ha reposado de sus obras, como Dios de las suyas” (versículo 10). ¿Cuándo descansó Dios de sus obras? En la creación, ¿no es así? Y entonces fue cuando él dio el séptimo día y lo estableció como un memorial, una señal, para recordarnos su obra creadora. Aquí en Hebreos 4 se nos invita a entrar en tu descanso del sábado. ¿De qué es al sábado una señal? De santificación. Lo dice Éxodo 31:13. En Ezequiel 20:12, 20 también se lo menciona. El sábado es una señal de Dios que santifica a su pueblo. Va verdad en cuanto al día de descanso de Dios y la verdad en cuanto al descanso de nuestros propios esfuerzos para vencer, están íntimamente relacionadas.

DESCANSO PARA EL PECADOR FATIGADO Y DESCANSO PARA EL SANTO FATIGADO

En Hebreos 4 se mencionan tres clases de descanso: reposo de la obra de aceptación y perdón de Dios (Vers. 2), el reposo de la lucha para vencer al enemigo (Vers. 9, 10), y reposo del esfuerzo por llegar al cielo o entrar en la tierra prometida (Ver. 6). Es posible aceptar el reposo en un nivel pero no en otro.

Hay muchos que han aceptado el reposo de Dios en términos de su esperanza de vida eterna y confían en que Cristo terminará la obra en su favor. Pero al mismo tiempo es posible seguir batallando y luchando para vivir la vida cristiana. Podemos darnos cuenta que aunque el pago inicial es gratuito, los pagos mensuales nos aniquilarán, y podemos empezar a pensar que después de todo el don de la salvación resulta caro.

Pero hoy deseo invitarlo a que entre en el reposo de Dios, a que deje sus propios esfuerzos por obedecer y tratar de obtener el triunfo. Si continuamos buscando la relación personal con Dios, él nos conducirá al reposo que está simbolizado por el descanso del sábado.

CÓMO OBEDECER

Trataré de explicar este punto en los términos más sencillos posibles. Si uno entra en relación con el Señor Jesucristo y sigue esa relación con él desde ahora, hasta que él regrese, él hará el resto. Esta es la sencilla respuesta a la pregunta de cómo obedecer. En Filipenses 1:6, dice que “el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” Tanto el perdón, como la salvación y la obediencia, son dones que se pueden recibir mediante una relación constante y una comunión diaria con el Dador por excelencia.

Solo el cristiano consagrado podrá comprender y experimentar lo que realmente es la obediencia. No se trata de una modificación de conducta para ayudarse uno mismo, ni del enfoque del pensamiento positivo que facilita cambios exteriores a los que tienen suficiente fuerza de voluntad para lograrlos. La obediencia por medio de la fe, viene únicamente del corazón y sólo la experimentará el que mantenga una comunicación diaria con Jesucristo.

Podemos elegir mantener esta relación con Dios día tras día, y el resultado de conocer a Jesús será la obediencia que sólo se produce por medio de la fe. Es una buena noticia lo que Dios quiere hacer en nosotros y por nuestro medio para glorificar su nombre ante el mundo y ante el universo.

El crecimiento cristiano. Desde recién nacido hasta cristiano maduro. ¿Cómo puede suceder?

La gran división: Los que conocen a Dios y los que no lo conocen.

QUINTO DÍA

Estábamos recién casados y yo estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por complacer a mi esposa. Dediqué mucho tiempo y esfuerzo tratando de hacer las cosas que a ella le gustaban. Hasta empecé a ayudarle en las cosas de la casa. Pero al encerar el piso, usé una cera equivocada y me demoré mucho tiempo en quitarla. Traté de lavar la loza y rompí algunos platos que eran regalos de bodas. Hasta traté de planchar la ropa y le hice un hueco a su vestido favorito. Una vez preparando el desayuno, puse la tostadora a la temperatura más elevada que no sólo quemé el pan, sino los elementos de la tostadora. Tuve que dedicar el resto del tiempo que me quedaba para desayunar a raspar el hollín de la tostadora y del lavadero. Traté de pegar unos botones y cosí el frente de su blusa con la parte de atrás.

Ella trataba de conversarme. Buscaba tiempo para comunicarse conmigo. Pero yo tenía mil cosas que atender. Raspar la tostadora, repararla y también quitar la cera del piso. Por lo que no tenía ni tiempo de hablar ni de estar con ella.

Me imagino que se habrán dado cuenta que esta es una parábola. Sin embargo es posible verse tan involucrados tratando de hacer cosas para agradar a alguien, que nos olvidamos que lo que más le agrada a esa persona es que podamos pasar tiempo con ella. Y nuestros esfuerzos por agradar terminarán en desastre si tratamos de hacer lo que somos incapaces de hacer.

Sí, cuan a menudo en nuestra relación con Jesús nos encontramos en la misma situación de los gálatas, a quienes el apóstol Pablo escribió: “¿Tan estúpidos son ustedes, que habiendo comenzado con el Espíritu quieren ahora terminar con esfuerzos puramente humanos?” (Gálatas 3:3, V.P.). ¡Cuan fácil es para el cristiano deslizarse hacia un enfoque legalista del cristianismo y descubrir en la práctica, si no en teoría, que la comunión con Cristo se rezaga de nuevo mientras luchamos por hacer lo correcto, tratando otra vez de salvarnos por nosotros mismos!

Pablo tuvo que recordar repetidamente a los primeros cristianos que la obra que Dios había empezado en sus vidas, la llevaría hasta el final (Fil. 1:6). El les dijo: “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él” (Col. 2:6). “Mas el justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agradará mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma” (Heb. 10:38, 39). “Puestos los ojos en Jesús, el autor y *consumador* de la fe” (Heb. 12:2).

Nunca es suficiente empezar sencillamente una relación con Cristo. No es suficiente aceptar una vez su gracia perdonadora. Sin una constante relación con él, la aceptación inicial de Cristo nunca será suficiente para la salvación. El matrimonio es mucho más que decir simplemente “prometo”. Casarse es importante, pero seguir casados es igualmente importante. Consideremos algunos ejemplos del principio de relación constante como los declaró Jesús con sus propias palabras: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios” (Lucas 9:62). “Y por haberse multiplicado la maldad, el amor de muchos se enfriará. Mas el que persevere hasta el fin, éste será salvo” (Mateo 24:12,13). “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos” (Juan 8:31).

Pero regresemos de nuevo a Juan 15 para la exposición más completa de la necesidad de tener una relación constante con Jesús, dedicando tiempo con él en la viña.

PERMANEZCAMOS EN LA VIÑA

Jesús dijo: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador. Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará; y todo aquel que lleva fruto, lo limpiaré, para que lleve más fruto. Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer” (Vers. 1-5).

En esta analogía vemos primero que la viña es Jesús. Él dice “Yo soy la vid *verdadera*”. En la analogía del Antiguo Testamento se suponía que Israel había sido la viña; pero ellos comprobaron ser una viña que no llevaba frutos, y por eso aquí hay una nueva aplicación, una nueva interpretación de la viña, mediante las palabras de Jesús en este capítulo. Se suponía que Israel fuera el pueblo de Dios, pero uno de sus problemas era que se sentían seguros por su conexión con la nación de Israel. La analogía moderna sería los que piensan que la viña es la iglesia y los que piensan que mientras sus nombres estén escritos en los libros de la iglesia, estarán seguros de la vida eterna. Pero Jesús dijo: “Yo soy la Vid verdadera”. Él se refiere aquí a una relación, conexión y comunión con él, no al hecho de pertenecer a alguna iglesia organizada.

Estas palabras de Juan 15 fueron dichas por Jesús precisamente antes de la experiencia del aposento alto. Jesús y sus discípulos estaban en camino al jardín del Getsemaní. Aparentemente pasaron cerca de un viñedo mientras caminaban. Jesús señaló a los racimos de uvas visibles a la luz de la luna, y los usó para enseñar a sus discípulos por medio de esta parábola.

¿Ha visto alguna vez un viñedo de cerca? ¿Le pareció hermoso? No me refiero en el verano, cuando las ramas están llenas de follaje, sino en el invierno cuando no se ven más que las ramas peladas, ¡No es hermoso! Parecen raíces secas que salen de la tierra. Son de color marrón, llenas de nudos y torcidas, parece como si estuvieran secas. Esto nos recuerda a Aquel de quien se dijo: “Subirá cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca” (Isa. 53:2). La belleza de Jesús era más bien interna que externa. El versículo 2 dice también que “lo veremos, mas sin atractivo para que le deseemos”. Su belleza viene desde adentro, y por su conexión con su Padre, que es el Labrador de la parábola.

Es evidente que nosotros somos las ramas del relato, y es asombroso descubrir que las ramas muchas veces son más hermosas que la vid con sus hojas verdes en la primavera y en el verano y con sus brillantes colores en el otoño. Y lo que se transmite de la viña a las ramas resulta en una belleza que aparentemente el mismo Jesús está listo a conceder a sus seguidores, mientras él queda en segundo plano.

DOS CLASES DE RAMAS

Notemos que en la parábola de Juan 15 hay dos clases de ramas: Dos diferentes tipos que están en la viña. Versículo 2: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitaré”. ¿Quiere decir que es posible que haya una rama en él que no lleve fruto? Esto es lo que dice. No dice cualquier rama que pretenda ser una rama verdadera o cada rama que esté conectada a la iglesia; lo que dice es “todo pámpano...” (rama).

De modo que es posible estar en relación con él y no llevar fruto, por lo menos por un corto tiempo. Quizás Judas fue un ejemplo de esto. Es evidente que él no llevaba fruto y fue quitado. Aparentemente Judas nunca estuvo completamente rendido a Cristo, sin embargo, tuvo el privilegio, junto con los otros once, de echar fuera demonios, de sanar enfermos y resucitar muertos mediante el poder de Cristo. Es posible que una

persona se convierta en cristiana, esté realmente convertida, esté en la Viña, con Cristo, pero no esté en relación con él, no lleve fruto y sea quitada. La palabra clave es permanecer en él. No es suficiente haberse unido a Cristo inicialmente; debemos permanecer en él con el fin de llevar frutos. Esta parábola demuestra además que la doctrina “una vez salvados, quedamos salvados para siempre” es falsa. Por lo tanto es posible que una rama pueda cortarse.

Estar unido a la Viña, o sea a Cristo Jesús, es un principio, solamente un principio. Del mismo modo es importante permanecer en él. ¿Qué significa permanecer? Si estudiamos el significado de la palabra en las Escrituras, descubriremos que su verdadero significado es “estar”. Cuando Jesús se acercaba a Emaús con los dos discípulos el día de la resurrección, lo invitaron a quedarse con ellos, a estar con ellos. En el relato de Zaqueo, Jesús dijo: “Hoy es necesario que pose yo en tu casa”, “hoy tengo que quedarme en tu casa” (V.P.).

Permanecer en la vid no es algo que sucede en forma automática. La unión con la Vid, o sea con Cristo, tiene que mantenerse. Esta parábola presenta una gran percepción en lo que al poder divino y al esfuerzo humano en la vida cristiana se refiere. Esta es la forma en que Jesús presentó la manera de usar la voluntad y el poder de la voluntad en la vida cristiana en desarrollo. Tenemos que estar en él y él en nosotros. Ninguna rama producirá fruto si sólo está conectada a la Vid de vez en cuando. La conexión debe ser constante. La rama debe permanecer en la Vid.

La Vid da uvas porque es vid, no da uvas para ser vid. La rama robusta dará frutos robustos en forma natural y espontánea. Si tenemos una vid saludable y ramas saludables conectadas a esa vid, tendremos frutos. Si no queremos frutos de una rama, podemos separarla de la vid, y no tendremos que hacer nada más para impedir que lleve fruto. El fruto es una de las cosas más espontáneas que sucede con una vid y sus ramas. Si queremos uvas, no trataremos de que se produzcan apartadas de la vid. Algunos lo han intentado. Han hecho uvas de plástico, y algunas de esas uvas de ese material tienen muy bonita apariencia, pero si alguna vez trata de morder una, sufrirá un chasco.

¿QUÉ SON LAS UVAS?

¿Qué representan las uvas? En Filipenses 1:11, dice: “Llenos de frutos de justicia que son por medio de Jesucristo, para gloria y alabanza de Dios”. Notemos primero que nada que los frutos son frutos de justicia; en segundo lugar, son por medio de Jesucristo; y tercero, son para la gloria y alabanza de Dios. Y por supuesto, en Gálatas 5:22, 23 dice que los frutos del Espíritu son amor, gozo, paz, tolerancia, etc.

De modo que el fruto es justicia —y la justicia es espontánea para la rama que está conectada con la Vid Verdadera. Esto quiere decir que el cristiano no lucha con todas sus fuerzas para producir justicia. Jamás se le ha pedido tal cosa. Cristo no dice que debemos esforzarnos para obtener frutos, sino nos invita a permanecer en él. De modo que el esfuerzo deliberado en la vida cristiana debe ser siempre y únicamente para mantener compañerismo con Jesús, o sea permanecer en la Vid. Nunca para producir frutos de justicia. Porque cuando permanecemos conectados con la Vid, los frutos vendrán por sí solos.

Cristo pone fin al esfuerzo por tratar de producir frutos separados de la Vid. Cuando vemos nuestra condición, cuando vemos nuestro fracaso total al tratar de producir frutos verdaderos separados de él, llegamos a admitir, como Pablo, que queremos hacer el bien, pero no podemos (Rom. 7:18). Y no lo lograremos hasta no descubrir lo que realmente significa estar conectado con la Vid. Sólo entonces comprenderemos la necesidad y el privilegio de permanecer en él.

“SIN MÍ NADA PODÉIS HACER”

Algunos le temen a la religión que no hace nada. Pero las palabras de Juan 15:5 salieron directamente de los labios de Jesús. Notemos la ligera diferencia de énfasis en la primera frase: “Yo soy la Vid, vosotros los pámpanos”. Yo soy la Vid. Ustedes no son la vid. Ustedes son las ramas. Y “separados de mí nada podéis hacer”. Notemos que aunque esta declaración es negativa, también se puede hacer positiva, tal como dice en Filipenses 4:13: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece”. Junto a él podemos lograr todas las cosas.

Tan maravillosa es la salvación en el cielo, y tan cierta es nuestra seguridad de vida eterna, como lo es la verdad que Jesús puede cumplir su propósito de vivir su vida en nosotros cuando nos sometemos a él. Y entonces él producirá mucho fruto. Hay esperanza de cosecha, de producto, de resultados en la viña del Señor. Dios mismo está interesado en los frutos. El mismo está ansioso de ver los resultados, de ver la cosecha. El es el Labrador, el gran Jardinero, y un jardinero espera resultados.

No hace mucho comentaba con uno de mis vecinos acerca de la obra terminada de Cristo en la cruz y de cómo nuestra salvación y nuestra vida eterna están aseguradas por el sacrificio de Jesús. Entonces él me preguntó: “¿Cuál es entonces el propósito de la santificación? ¿Qué propósito tiene vivir la vida cristiana?”

Veamos, ¿cuál es el propósito del fruto? Es para “la gloria y la honra de Dios”. En Mateo 5:16 dice: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos”. De modo que ¿cuál es el propósito del fruto? Glorificar y honrar a Dios, y revelar así su amor por los demás. Tenemos la esperanza de una cosecha, los frutos de la viña, para la gloria de Dios, basándonos en las mismas enseñanzas de Jesús.

¿CÓMO PERMANECER EN CRISTO?

¿Cómo permanecemos en la Vid? ¿Cómo podemos permanecer en esta íntima relación con Jesús? Una vez que hayamos agotado nuestros propios recursos, una vez que hayamos comprendido nuestra propia incapacidad de producir frutos separados de Dios, una vez que reconozcamos que sin él no podemos hacer nada, ¿qué debemos hacer? ¿Qué significa permanecer en Cristo, estar en él y tener a Cristo en uno? (Col. 1:27.) Es evidente que se trata de una relación muy estrecha. Precisamente a esto se refiere. Lo que Jesús está tratando de decirnos es: “Permaneced en la misma relación que empezó cuando me aceptasteis por primera vez como vuestra única esperanza. Mantened esta relación conmigo”.

Procuremos no caer en la trampa de la cual hablamos antes, pensando que la forma de mantener una relación con alguien es tratando de hacer cosas que agraden a esa persona, es decir de comprar su amor con nuestras obras. Es la relación la que produce las obras, no son las obras las que producen la relación. Esta no es la forma de mantener una relación estrecha con otra persona.

En primer lugar, aceptamos a Jesús y llegamos a conectarnos con la Vid, no tratando de producir obras para hacernos valiosos, sino aceptando el poderoso don de su gracia. Pero no lleguemos tampoco a la conclusión de que aceptar su gracia no implica ningún esfuerzo, porque la mayoría de los pecadores han descubierto que se necesitan esfuerzos diligentes para renunciar a uno mismo y acudir a Cristo. Pero se trata de una clase de labor diferente a la de luchar por obtener la justicia y la aceptación de Dios. El esfuerzo implicado consiste en admitir, cada día de nuestra vida, que nada podemos hacer sino ir a Cristo y aceptar su gracia.

¿Ha descubierto alguna vez que ir a Cristo diariamente requiere un gran esfuerzo? Muchas veces es así. Usted tendrá que admitir que Pablo usó un lenguaje correcto

cuando expresó que debemos pelear “la buena batalla de la fe” (1 Tim. 6:12). No resulta siempre fácil mantener una esquinita del día reservada para una comunión íntima con Dios. No siempre resulta natural mantenernos conectados con él durante todo el día. A veces se requiere un esfuerzo verdadero.

En Juan 15 se nos dice hacia dónde debemos dirigir nuestros esfuerzos. El nunca nos pide que tratemos de producir frutos, él nos pide que permanezcamos en él. Y si elegimos permanecer en él, nada tenemos que ver con los frutos: Ellos serán el resultado natural y espontáneo de esa relación.

En primer lugar, aceptamos a Jesús por fe en él como nuestro Salvador personal. Así es como se forma la unión con la Vid. Así es como continúa esta unión. Es de suma importancia comprender que Jesús no deja la responsabilidad de obrar o dar frutos en nuestras manos. Si bien es cierto que debemos llevar frutos, también es cierto que esto se logra únicamente por la fe en él. “Porque sin mí, nada podéis hacer” La rama no puede llevar fruto por sí sola, a menos que permanezca en la vid. Pero si permanece en la Vid, llevará mucho fruto. El fruto es el resultado natural de permanecer en Cristo.

PERO REQUIERE TIEMPO

Ahora bien, en esta analogía de Jesús y la viña hay algo más que no podemos pasar por alto. Se trata de los frutos que no crecen de la noche a la mañana. La idea de la vid, las ramas y la viña demuestra que hay crecimiento y progreso. Las cosas suceden poco a poco, no todas a la vez. No hay ninguna viña en condiciones de tener una cosecha perpetua. Producir frutos lleva tiempo.

Quizás usted, amigo lector no esté familiarizado con el trabajo en los viñedos, pero casi todos hemos tratado de trasplantar alguna planta. Vayamos por unos instantes al jardín, en lugar de ir a la viña, para notar este principio del crecimiento. Un día mi esposa compró una planta y la trajo a la casa. Durante algún tiempo estuvo bien en la maceta, pero cierto día empezó a brotar fuera de la maceta. Necesitaba ser trasplantada. Busqué un lugar al azar, y sin pedir consejo, pasé la planta allí.

Como resultado de haberla trasplantado en un lugar equivocado, tuve que sacarla y trasplantarla de nuevo. Y ese lugar no me gustaba, así que la pasé a otro lugar de nuevo. ¡La planta se cansó un poquito! Cuando las raíces empezaron a enredarse y a fusionarse en el terreno, vino otra vez este jardinero y la volvió a escarbar. La planta no tenía buena apariencia; el otro día noté que se le estaban cayendo las hojas.

De modo que cuando estudiemos la parábola de la viña, llegaremos a la conclusión de que aun cuando las ramas estén conectadas con la vid, el proceso del crecimiento continúa. Es curioso, porque la mayoría de nosotros nos damos cuenta que aunque hemos elegido permanecer en Cristo, nuestra inmadurez se expone con frecuencia, y dolorosamente nos enteramos que su obra en nosotros todavía no ha terminado.

También notamos que no es la conexión a intervalos o la dependencia parcial de la vid lo que capacita a la rama para llevar frutos. No es el plan de Dios que confiemos parcialmente en él y parcialmente en nosotros mismos.

Recordemos el antiguo relato del hombre que iba junto al camino con una carga en la espalda. Pasó otro hombre con un carretón y un caballo. El caballo parecía viejo y enfermo, el carretón era un poco pequeño, y cuando el hombre con la carga en la espalda fue invitado a subir al carretón, subió y siguió cargando el bulto en la espalda. ¡Sin duda creyó que no era justo cargar al cochero y al caballo también con su bulto!

Se cuenta de otro hombre que subió a una pequeña embarcación para un viaje de cuatro días en un río. Compró el boleto, pero se quedó sin un centavo. No tenía con qué pagar la comida en el bote, de modo que había llevado unas galletas y queso para comer en el viaje. Cuando llegaba la hora de comer y el resto de los pasajeros iban al comedor,

él se escondía detrás de una chimenea para comer las galletas y el queso. Después de un par de días, las galletas y el queso empezaron a enmohecerse, y pensó que se iba a morir de hambre. Alguien lo descubrió en su escondite y le preguntó: “¿Qué le pasa señor? Cuando usted compró el pasaje también compró la comida. Venga y únase a los demás para comer”.

Nosotros aceptamos la gracia de Dios y decimos, “¡es maravillosa! El ha hecho provisión para que nos salvemos y vivamos eternamente en los cielos. Pero yo debo llevar mi propia carga”. Y cambiamos la carga del pecado por la carga de la santidad al tratar de producir fruto con nuestras propias fuerzas. Jesús nos ha invitado a la cena de las bodas del Cordero, para participar con él, pero creemos que debemos llevar nuestra propia comida. Aceptamos su poderoso Evangelio como un don y nos sentimos conmovidos, pero la emoción desaparece porque fallamos y no nos damos cuenta que para andar y tener compañerismo con él, tenemos que hacerlo usando el mismo método que usamos cuando acudimos a él por primera vez: la fe. Vivimos tratando de añadirle algo, de modo que el proceso de permitirle a él que lleve nuestras cargas, nuestros pecados, nuestros fracasos, se convierte en algo tan doloroso. No permitimos que él nos conceda poder para obedecer, ese poder del cual tan tristemente carecemos. No comprendemos que él quiere darnos los dones del triunfo y la victoria.

JESÚS, NUESTRO EJEMPLO

Hay otra lección que podemos aprender de la parábola de la viña, y es que Jesús es nuestro ejemplo en cuanto a permanecer unidos a la vid. ¿Sabían ustedes que las vides necesitan apoyo? Ellas no se sujetan solas, tienen que estar sostenidas por enrejados u otros mecanismos. Jesús dijo que él era la Vid, y su apoyo provenía de su Padre, que era el Labrador. En su vida en la tierra, Jesús llegó a ser el ejemplo más notable en lo que apoyarse se refiere, y en su dependencia de Dios mediante su relación y comunión con él. En las Escrituras leemos que él se levantaba muy temprano y se ponía en contacto con su Padre en algún lugar rodeado de la naturaleza. Y con frecuencia pasaba noches enteras en oración.

La idea de pasar una noche entera en oración puede parecer muy rara. Pero Jesús no nos exige tal cosa. Tampoco se lo pidió a los discípulos. Pero, ¿cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que usted dedicó quince minutos o media hora a responder a la amante invitación de Jesús de permanecer en él mediante un compañerismo personal?

Veamos a los dos hombres que iban en camino a Emaús (Luc. 24). Se les une un Forastero. Los corazones de estos dos hombres ardían en sus pechos mientras el Forastero les hablaba durante el camino. Ya era tarde cuando llegaron a su casa, de modo que pidieron al Forastero que se quedara con ellos. “Se hace tarde. Quédate con nosotros”. Ellos respondieron a Jesús aun antes de darse cuenta de quién era.

Queridos amigos, ¡se está haciendo tarde! Las señales nos dicen que se está haciendo muy tarde. Se está oscureciendo afuera. Siempre ha estado oscuro afuera, pero ahora se está poniendo aún más oscuro. Los invito a unirse a estos dos discípulos para invitar a Jesús a quedar con nosotros. ¿Nos uniremos a ellos y diremos: “entra y quédate con nosotros”?

SE ACERCA LA COSECHA

A medida que seguimos permaneciendo en Cristo, continuamos permitiéndole que obre en nuestras vidas, seguimos buscando su compañerismo y comunicándonos con él, podemos contemplar llenos de gozo la llegada de la cosecha en el futuro. Esta llegará a nuestras vidas mientras permanezcamos en él. Mientras su obra siga en nosotros, los frutos del Espíritu irán desarrollándose hasta alcanzar la madurez.

Tengo un amigo que tiene una niñita de unos 3 6 4 años de edad. Mi amigo tiene que viajar mucho. Un día cuando regresaba de un viaje, al llegar a su casa, la niñita, que no lo había visto durante varios días, se le acercó corriendo y le dijo: “Papito, mira, ¡ya puedo escribir!” Y le mostró una libreta con toda clase de borrones y manchas. ¡Completamente sucia!

Como cualquier otro buen papá, él dijo: “Ya veo que aprendiste a escribir. ¡Qué bueno! ¡Me alegro!”

El habló con tanto énfasis, que los ojos de la niña se agrandaron, y muy sorprendida le dijo: “¿Qué dice aquí papito?”

El se ruborizó. No sabía qué decir. Dudó por unos momentos y luego algo se le ocurrió. Sintiendo inspirado le dijo: “Te diré lo que dice aquí. Dice que eres una niñita que realmente desea aprender a escribir. Que te estás esforzando mucho por aprender a escribir. También dice que eres una niñita que está creciendo y que un día podrá escribir muy bonito”.

Ella lo miró y le dijo: “¿Es verdad que aquí dice todo eso, papito?”.

“Sí”.

Personalmente luchó como un cristiano en desarrollo, y produzco mi obediencia, que no es del todo una obediencia verdadera. Está llena de borrones y manchas. La llevo a Dios y le digo: “¡Mira, ya puedo obedecer!”

Y él, siendo mi Padre celestial me dice: “¿Sabes lo que me dicen tus esfuerzos? Me dicen que eres un verdadero cristiano y que te preocupas por ello. Me dicen que estás creciendo y que un día llegarás a serlo de veras”.

De modo que podemos esperar al tiempo de la madurez y la cosecha en nuestras propias vidas y también podemos esperar al tiempo de la cosecha del mundo entero. Dios puede terminar lo que ha empezado en nuestras vidas. Mientras permanezcamos con él, no tenemos nada que temer. En la actualidad hay millones de personas que creen en la segunda venida de Cristo. Hubo un tiempo cuando los que predicaban la segunda venida de Jesús eran acusados de vaticinadores de calamidades y profetas del mal. Pero hoy hasta los científicos y los estadistas que analizan los sucesos mundiales están prediciendo el desastre. Hasta los líderes seculares creen que este mundo está llegando rápidamente a su fin, y que no tienen poder para evitarlo.

Hace algunos años mi padre y mi tío estaban dictando una serie de conferencias en cierta ciudad. Mi tío apenas había empezado a predicar una noche acerca del fin del mundo y de la segunda venida de Cristo, cuando un hombre saltó y acercándose al frente, empezó a gritar al público: “No crean lo que estos hermanos Venden están diciendo. No son nada más que un par de vaticinadores de desgracias que han venido a esta ciudad a engañarnos. Hablan del fin del mundo y eso nunca va a suceder. Las cosas seguirán tal como están y como siempre han sido”. Y volviéndose a mi tío le dijo: “Usted no puede presentarme una sola prueba de que esto va a suceder”.

Entonces mi tío le contestó: “Por supuesto que sí. ¡Usted es una de las últimas pruebas que he visto!”.

El hombre dijo: “¿Qué quiere usted decir?”

Y mi tío, buscando en las páginas de su Biblia, leyó 2 Pedro 3:3, 4: “Sabido primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo, ¿dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día en que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación”.

Y el hombre se hundió en su asiento. ¡Sucesos emocionantes tuvieron lugar ante aquellas circunstancias! El Señor dio la cita correcta en el momento preciso.

Dios no empieza cosas para dejarlas sin terminar. Cuando él comienza algo, sigue hasta el fin. Aun Jesús cuando dejó la tumba la mañana de la resurrección, tomó el tiempo necesario para doblar los lienzos y el sudario y colocarlos cuidadosamente en su lugar. Ya no los necesitaba. No los necesitaría más. Y ¡con cuánta más precisión terminará con toda seguridad su gran plan de redención y restauración! Él ha hecho provisión para compensarnos con creces por haber nacido en este mundo de pecado. ¿No es motivo para sentirse más que agradecidos porque él puede terminar su plan de salvación, llevándolo hasta el fin, que es sólo el comienzo de la eternidad? ¡Nada lo podrá detener!

LA SEGUNDA VENIDA: ¿BUENAS O MALAS NOTICIAS?

¿Cómo reaccionamos cuando leemos, escuchamos o pensamos en la segunda venida de Cristo? ¿Nos parecen buenas o malas noticias? ¿Nos emocionamos? ¿O sentimos temor? La pregunta crucial es esta: “¿estamos listos?” O quizás pensemos: “bueno, estoy muy lejos de eso. Creo que nunca lo podré lograr. No hay oportunidad para mí”. Cierta vez le pregunté a un joven qué sería lo primero que le gustaría hacer cuando llegara al cielo. El respondió: “¡Si llego al cielo estaré tan sorprendido que no sabré qué hacer!”

Por eso quisiera mencionar un texto que nos da esperanza a todos, porque nos dice cómo podemos alistarnos para la venida de Cristo. Se trata de Efesios 2:13 que dice: “Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo” ¿Nos sentimos alejados? Es mediante la sangre de Cristo, su expiación y sacrificio en la cruz que hemos sido acercados. Y estas son en verdad buenas noticias para nosotros, ¿no les parece? La salvación no es algo que podemos ganar; es algo que recibimos como un don. Y podemos recibirlo nuevo cada día.

¿Estamos ya salvados? ¿Podemos saber si estamos salvados ahora mismo? Bueno, según a lo que nos estemos refiriendo. Hay tres palabras en griego que definen la palabra salvación. Una se relaciona con el hecho de si hemos aceptado la muerte de Cristo por toda la humanidad. La otra, si estamos en la actualidad manteniendo una relación salvadora con Jesús. Y la tercera, si en algún momento del futuro seremos salvados.

Deseo preguntar: ¿Hemos aceptado la muerte de Cristo por toda la humanidad? Si así es, estamos salvados en ese sentido. ¿Estamos en la actualidad manteniendo una relación salvadora con Jesús? ¿Conversamos diariamente con él? ¿Dedicamos tiempo a pasarlo personalmente con Jesús? Cada uno sabrá la respuesta a estas preguntas. Y no tenemos que preocuparnos si seremos o no salvados en el futuro. No podemos predecir lo que entretanto decidiremos, pero podemos saber que hoy somos salvos. Y podemos continuar eligiendo seguir a Dios cada día. Eso es todo. ¿Hemos aceptado hoy a Cristo y su sangre, que nos acerca al cielo? Podemos escoger hacerlo.

Y al continuar haciendo esa decisión, podremos con gozo mirar hacia adelante la terminación del pecado, cuando Jesús venga otra vez por su pueblo.

CONOCER A DIOS = VIDA ETERNA

Jesús dijo en Juan 17:3: “Y esta es la vida eterna; que te conozcan a ti, el único Dios verdadero”. La vida cristiana se basa enteramente en el conocimiento de Dios. Este es el medio por el cual aceptamos su salvación, su perdón, su poder. Y al final, lo crucial es si conocemos o no a Dios. Veamos cómo sucede esto.

Cuando Jesús regrese, habrá dos grupos de personas, las cuales se las llama de diversas formas: los buenos y los malos, los justos y los malvados, ovejas y cabritos,

justos e injustos, trigo y cizaña, prudentes y fatuos, calientes y fríos, etc. Pero sólo habrá dos grupos cuando Jesús venga.

En el Primer Día estudiamos la historia de una boda registrada en Mateo 25. Había cinco vírgenes fatuas y cinco prudentes. Y Jesús nos dio una idea de lo que determina la diferencia entre los dos grupos. Cuando las vírgenes fatuas llegaron a la fiesta de bodas y trataron de entrar, la respuesta que recibieron fue: “No os conozco”. En Mateo 7, se describe la misma división. Versículos 22, 23: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”.

De aquí podemos deducir que habrá solamente dos clases de personas al fin del mundo: los que conocen a Dios y los que no lo conocen. No hay otra alternativa.

Pero agreguemos a esto otro texto que se encuentra en Apocalipsis 3. Los primeros tres capítulos de este libro relatan acerca de las siete iglesias. A partir del versículo 13 del capítulo 3 se describe la última de estas siete iglesias en la historia de ellas hasta poco antes de la venida de Cristo. Laodicea es el nombre de la última iglesia. “El que tiene oído, oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias. Y escribe al ángel de la iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios”. ¿A quién se refiere? A Jesús.

No olvidemos que Apocalipsis es el libro exclusivo de Jesús. Los Evangelios fueron escritos acerca de Jesús, pero no son libros exclusivamente de Jesús. Apocalipsis es el único libro que empieza diciendo: “La revelación de Jesucristo, que Dios le dio... enviándola... a su siervo Juan”. De todos los libros de la Biblia, Apocalipsis es el libro exclusivamente de Jesús, de modo que debiera ser de gran importancia para los que nos interesamos en Jesús.

Luego viene la descripción de la iglesia conocida como Laodicea. Versículo 15: “Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!” ¡Un momento! Esta es una declaración sorprendente. ¿Será que Dios prefiere que las personas sean frías y no tibias? Es precisamente lo que dice. Versículo 16: “Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca”. ¡Esta es otra forma de decir que las personas tibias desagradan a Dios! “Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Ver. 17). De modo que esta es la descripción de Laodicea, la iglesia tibia.

¿QUÉ ES TIBIEZA?

Veamos. Si Laodicea se conoce por su tibieza, ¿qué porcentaje pensamos que hay de tibios? Si se la conoce como una iglesia tibia, es lógico pensar que la mayoría tiene que ser tibia, ¿no es cierto? Cuando decimos que los Estados Unidos es una nación democrática, ¿qué es lo que queremos decir con esto? Que la mayoría de las personas en el país creen en un gobierno democrático. De modo que por lo menos el 51 por ciento de los que forman Laodicea serán tibios, ¿no es cierto? Por eso es que esta declaración es bastante fuerte. Quiere decir que la iglesia tendrá a muchos miembros tibios hasta poco antes de la venida de Jesús.

Si la mayoría de los miembros de la iglesia son tibios, es de esperar que algunos maestros sean tibios también, ¿no es cierto? De igual forma habrá algunos pastores, dirigentes y administradores tibios. Es decir que los tibios se inclinarán a nombrar como dirigentes a personas de su misma clase ¿no es cierto? La tibieza predomina en todas partes, porque la mayoría del pueblo de Laodicea es tibio.

Esto nos conduce a otra pregunta. ¿Qué es la tibieza? ¿Qué hace que una persona sea tibia? A veces uso una antigua ilustración que se relaciona con el lavadero de la cocina, una pequeña lección en economía doméstica. El lavadero tiene una sola salida de agua, con una llave a la izquierda para el agua caliente y la otra a la derecha para el agua fría. Si queremos agua tibia, ¿qué hacemos? Abrimos las llaves a partes iguales con agua caliente y fría y obtenemos agua tibia.

Quizás la ilustración no ayude mucho, porque sería ridículo pensar que una persona de Laodicea sea fría en todo el lado derecho y caliente en todo el lado izquierdo. Pero esto nos da una clave de que la tibieza es de alguna forma una combinación o mezcla de caliente y frío.

Si dejamos que la Escritura se interprete a sí misma, descubriremos lo que hace tibia a una persona. Leamos en Mateo 23, donde Jesús dejó bien claro que el problema de la gente en los días en que él estuvo en esta tierra, era que eran calientes de afuera y fríos por dentro: "...sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera, a la verdad, se muestran hermosos, mas por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia".

En otras palabras, están podridos por dentro. Este era un lenguaje fuerte, ¿no es cierto? Jesús llegó hasta a llamarlos en Mateo 23 "serpientes, generación de víboras" (Ver. 33). ¡Pero había lágrimas en sus ojos cuando lo dijo!

En el mismo capítulo dijo también: "¡Fariseo ciego! ¡Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de afuera sea limpio!" Si lo de adentro está limpio, también estará lo de afuera. Sin embargo, es posible que lo de afuera luzca bien y lo de adentro esté podrido. Una persona puede parecer buena en su exterior, actuar correcta y justamente, conducirse en forma sencilla y moral, practicar especialmente una moralidad que tiene que ver con el exterior, con la contemporización externa de las leyes y reglamentos. La persona moral sigue las costumbres de la sociedad en el exterior, pero en su interior puede ser exactamente lo opuesto. De modo que la persona tibia es la que hace todo bien, pero sus motivos son equivocados.

La condición de la mayoría de personas en la iglesia, hasta poco antes que Jesús venga, será externista. Es decir que tratan de hacer lo que es correcto en su exterior, tratan de obtener la justicia por medio de las obras. No conocen a Dios, sin embargo, tratan de vivir como hijos suyos. Lo peor del caso es que Laodicea no se da cuenta de su condición. Es desventurada, pobre, ciega, miserable y desnuda e ignora completamente su triste estado.

Pero cuando Jesús venga de nuevo, ¿cuántos grupos de personas habrá? Ya hemos dicho que habrá solamente dos grupos de personas cuando Cristo vuelva. ¿Quiénes serán? Los fríos y los calientes. Cuando Jesús regrese de nuevo, trayendo su recompensa con él, habrá sólo dos grupos de personas. No habrá recompensas tibias para los tibios. Ni tampoco un lago de fuego tibio para los tibios. Ni habrá un cielo tibio para los tibios.

De modo que si hay solamente dos grupos de personas cuando Jesús venga, la próxima pregunta sería, ¿qué pasará con el gran grupo de personas tibias? Desaparecerán. ¿Adonde habrán ido? O bien se habrán convertido en calientes o bien en fríos. Eso significa que desde el tiempo de Laodicea, la última de las siete iglesias de Apocalipsis, hasta el tiempo de la venida de Jesús, habrá un intermedio en que la gente se unirá a un grupo o al otro. Se efectuará una polarización y nadie se quedará tibio.

SEÑALES DE LA VENIDA DE CRISTO

El motivo por el que me interesa este tema es porque creo que la polarización ha estado sucediendo ya durante varios años y que cada día se hará más pronunciada.

Pienso que esta es la principal señal de que la venida de Cristo está a las puertas. La evidencia es que inmediatamente antes de que Jesús venga, la gente se dividirá en dos grupos, y solamente dos: los calientes y los fríos.

Con esta idea en mente, leamos Apocalipsis 3:18, 19. Aquí está el consejo al pueblo que vive en Laodicea y que es tibio. “Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro afinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas. Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé pues celoso, y arrepíentete”.

Dividamos este mensaje a los tibios en dos partes, para poder entenderlo mejor. La primera parte está en los versículos 15-17. Es la amonestación a Laodicea. “Yo conozco tus obras; no eres ni frío ni caliente. Quisiera que fueras frío o caliente. Pero tú dices, yo estoy enriquecido, no tengo necesidad de nada, y no te das cuenta que eres un desventurado y miserable y pobre y ciego y desnudo”. Esta es la amonestación a Laodicea.

Pero hay algo hermoso en cuanto a la paciencia de Dios para con su iglesia. Es bueno saber que hasta Laodicea, una comunidad tibia, todavía la reclama como su iglesia. El debe ser demasiado paciente. Pero Dios no amonesta a nadie sin antes brindarle su ayuda. Por eso la segunda parte del mensaje a estos laodicenses es un consejo, “... te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte... y unge tus ojos con colirio para que veas”.

De manera que la segunda parte en el versículo 18, es el consejo a los laodicenses. La primera parte es la amonestación y la segunda es el consejo.

Estudemos por un minuto lo que es el consejo. Los que han estudiado los símbolos del Apocalipsis nos dicen que el oro representa la fe y el amor. Y la vestidura blanca, ¿cuál es? Es la justicia de Cristo. Y el colirio indica discernimiento espiritual, que viene mediante el Espíritu Santo. De modo que el consejo a los tibios de Laodicea es que ellos necesitan la justicia de Cristo por la fe, que produce amor y que se puede adquirir mediante el Espíritu Santo. El consejo a los laodicenses es que necesitan la justicia de Cristo por la fe, y que la fe viene sólo mediante una relación diaria y personal con Jesús.

EL RESULTADO DEL CONSEJO

¿Cuál será el resultado de este consejo del Testigo Verdadero? Será lo que hará que el tercer grupo, o sea el de los tibios, desaparezca y se conviertan en fríos o calientes.

De modo que es fácil ver que la amonestación causará alguna polarización. Es posible levantarse y dar una amonestación muy severa, gritar, no escatimar nada y dejar que la gente sea castigada por sus pecados, y dividir iglesias por el mismo medio. Pero hay algo que por seguro no sucederá: El reavivamiento nunca tendrá lugar a base de lo externo. ¡Jamás! A los cambios externos se les puede llamar reforma, pero la reforma no será buena a menos que sea precedida por el reavivamiento. Es éste el que produce la verdadera reforma, y el que tiene que ver con el corazón, con la vida espiritual interna.

De modo que aquí tenemos que destacar con cuidado el hecho de que cada vez que tengamos un verdadero reavivamiento espiritual, será a base de la justicia de Cristo, y por la fe, el amor, el Espíritu Santo y una relación personal con Jesús.

Pero Apocalipsis 3 indica que este mensaje es el gran mensaje divisor; es el que hace que la gente se polarice en dos grupos, los calientes y los fríos. ¿Qué hay en el mensaje de la justificación por la fe en Cristo y la necesidad de una relación con él que causa que la gente vaya hacia un lado o hacia el otro? Hay sólo una respuesta. Los laodicenses son personas tibias que están acostumbradas a basar su seguridad en cosas materiales antes que en la justicia de Cristo, la fe, el amor y el Espíritu Santo. Son los que basan su seguridad en las cosas externas que han estado haciendo. Las personas fuertes pueden

encontrar seguridad en lo externo, porque los fuertes pueden vivir vidas morales exteriores. Ellos dicen que no les interesa preocuparse de la justicia de Cristo por la fe, ni reconocen su necesidad de tener una relación personal con Dios para recibir su fe y su amor. Dicen vivir vidas morales. Dicen que Dios sigue manteniendo a los planetas en órbita para evitar que choquen y que ayuda a los borrachos, a las prostitutas y a los ladrones. Pero ellos, no necesitan de él, pueden pasarlo muy bien sin su ayuda.

Este es el problema de Laodicea, de las personas tibias. Este era el problema de los externalistas en los tiempos de Cristo. Cuando él vino y habló de Dios, de la fe, del amor y de rendirse, se convirtió en una amenaza a su seguridad. Sintieron como que les quitaron con violencia la alfombra que pisaban. Y los que han estado pensando que tienen asegurado el cielo porque viven vidas buenas, no pueden sentirse igual después de escuchar el énfasis en la justificación por la fe en Cristo como nuestra única esperanza. O recibimos esto en forma positiva y entramos en una relación de fe en Cristo, aceptando su justicia y su amor día tras día, o nos apartamos y decimos: “No, gracias. No me interesa”. Esto es un misterio difícil de explicar.

Pero, por donde pasaba Jesús, la gente nunca volvía a ser la misma. Donde Jesús es exaltado, ocurre un reavivamiento o una revuelta. Doquiera iba el apóstol Pablo, decidido a no conocer nada más que a Jesús y su sacrificio, la gente iba o para un lado o para otro. O le daban la bienvenida en la sinagoga, o lo echaban del pueblo. No existe la más mínima posibilidad de quedar neutral en la presencia de Jesús.

De modo que es esto lo que hace que el gran grupo del medio desaparezca precisamente antes del regreso de Jesús. Cuando él venga habrá sólo dos grupos. Este énfasis en la justicia de Cristo sólo por la fe» ha estado surgiendo sin interrupción y nada lo detendrá. Es el último mensaje justamente antes del regreso de Cristo, y es el causante de los últimos acontecimientos precisamente antes de su venida. Podemos regocijarnos cuando vemos que sucede, porque eso nos dice que la venida de Jesús está cerca, muy cerca.

LA GRAN DIVISIÓN

Esta gran división está sucediendo en todas las iglesias ahora mismo. Está sucediendo en todo el mundo. Jesús dijo que él no había venido a traer paz, sino espada (Mat. 10:34). Él habló de parientes que terminarían enfrentándose unos a otros. Y esto lo estamos viendo también hoy. Por años ha sido posible que dos personas vivan juntas como marido y mujer bajo el mismo techo llevándose bien porque son tibios. Pero al desaparecer los tibios poco antes del regreso de Jesús, algunos se volverán calientes y otros fríos. ¿Y qué pasará en el hogar? Vendrá la incompatibilidad, ¿no es cierto?

El porcentaje de divorcios en los Estados Unidos se acerca al 53 por ciento comparado con los matrimonios. ¿Sabían ustedes, queridos lectores, que el porcentaje de divorcio entre los miembros de la iglesia es básicamente el mismo? Antes no era así. Por lo que a medida que la polarización tiene lugar en el corazón de las familias y de las iglesias, tenemos toda clase de resultados. La gente se divide, unos van a un lado y otros al otro y esto está sucediendo en forma rápida.

Me arriesgo a decir que cada uno de nosotros sabe hoy cuál es el camino que está siguiendo. ¿Cómo podemos saberlo? Como hemos notado, se determina en base al conocimiento que tenemos o que no tenemos de Dios. Podemos abreviar la pregunta: ¿Conoce usted a Jesús como su Amigo personal? ¿Le dedica tiempo, aceptando constantemente su gracia salvadora? Esta es la pregunta vital.

Es posible que usted esté pasando hoy por pruebas difíciles., pero si conoce a Jesús personalmente día tras días, llegará a estar en el equipo ganador. Y aunque a veces

perdamos alguna batalla, Dios ya tiene ganada la guerra. ¡Si hemos leído el final de Libro, sabremos que ganaremos!

Juan 17:3 lo dice claramente: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. ¡Es mediante el conocimiento de Jesús que recibimos nuestra salvación y así será hasta el fin, que sólo será el principio!